

A woman with blonde hair, wearing a maroon off-the-shoulder dress, is sitting on a green upholstered couch with a gold ornate frame. She is looking down and slightly to the right. A man in a white shirt is partially visible behind her, leaning in towards her. The background is a plain, light-colored wall.

La Osadía de los Caballeros

*Juega
Prohibida*

Sheyla Brinstang

Serie: La Osadía de los Caballeros I

Juego Prohibido

Sheyla Brinstong

All rights reserved **ISBN:**

Kindle Direct Publishing

Ediciones Kasai 2024

Sheyla Brinstong

*Juego
Prohibido*

La Osadía de los Caballeros

Argumento:

Una noche en el camino puede cambiar tu vida.

La señorita Spencer viaja a Londres, requerida por su tío, el Conde de Bradford para rescatar a su prima del escándalo.

Una noche de pasión puede dejar huella en tu alma.

El Marqués de Dorset huía de Londres y de sus debutantes en plena Temporada, en busca de otras damas dispuestas a compartir sus placeres.

Una posada, un libertino y una solterona.

Una noche de placer en la cama equivocada.

Dos destinos muy distintos a los que renunciar por una vida juntos.

Y dos testarudos que no están dispuestos a ello.

Capítulo 1

Cranford, a las afueras de Londres, 1812

Maggie suspiró aliviada cuando la puerta de la habitación se cerró al salir el posadero en busca de su cena, estaba exhausta, llevaban viajando dos días sin apenas descanso, salvo para cambiar los caballos del carruaje, era la primera noche que dormiría en una cama desde que comenzaron ese viaje desde Bradfield en el condado de Berkshire.

No es que se quejara, tenía prisa por llegar a Londres, cuanto antes.

Tras recibir la nota de su tío, el Conde de Bradford, donde le pedía que fuera lo más urgente posible a su residencia londinense, para hacerse cargo de su rebelde prima, según había escrito su padre, la cual se encontraba envuelta en un posible escándalo y amenazaba con fugarse a Gretna Green para casarse.

Estas noticias la habían preocupado hasta la médula, dando instrucciones de partir inmediatamente, con la esperanza de llegar antes de que nada irreparable sucediera.

Muchas preguntas rondaban por su cabeza, pero decidió dejarlas a un lado y disfrutar de la tranquilidad de la habitación, pero sobre todo descansar, algo le decía que pasaría mucho tiempo antes de que volviera a tener una oportunidad de dormir toda la noche.

Ella hubiera preferido continuar el viaje, pero su cochero había insistido en que debían detenerse a pasar la noche en la Posada del Canto del Loco, en Cranford, donde el Conde de Bradford siempre tenía una habitación reservada para él y su familia.

Alegando que estaría muy mal, por su parte, aparecer a altas horas de la madrugada en casa del Conde, mirándola de arriba abajo la había dejado patente que su aspecto no era demasiado bueno, así que se conformó y aceptó de mala gana la sugerencia de John, uno de los dos cocheros que su tío le había enviado.

Unos golpes suaves en la puerta la sacaron de sus pensamientos y se volvió a tiempo de ver a una joven muchacha entrar con una bandeja, seguida de otra doncella que transportaba agua caliente para lavarse.

Una vez se marcharon, se quitó el vestido arrugado, con el que viajaba y fue hacia la jofaina para asearse, antes de tomar la ligera cena que la habían preparado, cuando terminó se dirigió a la cama donde se durmió prácticamente de inmediato.

Steven Baldé, Marqués de Dorset entró precipitadamente en la posada y fue directamente hacia el posadero, que se encontraba tras la barra, despachando a otros parroquianos en ese momento.

—Buenas noches, Thomas —le saludo con familiaridad.

—Milord —saludo Thomas con una ligera inclinación de cabeza.

—Necesitaré dos habitaciones más para esta noche —le informó el Marqués —espero compañía. Haz que nos lleven la cena al saloncito privado.

—Sí, milord su ... —fue interrumpido al entrar dos nuevos caballeros en la sala, a los cuales reconoció como los compañeros del Marqués.

—Dorset eres un tramposo, no hay quien te gane con ese maldito caballo tuyo —resopló el Conde de Surrey mientras intentaba recobrar el aliento tras la precipitada carrera.

A su lado se encontraba el Vizconde de Durham, los tres estaban catalogados de grandes libertinos por la sociedad aristocrática de Londres, de donde huían hacia Weybridge, para pasar unos días en una fiesta de campo más adecuada a sus gustos.

Con el único objetivo de esquivar a las madres casamenteras que solo estaban interesadas en presentarles a sus jóvenes hijas debutantes esa Temporada.

Los tres eran un buen partido para cualquiera de esas madres, jóvenes, guapos, ricos y con títulos nobiliarios, así que hartos de ser acosados, habían decidido unirse a su amigo, el Duque de Weybridge y salir de Londres durante un par de semanas

El Marqués caminó hacia ellos, sin oír lo que el posadero trataba de decirle, sobre la señorita que ocupaba su habitación, habitual en esos momentos, juntos se dirigieron al saloncito privado, para esperar la cena y disfrutar de una tranquila velada, regada con el mejor licor de la casa.

Era bien entrada la madrugada, cuando el Marqués entró tambaleante en sus aposentos, cerrando la puerta con llave, tras de sí, antes de dirigirse a la cama, desvistiéndose por el camino, había bebido demasiado, se dijo a sí mismo, iba a dormir hasta bien entrada la mañana, pensó.

Justo cuando iba a dejarse caer sobre el mullido colchón, advirtió, a la luz mortecina del fuego, la silueta que la ocupaba, lo que hizo que se parara en seco a observarla.

Se pasó la mano por los ojos intentando despejarse y centró la mirada en el cuerpo que ahora dormía profundamente en su cama, era una mujer.

La fina camisola de seda, semitransparente, se le había subido hasta medio muslo dejando ver unas piernas bien torneadas, la recorrió despacio con la mirada mientras absorbía la delicadeza de sus formas, las cuales podía adivinar desde allí, parado a los pies de la enorme cama, que dominaba la habitación.

Su pecho generoso subía a ritmos lentos y armoniosos, su cabellera larga hasta la cintura, de un color castaño rojizo, se esparcía por las almohadas dándole color a la blancura de las sabanas, sintió su erección intentando liberarse del confín del pantalón, solo con contemplar tanta belleza, concentrada en una sola mujer.

Sonrió para sí mismo dándole las gracias a sus compañeros de viaje, por enviársela, sin pensárselo dos veces, terminó de desvestirse y se unió a ella.

Apartó su pelo de las almohadas, recostándose a su lado, arrimándose a su espalda, sus sentidos se llenaron con el aroma a lilas y miel que desprendía su suave cabellera.

No pudo evitar enredar sus dedos en sus sedosos cabellos, mientras que con la otra mano subía por sus caderas hacia su pecho, apenas si pudo escuchar su suave gemido, cuando acarició su pezón erecto a través de la fina seda que lo cubría.

Lo que provocó en él una oleada de ardiente deseo, se apretó aún más contra ella, dejándola sentir su erección a su espalda.

Su mano volvió a recorrer el camino anterior hacia abajo, sin dejar de acariciarla posesivamente, transmitiéndola su necesidad en cada una de sus caricias, hasta alcanzar el borde de su camisola, para apartarla al tiempo que se la subía, rozándola con la yema de sus dedos, con lascivia, el interior de los muslos.

Trazando un camino de fuego hacia el centro de su feminidad, el cual le esperaba suave y húmedo, listo para él.

Con un esfuerzo sobrehumano logró apartarse lo suficiente como para ponerla de espaldas sobre el colchón.

Observo que parecía seguir dormida, con los ojos cerrados, y la boca entreabierta, emitiendo suaves suspiros y jadeos, los cuales le indicaban que estaba disfrutando de sus caricias tanto como él.

Con un leve movimiento se colocó de rodillas entre sus piernas, sus ojos se detuvieron en sus pechos turgentes, con los pezones erectos apuntando hacia el cielo, sin poderse resistir, rasgó la fina tela hasta dejarlos libres, devorándolos con la mirada.

Gimió profundamente ante la visión que le ofrecían, se inclinó para succionarlo e introducirlo en su boca.

Mientras que su mano, errante, encontró su centro, comenzó a acariciarlo suavemente, para estimularlo. Ella gimió abriendo más las piernas, dándole un mejor acceso, mientras se retorció de necesidad bajo su cuerpo, buscando profundizar sus caricias y el alivio que prometían a su tormento.

Eso fue todo lo que necesito, Dorset, para dar rienda suelta a su enorme deseo, abandono su pecho, para tumbarse sobre ella, apoyando la cabeza de su miembro en su abertura, la penetra presa de la lujuria, de una sola embestida.

Maggie gritó y abrió los ojos, sobresaltada, por el inmenso dolor que sentía, ahora se encontraba totalmente despierta, miro horrorizada la cara del hombre que tenía encima de ella e intentó gritar de nuevo.

Steven no comprendió hasta ese momento que ella no había sido consciente de sus actos, además era virgen, susurro una maldición al comprobar su error, intentó mantenerse lo más inmóvil posible, dando la oportunidad a su cuerpo de adaptarse a él, antes de retirarse sin causarla más daño.

Vio como sus ojos le miraban aterrados y adivino que volvería a gritar asustada, antes de que se diera cuenta atrapó su grito con sus labios, en un tórrido beso, haciéndola participe de la necesidad que había despertado en él.

Maggie sintió la invasión de su lengua avasalladora, quemándola en su boca e intentó golpearlo para alejarlo, pero un estremecimiento de deseo la dejó débil e indefensa, en sus manos.

Comprobó en medio de la neblina que dominaba sus pensamientos.

Respondió a sus besos con la misma pasión, entrelazando su lengua con la suya y explorando cada rincón de su boca con el mismo ardor, reconociendo el sabor a brandy que la

embriagaba, como el más potente de los afrodisíacos, haciendo que sus sentidos se desbordaron completamente con su dulzor.

Poco a poco comenzó a moverse debajo de él, buscando saciar esa necesidad de algo más, que la consumía y amenazaba con quemarla las entrañas.

Steven sintió como sus caderas se elevaban buscando un mayor contacto con su cuerpo y perdió todo el autocontrol que le quedaba, deseaba a esa mujer con locura, si no conseguía hacerla suya, moriría, pensó, desesperado, con movimientos precisos comenzó a retirarse, para embestirla de nuevo con más profundidad.

Juntos alcanzaron un ritmo salvaje y primitivo que los llevó al clímax al unísono, transportándolos al séptimo cielo.

Steven rodó sobre su costado, abrazándola fuertemente contra su pecho mientras intentaba recuperar el ritmo normal de su respiración, sintió como su cuerpo se amoldaba perfectamente al suyo, con un suspiro de placer cayó rendido en un dulce sueño.

Maggie se separó con cuidado de sus brazos para mirar la cara del desconocido al que acababa de entregar su inocencia, quedándose sorprendida de verlo profundamente dormido con una sonrisa de satisfacción, adornando su dulce y carnosa boca.

Una ola de vanidad la invadió al saberse responsable de tan bella estampa.

Un suspiro de satisfacción se escapó de entre sus labios, al tiempo que volvía a colocar su cabeza sobre su pecho, recostándose de nuevo junto a él, sus brazos automáticamente la rodearon, posesivamente, acercándola aún más, con un gemido de gozo volvió a quedarse dormida.

Maggie se despertó con las primeras luces del alba y abandono la habitación en el más absoluto silencio, para continuar su viaje, eso era más importante que cualquier otra cosa, ya tendría tiempo de analizar lo ocurrido esa noche, aunque sorprendentemente, no sé encontraba arrepentida de lo ocurrido, si no todo lo contrario, una sensación de felicidad anidaba en su, aún joven, corazón.

Steven extendió su mano, soñoliento, buscando la calidez del cuerpo de su amante, pero no lo encontró, poco a poco abrió los ojos y el fuerte resplandor del sol de la mañana le golpeó de lleno, obligándole, a cerrarlos de nuevo.

Poco a poco fue acostumbrándose a la intensa luminosidad, notando la resaca de la noche anterior, en su embotada cabeza.

Volvió a abrirlos despacio, recorriendo con la mirada todo el cuarto vacío, pero no encontró ni rastro de la misteriosa mujer que había compartido su lecho durante la noche.

Comenzaba a pensar que solo había sido un sueño, cuando su mirada se detuvo en la mancha de sangre en el centro de la cama, una tonta sonrisa cubrió su cara al recordar lo que había ocurrido entre aquellas sabanas, un deseo primitivo volvió a dominarlo por completo, mientras su mente vagaba a la noche anterior, reviviéndola en su mente.

De repente, saltó de la cama y se vistió apresuradamente, sus amigos llevarían ya un buen rato esperándole para partir.

Tomo el pomo de la puerta y la abrió, volviéndose de nuevo para contemplar su interior por última vez, te encontraré, se prometió a sí mismo, cerrando la puerta con decisión, cueste lo

que cueste, serás mía.

Tal y como esperaba, Surrey y Dhurman, le esperaban en el salón principal de la posada, listos para partir, parecían impacientes por continuar su viaje, pensó, uniéndose a ellos.

Capítulo 2

Era cerca del mediodía cuando Maggie descendía del carruaje ante la puerta de la residencia del Conde de Bradford en Londres.

—Buenos días, Charles —saludo al mayordomo, que le había abierto la puerta, entrando en el vestíbulo, quitándose la capa junto con los guantes, para entregárselos al lacayo que le acompañaba—. ¿Se encuentra mi tío en casa?

—Sí, Señorita. Milord está en la biblioteca en estos momentos —la informo mientras caminaba delante de ella, guiándola hacia allí.

Maggie esperó a que le abriera la puerta de la espaciosa estancia donde las estanterías repletas de libros llegaban hasta el techo, suspiro ante la magnificencia de la biblioteca de su tío en Londres.

El Conde levantó la vista de los papeles que estaba revisando para fijarla en su sobrina, una enorme sonrisa cubrió su cara al mismo tiempo que se levantaba e iba a su encuentro.

—Gracias a Dios que ya estás aquí —dijo, notablemente aliviado, mientras la besaba cariñosamente en la mejilla—. Debes ver a Clara enseguida y convencerla de que es una locura lo que pretende hacer —observo mientras la daba la vuelta y la sacaba de la habitación cerrando la puerta tras ella.

Sin entender muy bien como, Maggie se vio de nuevo en el vestíbulo antes de que pudiera haber pronunciado ni una sola palabra, ni siquiera para saludar a su tío.

Debía haberlo sospechado, su tío pondría a Clara en sus manos en cuanto llegara, así se desentendería del problema y volvería a su vida normal, sin nada que le importunara, dejándola a ella como única responsable de lo que aconteciera.

Ahora Clara era problema suyo y solo suyo.

Se encogió de hombros y caminó hacia las escaleras, hacia el piso superior donde se encontraban los dormitorios, esperaba que Clara estuviera allí, cuanto antes se enfrentará a ella y supiera exactamente lo que pasaba, antes podría solucionarlo e intentar razonar con su rebelde prima.

—¿Clara? —entreabrió la puerta de su cuarto llamándola.

—¡Maggie! —su alocada prima se abalanzó sobre ella dándole un abrazo feroz —que contenta estoy de verte. Tienes que ayudarme, aquí nadie me comprende —empezó a decir aturullada dejando totalmente confundida a Maggie.

—Bueno, pues ya estoy aquí —afirmó, Maggie, separándose de ella y yendo a sentarse en una confortable silla tapizada en rosa claro y salpicada de finos tréboles verdes —¿Por qué no

empiezas desde el principio y me cuentas qué está ocurriendo en realidad?

Se acomodó con paciencia, mientras veía como tomaba asiento en otra de las sillas, colocada al otro lado de la mesa, colocando sus codos sobre esta, para así poder apoyar la cabeza entre sus manos.

—¿No te lo ha dicho papá? —dijo, confusa, por su pregunta, vio como negaba con la cabeza —. Voy a casarme, he conocido al hombre de mi vida ... —exclamó soltando un largo suspiro, perdida en sus pensamientos.

—Muy bien, si él también te quiere, me alegro por los dos —afirmó cautelosa, ya que sospechaba que había mucho más en esa simple historia.

Se la quedó mirando, expectante, esperando que continuara explicándose, vio como se recostaba en el respaldo de la silla y apoyaba las manos sobre su regazo, por fin levantó la mirada de nuevo hacía ella y continuo.

—Solo hay un problema, él aún no lo sabe.

Clara esperó a ver la reacción de su prima ante sus palabras, pero Maggie permaneció estoica sin dejar entrever sus pensamientos.

—Te puedes creer que apenas si me miro cuando nos presentaron —afirmó enfadada — ¿A mí?, cuando los hombres no se cansan de repetir lo hermosa que soy, en cada una de las fiestas a las que asisto —se respondió, a sí misma, indignada —, ¿a mí?, que soy la más reclamada en todos los bailes y todos los días, decenas de pretendientes, vienen a golpear mi puerta, con la sola esperanza de verme.

Maggie tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no sonreír abiertamente ante las palabras de su prima.

Clara sí que era en realidad muy hermosa, con su cara en forma de corazón, sus labios turgentes y sus grandes ojos azules, le daban una belleza muy de moda en esos momentos.

Si le añadimos su suave melena rubia y su delicada figura, colmada de curvas situadas exactamente donde debían de estar. Sus largas piernas y su estrecha cintura de avispa, no era de extrañar que cualquier hombre la considerara una belleza.

Por supuesto, no podíamos olvidar que era hija de un Conde y una rica heredera.

Estaba más que claro que los pretendientes no serían escasos, aunque nunca en sus veintiún años había manifestado su deseo de casarse con nadie como hasta ahora.

Ninguno de ellos había conseguido llamar su atención y eran muy pocos los que se salvaban de ser catalogados como cazafortunas, entre los que se postulaban por su mano.

—Por supuesto que eres hermosa —corroboró Maggie, alimentando su ego —, pero no todos los hombres tienen los mismos cánones de belleza —intentó razonar con ella, ahora que parecía estar más receptiva a sus palabras.

—Tonterías —resoplo, malhumorada —solo necesita un empujoncito y listo. Nos casaremos en Gretna Green. —la aseguro, completamente convencida de ello.

Maggie se puso seria de repente al escucharla, sabía que Clara era capaz de hacer cualquier cosa con tal de salirse con la suya y sospechaba que en esta ocasión no iba a hacer una excepción, en el fondo le daba pena el pobre hombre que había conseguido ganar su atención, no

tenía ni idea de la que se le venía encima.

—Bien, vas a contarme qué piensas hacer o me vas a dejar con la intriga —la pidió con una sonrisa alentadora, con el fin de animarla a hablar.

—Muy sencillo, —afirmó, con una sonrisa de satisfacción en la cara, completamente convencida de su perfecto plan —le pondré en una situación muy comprometida y haré que nos descubran —afirmo con rotundidad —después no le quedará más remedio que casarse conmigo, para salvar su honor, por tomarse ciertas libertades con una joven inocente a la que no pensaba hacer su esposa.

Maggie abrió los ojos como platos, espantada por las palabras de su prima, pero creyendo en que sería totalmente capaz de hacer eso y más.

—Estás loca.

Empezó a reprenderla, dispuesta a dejarla bien claro lo peligroso de su plan. Pero consiguió detenerse en el último momento, regañarla no iba a servir de nada, por lo que decidió cambiar de táctica.

—Seguro que hay un método más fácil para llamar su atención sobre ti, que recurrir a algo tan drástico y perjudicial para la reputación de los dos —dijo sonriendo para no contrariarla demasiado con sus palabras, debía conseguir que la escuchara, no hacerla enojar.

—Además, estoy segura de que no deseas que se case contigo bajo esas circunstancias. Podrías ser muy desgraciada si él decidiera vengarse —la advirtió con la esperanza de que lo pensara mejor y diera marcha atrás sin poner en marcha tan descabellado plan.

—Lo he pensado —afirmó tranquilamente —, pero estoy segura de que después de unos días casados, conseguiré hacerle desistir de su venganza, porque acabará completamente enamorado de mí —la aseguro totalmente convencida de sus palabras —seré una buena esposa y le haré feliz, ya lo verás.

Maggie se la quedó mirando largo tiempo en silencio, conociendo la determinación de su prima, tendría que pensar más detenidamente en como hacerla cambiar de idea, para que abandonara sus proyectos y rápido, la paciencia no era una de sus virtudes, precisamente.

No iba a ser una tarea fácil, ella estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya, terca como una mula, y mimada hasta la saciedad por su padre, el cual era incapaz de negarla nada, al igual que la tía Donna.

Cuando se le metía algo en la cabeza, era prácticamente imposible hacerla cambiar de idea, pero esta vez se había extralimitado.

Maggie sabía que ambos solo trataban de compensar la pérdida de su madre, quien falleció durante su alumbramiento, dándole cualquier cosa que deseara, para no contrariarla, pero en esos momentos, deseaba que no lo hubieran hecho y la hubieran educado con un poco más de disciplina y firmeza.

Clara había crecido con la firme certeza de que todo se puede conseguir de una manera u otra, en esta vida, pero la realidad es que no era así, pensó frustrada, recordando todas las veces que había deseado algo y no lo había conseguido.

Como el hecho de que sus padres volvieran algún día de América, donde se fueron en busca de fortuna, dejándola al cuidado de su acaudalado tío, con tan solo cinco años,

prometiendo que regresarían a buscarla, algo que hasta ahora no había sucedido, ni sucedería, pensó, resignada a no volver a saber de ellos.

Maggie sacudió la cabeza para apartar sus propios problemas de su mente y concentrarse en lo que de verdad ahora debía hacer y era en encontrar una manera de evitar que su prima siguiera adelante con su estratagema y a la vez consiguiera llamar la atención del caballero, que al parecer la había cautivado.

Estaba determinada a hacerla desistir de semejante barbaridad, ahora entendía la desesperación de su tío al mandarla llamar, si alguien había podido alguna vez hacerla razonar, ante la imposibilidad de alguno de sus caprichos, esa era ella.

—Si piensas que ese es el mejor modo ... —dejó la frase en suspenso a propósito con el fin de no comprometerse a dar su visto bueno—. Al menos me dices quién es el afortunado y cómo lo has conocido.

—Oh si ... —sus ojos se volvieron soñadores mientras la hablaba—, se llama Harry Miller y es el Conde de Surrey, me lo presentó Steven, es uno de sus mejores amigos.

Maggie no pudo evitar ponerse rígida al escuchar el nombre de Steven, el Marqués de Dorset, sobrino de la dama de compañía de Clara, que a su vez era cuñada de su tío y quien las había criado a las dos, tras quedarse viuda muy joven sin descendencia.

Aunque ella no lo conocía personalmente, dado que nunca había estado en Bradfield, cuando él había visitado la casa, siempre había coincidido con uno de sus viajes a Londres, aunque estos eran en muy raras ocasiones y por poco tiempo, siempre había estado ausente, así que no tenía el placer de conocerlo, ni a ninguno de sus amigos.

Aunque tampoco se sentía desilusionada por no encontrarse dentro de su círculo de amistades.

Dorset era conocido como un gran libertino, amante de las fiestas, que se rodeaba de compañías con su misma reputación, se decía que eran el trío más desenfrenado de todo Londres, el Marqués, el Conde y el Vizconde.

Por sus camas habían pasado la mitad de las mujeres de Londres, no era un buen augurio que su prima se hubiera encaprichado precisamente de uno de sus amigos.

Ahora estaba más determinada que nunca a hacer desistir a Clara de su plan, un hombre así no se dejaría atrapar fácilmente y la reputación de su prima quedaría totalmente arruinada cuando él se negara a casarse con ella, para repararla tras su escarceo.

Sabía que muchas damas habían intentado atraparlos anteriormente con esos mismos ardides, no podía culparlas por ello, los tres eran guapos, jóvenes, ricos y pertenecientes a las mejores casas de la nobleza.

Según le había dicho Clara, en más de una ocasión Steven evitaba estar en Londres durante la Temporada y no solían asistir a los mismos eventos sociales, ya que él huía de las jóvenes casaderas y prefería entretenerse con las cortesanas.

Pero aparte de eso, parecía no haberse metido en ningún lío importante, ni arriesgado su honor, puesto que las Damas se lo disputaban para que asistiera a sus fiestas, según Clara, aparecía por un par de ellas a lo largo de toda la Temporada, más por compromiso que por otra cosa, con sus anfitriones.

El Marqués de Dorset era respetado y admirado por sus iguales, debido a su gran destreza con los negocios y a sus poderosos contactos, eso hacía que le perdonaran su fama de libertino y ser requerido en todas las fiestas de la alta sociedad londinense.

Maggie dejó de vagar en sus pensamientos e intentó concentrarse en lo que Clara le estaba contando sobre el Conde de Surrey.

Al cabo de media hora se levantó, para ir a su habitación a descansar, antes de la cena, esa noche se había librado de acompañar a Clara en sus compromisos sociales, poniendo como excusa el cansancio del viaje, pero al día siguiente no tendría tanta suerte y se zambulliría de lleno en el aborigen de la Temporada.

Sin un solo minuto libre para sí misma, suspiro, resignada, ante lo que la esperaba en las próximas semanas.

No volvería a ser ella misma hasta que no regresara a Bradfield.

Una vez a solas en su habitación dejó caer su peso contra la puerta y los recuerdos de la noche anterior, que tan hábilmente había conseguido apartar de su mente durante todo el día, volvieron a perseguirla.

No se arrepintió en ese momento y no se arrepentía ahora, lo que había ocurrido en aquella habitación había sido algo mágico, especial y merecía haber pasado.

Maggie no se engañaba a sí misma, con veinticinco años, sabía que sus posibilidades de conseguir un marido eran escasas, si eso no era suficiente, solo tenía que mirarse en el espejo para saber que no era una beldad, sino simplemente alguien del montón, con ningún encanto especial.

Además de ser pobre y vivir de la generosidad de su tío, que la había acogido y mantenido, desde que sus padres la abandonaran.

La verdad es que no había carecido de nada, siempre la había tratado como a su propia hija, concediéndola los mismos caprichos y educación.

Incluso había dispuesto una discreta dote para ella.

Sí, lo cierto es que hacía mucho tiempo que había comprendido que ella no atraería nunca a ningún hombre digno de considerar y que nunca conocería el amor, tal y como se narraba en las novelas que tanto la gustaban.

Ningún caballero caería rendido a sus pies, ni lucharía por ella cien mil batallas para conseguir hacerla su esposa, así que se había volcado en su trabajo en la finca de su tío en Bradfield.

En dirigirla y administrarla lo mejor posible, dividiendo su tiempo entre sus dos grandes pasiones, su investigación sobre la civilización egipcia y su amor por las rosas.

Parecía que no tenía ninguna aspiración en la vida, pero no era verdad, secretamente deseaba viajar alrededor del mundo, sobre todo recorrer toda Europa, tal vez dentro de cinco o diez años habría reunido el dinero necesario para hacerlo, que tuviera el valor para lanzarse a la aventura y alejarse de las personas a quienes amaba, eso estaba por verse.

Iba a ser duro abandonarlo todo para viajar, pero se lo debía a sí misma.

Esperaba con ilusión ese día.

Así que, con esos planes de futuro, tan poco convencionales, un marido solo sería un inconveniente que no le permitiría ver sus sueños hechos realidad y aún no había conocido a ningún hombre por el que estuviera dispuesta a renunciar a ellos.

La noche anterior era lo más parecido a un matrimonio que tendría en su vida, así que estaba agradecida de haber tenido la oportunidad de conocer lo que un hombre y una mujer compartían en el lecho, atesoraría ese recuerdo en su memoria para siempre, ya que no creía que volviera a repetirse nunca más, ni estaba dispuesta a ello, se recordó.

Se obligó a apartarse de la puerta y se preparó para acostarse.

—Esa noche nadie entraría a su habitación —pensó, mientras una lágrima solitaria resbalaba por su mejilla y se quedaba dormida.

Capítulo 3

3 semanas después, Londres, 1812

—Otra noche perdida —se quejó, Clara, enfurruñada, al volver de otra interminable fiesta.

Maggie no se encontraba de mejor humor que su prima, llevaba tres semanas en Londres y desde su llegada se había visto obligada a asistir, noche tras noche, a los bailes que la sociedad londinense daba en la ciudad en esas fechas.

Y, noche tras noche, habían buscado entre los invitados al misterioso Conde de Surrey, pero este no había aparecido.

Maggie sonrió para sí, tenía que reconocer su mérito al no dejarse atrapar en esas insulsas fiestas, aunque ella se negaba a participar activamente, en cuanto podía, se ocultaba entre las matronas y damas de compañía, evitando así las atenciones masculinas y convertirse en el centro del chismorreó de todo Londres.

Al menos esa noche se habían retirado temprano, apenas era medianoche, tenía que agradecerse al malhumor de Clara, pero en el fondo deseaba que el Conde apareciera alguna vez, porque la paciencia de su prima se había terminado hacía mucho tiempo.

Aunque había conseguido convencerla de probar otros métodos, menos arriesgados para su reputación, con cada noche que pasaba sin tener noticias de él, más desesperada y decidida se encontraba Clara a seguir con sus planes originales, para casarse cuanto antes.

—Detén el carruaje —gritó, Clara, desde su asiento, haciendo que ambas se golpearan con la pared posterior por el súbito frenazo —ahí está.

Maggie la miró estupefacta, sentada frente de ella, hasta que sus palabras penetraron en su mente y comprendió a que se refería.

Aparto las cortinillas de la ventana para poder asomarse al exterior, solo consiguió ver la espalda de dos caballeros, entrar en una casa señorial de la zona, y al mayordomo cerrar la puerta tras ellos.

—¿El Conde? —pregunto, volviéndose hacia su prima que ahora buscaba, frenética, algo en su ridículo.

—Pues claro que era mi Harry —la contestó mientras seguía rebuscando, hasta que lo encontró —aquí está, sabía que la tenía por algún sitio.

Maggie levantó una ceja interrogándola con la mirada, al tiempo que cogía la tarjeta que su prima le tendía, era una invitación de Lord Redford a una fiesta en su casa, esa misma noche.

—Otra fiesta —murmuró desilusionada para sí misma, se fijó un poco más y vio que la

dirección correspondía con la casa donde estaban, levantó la mirada y vio la determinación en la cara de su prima, presintiendo lo que ocurriría a continuación.

—Sí, otra fiesta, a la que nosotras asistiremos —sonrió maliciosa —, pero esta no es una fiesta como a las que hemos asistido hasta ahora, es una fiesta de cortesanas —afirmo categórica, tomo la manilla de la puerta y se bajó decidida a ir tras él.

—No pretenderás entrar ahí —grito, corriendo, tras ella, intentando hacerla entrar en razón.

Cortesanas, una fiesta de cortesanas, era donde los nobles iban con sus amantes o donde buscaban nuevas amantes a las que mantener cuando ya se habían cansado de la que tenían.

Y Clara quería entrar ahí, a Maggie la daba vueltas la cabeza mientras trataba de alcanzarla, llegó justo cuando el mayordomo abría la puerta para que entraran cerrándola a sus espaldas, dándolas acceso a un amplio vestíbulo apenas iluminado.

Un lacayo apareció de repente a su lado y Maggie comprendió que esperaba para recoger sus capas, mientras que otro lacayo se disponía a acompañarlas al salón.

—Gracias —Clara sonrió al lacayo al mismo tiempo que se volvía hacia el otro —si no le importa ¿podría llevarnos al tocador? —le pidió solícita —quisiéramos asearnos antes de unirnos a la fiesta —le aclaró dedicándole una turbadora sonrisa cargada de inocencia.

Maggie observó como el lacayo se ruborizaba, quedando prendido, irremediablemente, antes las atenciones que Clara le dispensaba, haciendo una reverencia, las guio por el corredor rumbo a los tocadores de las damas.

Una vez dentro, Clara, no perdió el tiempo, se situó ante el espejo y con un rápido tirón se arrancó el encaje que rodeaba el escote de su vestido de fina seda, mientras lo arreglaba, para que sus pechos resaltaran mucho más y quedarán prácticamente la vista.

Luego se volvió hacia ella y procedió a hacer lo mismo con su vestido.

—Ya está, ahora estaremos más acordes con las cortesanas —la dijo, volviéndose a mirar de nuevo en el espejo, sonriendo satisfecha con el resultado.

Maggie había permanecido muda de asombro, incapaz de protestar o detenerla, sacudió repetidas veces la cabeza, obligándose a reaccionar.

—¿Estás Loca? —grito, llena de estupor.

—No, solo estoy siguiendo tus sugerencias para llamar su atención —la dijo, fijando sus ojos en ella a través del espejo —ahora lo entiendo, he sido una estúpida —dijo, soltando, una irónica carcajada —, lo estábamos buscando en las fiestas equivocadas.

Maggie no tuvo más remedio que darle la razón en eso, esta no era una de esas fiestas a las que acostumbraban a asistir, poco a poco, fue entendiendo lo que su prima pretendía, no es que lo aprobara, pero era mejor que su plan original y con un poco de suerte, pasarían desapercibidas, por lo que su reputación permanecería intacta.

Quizás funcionara, al fin y al cabo, a lo mejor en este ambiente, Clara tenía una oportunidad para hacerse valer como mujer ante él, pero lo dudaba, nunca había oído hablar de ningún noble que se casara con una cortesana.

Como mucho las mantenían en la sombra, durante muchos años, incluso, en el más raro

de los casos, el resto de su vida, pero no las convertían en sus esposas.

Sacudió la cabeza, tratando de centrarse en lo que estaban haciendo, ya tendría tiempo de pensar en las consecuencias de sus actos, ahora tenía que concentrarse en intentar mantenerse a salvo y dañar lo menos posible sus reputaciones, mientras permanecieran allí.

Que Dios la ayudara, lanzo una plegaria en silencio, por conseguirlo.

Se obligó a alcanzar a Clara, que ya salía del tocador rumbo al bullicioso salón de baile.

Quién sabe lo que las depararía esa noche ni como acabaría, sintió un hormigueo en el estómago ante la expectativa de esta nueva aventura, al final, iba a resultar que era tan traviesa como su prima, pensó, riéndose de sí misma por disfrutar de todo ello.

Tenía que reconocer, aunque solo para sí misma, que podría ser divertido, ver como se comportaban aquellas mujeres, de lasa moral, con sus amantes y tratar de imitarlas.

Con estos pensamientos entró sonriendo plácidamente en el gran salón al lado de Clara.

Apenas si habían dado tres pasos dentro del salón de baile, cuando se vieron asaltadas por cuatro caballeros que competían por llamar su atención.

Clara, mucho más acostumbrada que Maggie a evitar este tipo de acosamiento, no tuvo ninguna dificultad en deshacerse de ellos y caminar, directa, hacia su objetivo.

—Lord Surrey, que sorpresa encontrarle aquí —se anunció Clara al Conde al mismo tiempo que le miraba con total inocencia y una chispa de picardía.

Surrey se volvió hacia la voz que le había hablado, pero sin dejar de abrazar a su pareja, sus ojos se abrieron sorprendidos al reconocer de quién se trataba, haciendo que se levantara de un salto para saludarla, besando la mano que le tendía.

—Lady Clara —consiguió decir, cuando recupero la compostura —es una verdadera sorpresa verla.

—Espero que agradable, milord —afirmo, sonriendo con coquetería, al tiempo que rescataba su mano del aturdido Conde.

—Por supuesto, de lo más agradable —la contesto, enderezándose, buscando a alguien con la mirada —la escoltaré para que pueda saludar a Dorset, seguro que se alegrara mucho al verla.

Y sin más, la tomó del codo con determinación, para que no pudiera zafarse de su agarre y perderse entre el resto de los invitados, cruzo a grandes zancadas el salón, para alcanzar a Dorset y dejarla bajo su cuidado, al fin y al cabo, ella era su prima, por tanto, su problema, se dijo a sí mismo.

Clara tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener el paso, sin dar la impresión de que corría tras él, sonrió para sí misma, su plan estaba funcionando, esta vez había conseguido llamar su atención.

Llegaron al otro extremo del salón, junto a una pareja, bastante acaramelada, besándose, demasiado apasionadamente como para estar en público, pensó, sonrojándose, pudorosamente, ante la escena de lo más indecorosa que se estaba desarrollando delante de ella.

—Dorset creo que deberías ver esto —sugirió, Surrey, con un matiz de urgencia en la voz, pero sin alarmismo.

Surrey intento llamar la atención de su amigo al mismo tiempo que le golpeaba suavemente en el hombro, había intentado mantener a Clara detrás de él para así ocultarle, la mayor parte de la escena, pero sabía que estaba viendo más de lo que debería, incómodo por la situación volvió a golpear a su amigo con insistencia.

Steven, gruño, aun sin soltar el pecho que acariciaba de la que podría ser su próxima amante, negándose a despegarse ni un solo milímetro de su cuerpo, giro la cabeza, enfadado, dispuesto a enfrentarse a quien fuera por haberlo interrumpido.

Era la primera vez en tres semanas que se sentía un poco interesado por una mujer, desde su noche en la posada, ninguna mujer había sido capaz de llamar su atención y ese cabeza de chorlito se atrevía a interrumpirle en ese preciso momento.

—Espero que sea urgente —bramó lleno de furia.

—Y sorprendente, estoy seguro de que te interesara saludar a tu prima, Lady Clara —le dijo mientras se apartaba hacia un lado, lo suficiente para que Dorset viera a la dama que lo acompañaba.

Dorset soltó una maldición por lo bajo, al verla, al tiempo que se separaba definitivamente de su conquista.

—¿Clara? —pregunto dando un paso hacia la muchacha con aire amenazador —¿qué haces tú aquí? —exigió.

—Hola, Steven —lo saludo, tranquilamente, acercándose para depositar un beso en su mejilla al tiempo que le susurraba —lo siento, sigue con lo que estabas haciendo, parecías estar disfrutando.

Steven se ruborizó al escucharla y dio un paso atrás, para alejarse de ella, volviéndose hacia la otra dama que lo acompañaba, tratando de ocultar su alborozo.

—Lo siento, querida, me temo que esta noche tengo que ocuparme de un asunto familiar —se excusó ante su acompañante, la cual le miró sonriendo pícaramente, antes de volverse y perderse entre la multitud, la verdad es que no parecía estar muy afectada por su desaire, pensó.

Steven suspiró al ver como se marchaba, sintiendo el deseo crecer dentro de él, al fijarse en el balanceo, sutil, de sus caderas.

—Urrr.

Surrey carraspeó intentando devolver la atención de Dorset al asunto de Lady Clara, ¿qué iban a hacer con ella?, se preguntaba desde que la había visto minutos antes.

Clara vio como Steven se volvía hacia ella enfadado y tomo la palabra antes de que pudiera regañarla y montar en cólera en medio del salón de baile, lo que atraería la atención de todos los presentes hacia ellos, algo que no podía darse el lujo de que ocurriera si querían pasar lo más desapercibidas posible en ese lugar.

—Bueno, encantada de haberos visto, pero he de volver con mi acompañante —les dijo soltando su brazo de Surrey y dando un paso al frente, dispuesta a marcharse lo más rápidamente posible, con el fin de evitar la confrontación que veía en la cara de su primo.

—Así que no has venido sola —la intercepto Steven colocándose delante de ella e impidiéndola ver otra cosa que no fuera su pecho, ella dio un paso de costado para poder seguir mirando entre la multitud.

La observo detenidamente, parecía nerviosa, buscaba a alguien con la mirada y definitivamente tenía prisa por irse, de aquella fiesta, en la que no debería estar.

—No quisiera molestaros —intento de nuevo, Clara —, pero de verdad he de retirarme —alego buscando con la mirada a Maggie sin conseguir encontrarla.

Estaba empezando a ponerse histérica, si algo la ocurría a su prima por su culpa, nunca se lo perdonaría, al fin consiguió verla junto a las puertas de la terraza, parecía tener dificultades con el caballero que intentaba llevarla a los jardines a pesar de su evidente reticencia.

—Hay Dios mío, debo ir a ayudarla —exclamo, alarmada, antes de cruzar de nuevo el salón en su dirección, a toda prisa.

Steven y Harry se miraron sorprendidos, intentando buscar el uno en el otro las respuestas a sus preguntas, ambos se volvieron al mismo tiempo siguiendo a Clara con la mirada.

Steven observó a su prima cruzar el salón a toda velocidad y detenerse junto a una pareja que parecía estar discutiendo.

Consiguió reconocer a Lord Well y fijo su mirada en la mujer que lo acompañaba, la cual permanecía de espaldas a él, en ese momento se volvió a mirar a Clara y Steven sintió que la tierra se abrió bajo sus pies, al reconocerla.

Antes de que se diera cuenta, cruzaba el salón, como una flecha, dispuesto a llegar junto a las dos mujeres, lo más rápido posible.

Capítulo 4

—Lord Well —saludo Dorset al caballero, fulminándolo con la mirada, dejándole ver su ira.

—Lord Well —Surrey había llegado segundos después que Dorset e intentaba apaciguar la situación, Dorset parecía querer asesinar a Well en cualquier momento —Allison preguntaba por usted, al parecer Rubí desea que se lo presentaran.

Lord Well aparto la mirada de Dorset para volver su atención hacia el Conde de Surrey y con una inclinación de cabeza se retiró en busca de Allison.

Maggie se giró para mirar al caballero que se les había acercado, por un momento temió que se desmayaría al reconocer al hombre que ahora estaba a su lado.

Se agarró con fuerza a Clara para no caerse al suelo, haciendo acopio de todo su autocontrol y disciplina, para no dar rienda suelta a sus instintos y ponerse a gritar de la impresión, de verle ahí delante de ella.

Dorset se volvió hacia ella y ambos se quedaron mirando el uno al otro, en silencio, indiferentes a todo lo que les rodeaba, tensos y expectantes, esperando a ver cuál de los dos daba el primer paso y en qué dirección.

Clara y Harry los observaban confundidos por el comportamiento tan extraño que estaban observando, finalmente Clara se decidió a intervenir, rompiendo la tensión entre ellos.

—Maggie, quiero presentarte a Steven Baldé, Marqués de Dorset y a Harry Miller, Conde de Surrey —la dijo señalándole a los interesados —ella es Maggie Spencer mi prima favorita.

—La prima fantasma —se le escapó a Harry antes de que pudiera contenerse.

Esa afirmación hizo que tres rostros furiosos se volvieran hacia él, sonrió disculpándose con la mirada, al menos había servido para que Steven y Maggie dejaran de mirarse tan intensamente, pensó, aliviado, al ver que recuperaban algo de su habitual compostura, al menos Dorset.

Maggie se obligó a no volver a mirar esos ojos azules que tanto la habían atormentado en sus sueños durante esas semanas, extendiendo su mano hacia el Conde, para saludarle siguiendo el protocolo.

Recorriéndole de arriba abajo con la mirada, examinándolo minuciosamente, tenía que reconocer que era muy guapo, con su cabello castaño y esos ojos verdes llenos de picardía.

Parecía un diablillo a punto de hacer una fechoría, su cara de no haber roto nunca un plato le daba un aspecto de niño bueno, la mezcla era totalmente encantadora, ahora entendía los sentimientos de Clara hacia él.

Era un hombre peligroso para cualquier mujer, se dio cuenta de que le había estado mirándolo demasiado tiempo, cuando sintió que Clara la pellizcaba disimuladamente en el brazo.

—Espero ser de su aprobación —comento Surrey divertido, no ajeno al escrutinio al que había sido sometido.

—Totalmente aprobado y con nota —consiguió bromear ante su afirmación, mirándole con coquetería para demostrárselo.

Dorset gruñó por lo bajo ante el descaro de la joven para con su amigo y la ignorancia hacia su persona, tendría que hablar con Surrey sobre ella.

Maggie era suya.

Suya.

¿De dónde había salido ese pensamiento?, se preguntó confundido por el sentimiento de posesividad que le embargaba, lo analizaría más tarde, ahora no era el momento.

Clara la miro, extrañada y con disimulo, la hizo una seña vaga, para indicarla al Marqués, que aún permanecía a su lado, esperando.

—Marqués —Maggie inclino la cabeza a modo de saludo y volvió a fijar la atención en Clara —¿Podemos irnos?

—Por supuesto —exclamo, extrañada, por el comportamiento de su prima —caballeros, si nos disculpan, nos retiramos.

Y antes de que tuvieran tiempo de reaccionar, se encaminaron hacia el vestíbulo, ignorando las miradas de interés que despertaban a su paso.

—Una noche interesante —afirmo, Surrey, pensativo, mientras las seguía con la mirada —definitivamente interesante, sí señor.

Dorset salió de su abstracción al escuchar a Harry junto a él, sacudió la cabeza y se lanzó en persecución de las damas, no estaba dispuesto a volver a perderla, otra vez no.

No podía permitir que volviera a desaparecer sin hacer algo para detenerla.

Llego junto a las puertas de la mansión, justo para verlas subir en el carruaje y emprender la marcha, calle abajo.

—Al menos sabemos donde viven —comento Surrey al ver la cara de desilusión de su amigo por no haber podido alcanzarlas —¿me lo vas a contar?

—No.

Y sin más volvió dentro del vestíbulo para recoger su abrigo y marcharse a casa

El Conde le imito, aunque se marchó a su propia casa, preocupado por lo que pudiera estar pasándole a Dorset, estaba claro que estaba muy afectado por esa muchacha, ¿qué habría ocurrido entre ellos?, se preguntaba, ¿dónde la habría conocido?

Clara se mantuvo callada observando a su querida prima sentada frente a ella, parecía estar totalmente trastornada y perdida en sus pensamientos.

Tenía muchas preguntas, pero decidió esperar a que ella se lo contara, nunca habían tenido secretos entre las dos, así que estaba segura de que, tarde o temprano, le diría exactamente que estaba pasando, cuando se sintiera preparada para hacerlo.

Pero, no esa noche, reconoció para sí misma, esa noche Maggie no le contaría nada porque estaba batallando consigo misma y hasta que no se sintiera totalmente controlada, no pondría en voz alta sus temores.

Maggie se había mantenido en silencio, durante todo el viaje de regreso a casa, sabía que Clara tenía cientos de preguntas para ella, pero por algún motivo, que se escapaba a su comprensión, no las había formulado, por lo cual, la estaba muy agradecida, porque no hubiera sabido que responderle en esos momentos.

Su cabeza estaba tan embotada, que apenas se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

Consiguió bajar del carruaje, cuando el lacayo abrió la portezuela y cruzo el vestíbulo en silencio, hacia las escaleras, sin detenerse, ante la mirada de extrañeza del mayordomo que esperaba por su capa.

Al fin llegó a sus aposentos y cerro la puerta a su espalda, dejándose caer sobre ella.

Su cuerpo temblaba incontrolado, debido a la tensión acumulada desde que le había visto de nuevo, se abrazó por la cintura y tomo varias respiraciones profundas, intentando controlarse, poco a poco, dejó de temblar y comenzó a recuperar la compostura.

Cuando se sintió segura, de nuevo, abandono la puerta y se dispuso a prepararse para la noche, con la mente en blanco, tratando de descartar cualquier pensamiento que la asaltaba, mientras completaba su labor.

Al fin, se ató la bata con fuerza y se dejó caer en el sillón, frente a la chimenea, apagada.

Se apoyó cómodamente en el respaldo y dio rienda suelta a sus miedos.

La hubiera gustado tener una copa de licor, para darse valor, pero estaba mal visto que las damas bebiera, y menos en su tocador, una risa histérica, broto de su garganta al pensar en ello.

Menuda idiotez, todo en esa sociedad a la que pertenecía, sé regia por normas estúpidas, que castigaban, de una forma u otra, a las mujeres, como si ellas no tuvieran problemas a los que enfrentarse y no sufrieran contratiempos, que una copa de licor, las ayudara a sentirse más cómodas consigo mismas, alejando los fantasmas que las acechaban.

Pues no, según sus pares, las mujeres no tenían nada de que preocuparse en esta vida, que no fueran sus vestidos y estar siempre hermosas para los hombres, ese era su único objetivo en la vida y el de proporcionarles el heredero a su título y fortuna.

Los hombres eran los únicos que tenían derecho a tener problemas y preocuparse por el futuro, por ellas, cubriéndolas de atenciones, para su propio placer, y cuando estos los agobiaban o amargaban su existencia, podían recurrir al licor, para enajenarse, mientras encontraban una solución que les satisficiera.

Menuda hipocresía, pensó enfurecida con la sociedad, las mujeres y ella en especial, tal y como estaba comprobando por sí misma, esa misma noche, también tenían problemas y preocupaciones tan importantes o más que las de ellos, como en su caso.

Toda su vida y su futuro dependía de que encontrara una solución y pronto, si no deseaba, acatar lo que Dorset dispusiera para ella.

Dorset, tenía que ser Dorset, pensó, soltando una maldición mentalmente, no podía ser aquel viajante desconocido con el que había coincidido, una noche en una posada del camino y al

que no volvería a ver en su vida.

Todo sería más fácil, si hubiera resultado así, tal y como había imaginado.

Pero no, tenía que ser Dorset, el que se colara en su habitación y a quien había entregado su inocencia con total satisfacción.

Seguía sin arrepentirse de ello, pero tenía que reconocer que su vida se había complicado y mucho, ahora que sabía que Dorset era quien la había tomado.

¿Y ahora que iba a hacer?, se preguntó abrumada, sin encontrar respuesta, ni siquiera sabía donde buscarla.

Pero lo que sí sabía es que Dorset no lo dejaría estar, ni fingiría haber olvidado su encuentro, no tenía ni idea de que es lo que pensaba hacer, pero estaba segura de que fuera lo que fuera, su vida nunca sería como antes.

Se estrujó las manos, nerviosa, mientras daba vueltas en su cabeza a su problema, buscando una solución desesperada.

No podía permitir que un completo desconocido decidiera lo que sería de ella.

No sabía decir cuanto tiempo permaneció allí sentada, antes de rendirse a dar con un plan que la salvara de sus designios y dirigirse a la cama.

Estaba agotada.

Dorset se dirigió a la biblioteca, nada más llegar a su residencia, tomo un decantador y una copa, del mueble de las bebidas, antes de arrellanarse en su sillón favorito, frente al fuego apagado, dispuesto a emborracharse.

Se sirvió una buena cantidad de brandy y le dio un gran sorbo.

La señorita Spencer, la prima fantasma, como la había llamado Surrey, de Clara, la pupila del Conde de Bradford, a quien su tía Donna había criado como a una hija.

La señorita Spencer, no podía ser una guapa tabernera, a quien sus amigos habían pagado unas cuantas monedas para calentarle la cama aquella noche, tal y como, había pensado en un principio, al encontrarla allí dormida en sus aposentos, cansada de esperarle.

No, era la señorita Spencer, pensó maldiciendo su mala suerte, apurando su copa antes de servirse otra y vaciarla de un solo trago.

Eso complicaba las cosas y mucho, si llegara a saberse, les obligarían a casarse y tendría que convertirla en su Marquesa, todo por una noche de placer en el lecho que ambos disfrutaron.

Sintió como su libido se despertaba al recordarlo y dio un gran trago para aplacarlo.

No es que tuviera nada en contra de la muchacha, ni que no fuera adecuada para ser la Marquesa de Dorset, al fin y al cabo, era la hija de Lady Margaret, la hermana del Conde de Bradford, la cual tuvo la mala fortuna de casarse con un médico rural, aunque tercer hijo del Vizconde de Wessex, ya fallecido.

Su alcurnia era indiscutible, por lo que era tan adecuada como cualquier otra dama presentada en sociedad ese año, con lo cual proponerla matrimonio no sería ninguna deshonra para la familia ni su apellido.

Volvió a llenar la copa, matrimonio, solo de pensarlo se le revolvían las entrañas, aún no estaba preparado para tomar esposa, pensó, comenzando a sentir los efectos del licor en su cabeza, era demasiado joven. Tan solo tenía veintinueve años, aún le quedaban unos cuantos años de libertad, antes de cumplir con sus obligaciones de darle un heredero al marquesado.

Hasta su autoritario padre, el Duque, estaba de acuerdo con ello.

Pero era lo más adecuado y lo que su honor como caballero le obligaban a hacer, al fin y al cabo, le había robado la inocencia a una joven dama de alta alcurnia.

Sintió el sabor amargo de la bilis en su garganta y trato de disiparlo con un buen trago de brandy.

Mañana visitaría al Conde e iniciaría los trámites para sus esponsales, decidió poniéndose en pie, yendo a sus aposentos tambaleándose.

Eso era lo que debía hacer, lo único correcto para reparar el honor de la dama, pensó, dejándose caer a plomo sobre su amplia cama, quedándose dormido al instante, aún ataviado con sus galas de noche.

Capítulo 5

A primera hora de la mañana, Steven llamaba a las puertas de la casa del Conde de Bradford, decidido a poner fin a toda aquella locura, a pesar de la resaca, por los excesos de la noche anterior.

—Buenos días, Lord Dorset.

—Buenos días, Charles —saludo al mayordomo, mientras le daba sus guantes y su abrigo, al lacayo—. Quisiera ver al Conde, tengo un asunto que tratar con él de suma urgencia.

—Por supuesto, milord, ya se encuentra en la biblioteca, despachando la correspondencia de la mañana —le informo—, si hace el favor de seguirme, le anunciaré.

Steven caminó detrás del fornido mayordomo, pero recorriendo con la vista los alrededores, buscándola, por donde pasaban, deseaba verla, aunque fuera solo un momento.

No entendía, a que venía, esa obsesión que se había despertado en él por esa mujer.

—Steven, que agradable sorpresa —dijo, Bradford, levantándose y rodeando el escritorio para saludarle—, tu tía se va a desilusionar mucho cuando sepa que has estado aquí y no ha podido verte.

—Lord Bradford —le contesto, tomando la mano que le tendía—espero que tía Donna me perdone, volveré a saludarla más tarde.

—Claro, claro, esa es una buena manera de compensarla —dijo mientras volvía al otro lado del escritorio y le señalaba una silla frente a él para que se acomodara—. Bueno, y a que debo el honor tu visita, tan temprano en la mañana.

Steven se aclaró la garganta, que de repente se le había quedado seca, antes de hablar.

—Me temo que voy a disgustarlo, pero me veo en la obligación de informarle donde estuvieron ayer su hija y su sobrina, la señorita Spencer —le advirtió antes de detallarle la presencia de las damas en la fiesta de las cortesanas celebrada en casa de Lord Redford—. Algo que como usted comprenderá no puede volver a repetirse, por el bien de la reputación de ambas

—Ya veo —comento, Bradford, distraído, mientras se acariciaba la perilla, tratando de mostrarse sorprendido y preocupado por sus palabras—gracias por informarme de lo poco afortunado de sus comportamientos, hablaré con ellas esta misma mañana y las dejaré bien claro, el riesgo que corren, si insisten en frecuentar tales compañías.

Observo como Steven se relajaba visiblemente, cuando le informo de su intención de reprenderlas y sin nada más que decirse, se despidieron, deseándose un buen día.

En cuanto, Steven, abandono la habitación, Robert dejo escapar la risa que había estado conteniendo, a duras penas, delante de él.

Así que esas diablesas habían encontrado un método para acercarse al trío de libertinos, interesante, estaba deseando poder escuchar cuáles serían sus planes a partir de ahora.

Steven abandonó la casa, satisfecho de haber informado al Conde de las actividades de esas jovencitas y convencido de que no volverían a repetir su aventura.

A sí mismo se prometió volver a la hora del té, para saludar a su tía y secretamente poder pasar unos minutos en compañía de la señorita Spencer, pensó, sonriendo, mientras subía a su caballo.

Ese sería un buen día, decidió, encaminándose hacia su Club, con el fin de poder disfrutar de un buen desayuno, poniéndose al día, leyendo tranquilamente el periódico de la mañana.

Más tarde se acercaría al parlamento, antes de visitar su librería preferida, en busca de un buen libro con el que entretenerse.

Si definitivamente, ese sería un buen día, sonrió, satisfecho, con sus planes para la mañana.

De repente se tensó, haciendo que su caballo se revolviera bajo su montura, al recordar que no le había informado a Lord Bradford, de sus intenciones para con su sobrina.

Tendría que volver en otro momento, y pronto, porque no veía el momento de convertirla en su Marquesa y hacerla suya, ahora que había decidido que ese era el único modo de salir, con honor, del atolladero en el que se habían metido.

Maggie fue la última en bajar a la mañana siguiente, no había dormido mucho la noche anterior, unos ojos azules como el mar la habían perseguido en sus sueños, atormentándola con sus miradas cargadas de pasión y sus sutiles promesas.

Cuando llegó al salón del desayuno ya estaban, todos sentados, en sus lugares habituales, dando buena cuenta de sus viandas.

Tomó un plato y se sirvió un poco de huevos revueltos del aparador, donde estaban servidos los platos, y café, lo prefería al té por las mañanas, la ayudaba a despejar su atontada mente por el sueño y esa mañana lo necesitaba de verdad.

No tenía mucha hambre, dudaba sinceramente que pudiera tomar bocado, ocupó su lugar en la mesa junto a Clara, la cual, parecía haber terminado de desayunar, pero permanecía en la mesa.

—Esta mañana he tenido una visita muy interesante —comentó el Conde apartando el periódico y dejándolo a un lado en la mesa, había esperado a que estuvieran todos para dar la noticia —Dorset.

Maggie se atragantó con el café que estaba bebiendo en ese momento, dejó la taza, con mano temblorosa sobre el plato, al tiempo que intentaba mantener la compostura.

—Supongo que a informarte de nuestras actividades de anoche —afirmó Clara sin inmutarse lo más mínimo, fijando la mirada en su padre, inquisitiva.

—¿Qué actividades? —preguntó la tía Donna, alarmada, temiéndose lo peor.

—Al parecer estas jovencitas, acabaron la noche en la fiesta de Lord Redford —la informo Bradford, al tiempo que se volvía para mirarlas, observando sus reacciones —una fiesta

de cortesanas, para tu información.

—Dios mío —Donna no pudo sofocar un grito ahogado y se llevó la mano a la garganta, teatralmente, como si se asfixiara —mi Dios ... debe de ser un error —exclamo mirando de cerca a sus sobrinas.

Porque, aunque Maggie no llevaba en realidad su sangre, ella siempre la había considerado así, la quería con la misma intensidad que a Clara, y supo que era cierto que habían ido a una de esas fiestas tan escandalosas e inapropiadas para dos jóvenes damas de alcurnia.

Clara parecía totalmente feliz, mientras que Maggie se había ruborizado suavemente debido a la vergüenza, que ello la provocaba.

—Sí —afirmo categóricamente Clara, sin mostrar el más mínimo arrepentimiento —y volveremos a otra de esas fiestas esta misma noche —les informo decidida a ello.

—¿Qué? —chillaron, histéricas, la tía Donna y Maggie, a la vez que escandalizadas.

Bradford tomó el control de la situación y las mando callar con un movimiento de la mano, para volverse de nuevo hacia su hija, sabiendo a ciencia cierta que era la promotora de semejante disparate, pero también sabía que no desistiría de ello, solo por no ser una fiesta apropiada para ella.

Clara no tenía ninguna intención de renunciar a su asistencia en favor del decoro.

—Supongo que no hay nada que te haga cambiar de opinión, ¿no? —vio como negaba con la cabeza —así que este es el nuevo plan para llamar la atención del Conde —no fue una pregunta, sino una afirmación, ya que conocía la respuesta.

—Si él prefiere a una cortesana, pues yo seré su cortesana —afirmó categóricamente Clara con una sonrisa maliciosa en su rostro —solo que en esta ocasión se casara con ella.

Maggie escondió la cabeza entre las manos al oír a su prima, acababa de anunciar, sin ningún reparo, que se convertiría en cortesana del Conde de Surrey.

Nada podía ser peor que eso o más divertido según se mirara, le susurro una vocecilla traviesa en su mente, sacudió la cabeza confundida, de donde había salido eso, se preguntó en silencio.

En el fondo le resultaba muy atrayente la aventura de ser una cortesana, pero no sabían nada de como convertirse en una cortesana, ¿cómo iban a hacerlo?, en medio de su dilema oyó la voz de su tío.

—Bien, no es que apruebe vuestro comportamiento, pero reconozco que es mejor que tu idea anterior —dijo mirando fijamente a Clara —y puede que hasta funcione —vio por el rabillo del ojo que tanto Donna como Maggie le miraban con los ojos, abiertos como platos, sorprendidas —. Os ayudaré con una condición.

Ahora las tres mujeres de la mesa se miraban entre ellas estupefactas, intentando comprender que estaba ocurriendo en realidad.

Bradford casi podía ver los engranajes de sus cerebros intentando asimilar lo que acababa de decir, decidió darlas un momento para que se recuperaran de la sorpresa, antes de continuar, explicándolas su plan.

—Os voy a presentar a Allison Perkins, todas sabéis que mantengo relación con ella

desde hace unos años —vio como asentían con la cabeza aun mirándolo perplejas —ella os enseñara todo lo que tengáis que saber sobre los caballeros y os cuidara en las fiestas a las que decidáis asistir, aconsejándoos y ayudándoos a mantener apartados a ciertos libertinos, menos respetuosos con las damas, que tienen poco de caballeros.

—¿Y la condición? —Maggie fue la primera en poder articular palabra después de las últimas palabras del Conde.

—Me mantendréis informado en todo momento de cuáles son vuestros planes para la noche y a que fiesta asistiréis. —vio como las dos asentían con la cabeza al unísono —. Dos hombres de mi elección acudirán a cada una de esas fiestas, como escoltas de seguridad, —vio que iban a protestar y continuo para acallarlas —no sabréis ni quienes son, ni notaréis su presencia, solo tendréis que hacer una señal si deseáis que intervengan o bien intervendrán solo en caso de extrema necesidad, vuestra seguridad es algo innegociable.

Ambas primas se miraron sopesando el hecho de estar siendo observadas, constantemente, por dos desconocidos, no era algo que las gustase, ellas preferían ser libres de hacer lo que quisieran y más en ese tipo de fiestas, donde se podían dar ciertas situaciones del todo indecorosas, de las cuales el Conde sería debidamente informado, por sus supuestos escoltas, pero al final, no les quedo más remedio que claudicar ante la firmeza del Conde en este punto.

Una vez se recuperaron de la sorpresa y estuvieron de acuerdo con las condiciones, empezaron a pensar en cuál sería la mejor estrategia a seguir en los próximos días.

Por el día cumplirían con sus compromisos, como cualquier otra dama, y por la noche asistirían a una reunión, totalmente respetable, de la alta sociedad y se retirarían temprano con cualquier pretexto que no las comprometiera, para asistir a las fiestas que las cortesanas daban en la ciudad, el Conde les facilitarías las invitaciones que necesitaran.

Una vez todo fue aclarado y calculado, abandonaron la mesa del desayuno para dirigirse cada uno a sus quehaceres, quedando en reunirse de nuevo a las dos para ir a conocer a Allison Perkins.

La tía Donna se quedaría en casa por si el Marqués de Dorset mantenía su palabra de ir a visitarla, tal y como, había asegurado esa misma mañana y atender a las visitas, mientras que Clara y Maggie, acompañarían al Conde en su salida.

Allison Perkins era la protegida del Conde de Bradford desde hacía casi tres años, en todo ese tiempo ella se había mantenido fiel al Conde, pero seguía asistiendo a las fiestas de cortesanas para mantener sus contactos, algo esencial en su profesión, al mismo tiempo apoyaba y ayudaba a sus protegidas, otras cortesanas. Sobre todo a las que se inician en la profesión.

A pesar de sus cuarenta y dos años, recién cumplidos, se mantenía esbelta y conservaba una gran belleza, de carácter dulce, no tuvo ningún inconveniente en colaborar una vez el Conde le explico lo que pretendían y cuáles eran sus planes.

Por supuesto, tuvieron que informarla de que el único caballero con quien las interesaba intimar, era el Conde de Surrey y tan solo Clara. Maggie solo la acompañaría y no estaba interesada en recibir las atenciones de ningún caballero, que frecuentara ese tipo de fiestas, ya que los consideraba unos libertinos, indignos de una dama.

Sobre todo, de los casados que acudían a esas fiestas a espaldas de sus esposas, mientras

ellas se dedicaban a criar a sus hijos y cuidar de la casa.

Lo primero que hicieron, una vez que el Conde las dejó a solas, fue ir a ver a la modista, Madame Julieth, famosa entre las cortesanas por sus vestidos escandalosos y atrevidos, de allí salieron con todo lo que necesitarían para esa noche y encargaron un vestuario completo que recibirían en los próximos días.

Después regresaron a la residencia de la Señorita Perkins, donde empezó su educación de como llamar la atención de un caballero, al mismo tiempo que aprendían a como disuadirlo si no era deseada su compañía.

Su primera lección fue simple. “Una cortesana es quien elige al caballero a quien entrega sus favores, no es el caballero quien la elige a ella”.

Tanto Clara como Maggie, volvieron a casa con el tiempo justo para arreglarse y salir para la cena en casa de los Duques de Brighton, excitadas y avergonzadas por todo lo que la Señorita Perkins las había enseñado, a la vez que deseando ponerlo en práctica cuanto antes, volverían a verla esa noche en la fiesta de Lord Wellington.

A las cinco en punto, el Marqués de Dorset se encontraba de nuevo ante las puertas de Bradford Hall, pidiendo ser recibido por su tía Donna.

Charles le condujo directamente al salón azul donde su tía estaba recibiendo las visitas del día, pudo observar que algunas de las amigas de su tía se encontraban allí, con sus hijas más jóvenes, al igual que algunos caballeros que supuso eran los pretendientes de las señoritas que habitaban la casa, pero tanto Maggie como Clara no se encontraban en el salón.

Media hora después se despedía de su tía, abandonando la casa con paso triste al no haber encontrado a Maggie en ella, cabizbajo se subió de nuevo en su carruaje y fue hacia su club a pasar el resto de la tarde.

Su tía le había informado que ese día las muchachas tenían una cita con la modista, justificando así su ausencia, Steven tenía la sensación de que eso no era del todo cierto, pero no tenía motivos para dudar de su tía.

Capítulo 6

A las doce y media, en punto de la noche, Maggie y Clara cruzaban el umbral de la casa que Lord Wellington poseía en Mayfair. Tal y como habían acordado, Allison las esperaba en el vestíbulo para conducir las al salón principal.

—¿Listas? —las pregunto mientras se colocaba en el centro y las tomaba por el brazo para guiarlas.

Maggie no podía disimular la alegría expectante que sentía ante la aventura que iban a comenzar, ni las mariposas en el estómago al saber que el Marqués estaría presente, tenía los nervios a flor de piel, respiro profundamente, intentando calmarse, antes de entrar en el salón abarrotado de gente.

—Vuestro caballero se encuentra al final del salón, en el lado izquierdo, tomando champán con sus cortesanas favoritas, Rubí y Lys, junto con otros amigos que se han unido a ellos en el pequeño apartado —les informo Allison mientras las guiaba en sentido opuesto por el salón.

Apenas habían conseguido avanzar unos cuantos metros, cuando dos caballeros las interceptaron con la excusa de saludar a Allison y solicitar ser presentados a las damas que la acompañaban.

Poco a poco otros caballeros se aproximaron con el mismo fin y las fue imposible seguir avanzando, viéndose atrapadas en un lateral del salón, rodeadas de admiradores dispuestos a competir por sus atenciones.

—Buenas noches, Lady Clara —saludo Durham haciendo una reverencia ante ella.

Clara extendió su mano mecánicamente al caballero que la había requerido hasta que lo reconoció como el Vizconde Durham, compañero inseparable de Dorset y Surrey.

—Lord Durham —saludo con más entusiasmo, al recordarlo —me permite que le presente a la Señorita Spencer.

—Por supuesto —contesto soltándola la mano que acababa de besar e incorporándose.

—Maggie, quiero que conozcas de Cameron Elling, Vizconde de Durham – señalo, haciéndola un guiño casi imperceptible —Maggie Spencer, mi prima.

—Encantada —Maggie le saludo con una mirada, llena de coquetería, al cual, había reconocido como el tercer libertino que buscaban.

—El placer es todo mío, señorita —contesto Durham mientras besaba la mano que le tendía, echando una mirada de reojo, al generoso escote del vestido de la dama —sería para mí un placer si me concediera el siguiente baile.

Maggie tardó una décima de segundo en decidirse, el discreto empujón de Allison y las primeras notas del vals, la impulsaron a aceptar, tomó el brazo de Lord Durham y dejó que la condujera a la pista de baile, mientras bailaba vio de refilón al Marqués, como la noche anterior se encontraba muy entretenido apasionadamente, con su compañera de turno.

Sospecho que la rubia voluptuosa que tenía entre sus brazos sería Rubí, una de las más reclamadas cortesanas de Londres esa Temporada.

Sintió como la ira la dominaba, al ver como el Marqués apreciaba sus encantos de esa manera.

Maggie se dio cuenta cuando acabó el baile que el Vizconde, muy hábilmente, la había llevado directamente en la dirección donde se encontraban sus amigos, supuso que, para alardear ante ellos de su nueva conquista, haciéndola sonreír, maliciosamente para sí misma, mientras ponía en práctica uno de los trucos que Allison las había enseñado esa misma mañana.

Parpadeo coquetamente al mismo tiempo que se colgaba de su brazo y dejaba que sus senos se frotaran suavemente contra él, al compás de sus pasos, sintió como el Vizconde se ponía tenso y miraba con lujuria donde sus cuerpos se rozaban.

—¡Maldición! —Surrey acababa de divisar a su amigo que se dirigía hacia ellos, reconociendo al instante a la dama que le acompañaba —Dorset —le llamo con una mezcla de pánico y urgencia en su tono, fue todo lo que pudo decir para avisarle de su presencia, antes de que la pareja les alcanzara.

—¿Qué? —Dorset reconoció la premura en el tono de Surrey y abandono inmediatamente a la joven que tenía entre sus brazos, para volverse hacia él, con un mal presentimiento.

De todas maneras, daba igual, llevaba más de media hora practicando todo tipo de juegos preliminares con Rubí y aun su deseo por ella era solo superficial, algo le decía que esa noche no podría concentrarse en la hermosa mujer que lo acompañaba.

Sabía perfectamente a quien deseaba exactamente esa noche entre sus brazos, a Maggie, esa morena de ojos azules le estaba volviendo loco, como si la hubiera conjurado, la vio aparecer del brazo de Durham al otro lado del apartado.

Necesito de todo su dominio y autocontrol para no lanzarse sobre ellos y no arrancarla del brazo de su amigo, para después matarlo solo por tocarla, aún no entendía ese sentido de posesividad que había desarrollado hacia ella.

Ni esos deseos de asesinar a cualquier hombre que la mirara tan lujuriosamente como lo hacía Durham en ese momento.

Reuniendo toda la calma que pudo, se puso en pie y en dos zancadas llegó al lado de la pareja.

—Maggie, —saludo con una inclinación cabeza, mientras le lanzaba a su amigo una mirada asesina, dejándole bien claro sus intenciones.

—Lord Dorset —Maggie ocultó lo mejor que pudo, el efecto que su voz la producía, le temblaban las rodillas y tenía que concentrarse en mantenerse erguida frente a él.

Durham vio la mirada de Dorset y soltó bruscamente a la joven, mirándolos indistintamente, tratando de adivinar que pasaba entre ellos, sin llegar a comprenderlo.

—Lord Surrey —Maggie se volvió hacia el Conde, intentando evitar la mirada airada del Marqués en ella, estaba claro que estaba furioso, se felicitó a sí misma por haber conseguido despertar su ira con solo ir acompañada del brazo de otro hombre.

—Señorita Spencer —la saludo el aludido mientras tomaba la mano que la dama le tendía para besarla —. Supongo que Lady Clara también sé encuentra por aquí —afirmo mientras recorría con la vista el salón, intentando encontrarla.

—Por supuesto —sonrió Maggie en él —aunque puede que haya salido a los jardines con Lord Redford —le confió, inocentemente, a su interlocutor, viendo como este se ponía rígido y dirigía su mirada a las puertas abiertas que daban a las terrazas —. La verdad es que hace mucho calor aquí, ¿no creen? —pregunto al mismo tiempo que abría el abanico para darse un poco de aire, utilizando otro de sus nuevos recursos, dirigiendo las miradas masculinas hacia su escote, la verdad es que estaba disfrutando de lo lindo con esos inocentes trucos. —Lord Durham sería tan amable de acompañarme a tomar un poco de aire fresco paseando por los jardines—le pidió volviéndose hacia él, para tomar su brazo.

Steven empujó suavemente a Durham al tiempo que le advertía con la mirada y se apresuró a colocar la mano de Maggie sobre su propio brazo.

—Yo la acompañaré, si me lo permite —declaro al mismo tiempo que la agarraba firmemente para que no pudiera escapar —, tengo que buscar a mi prima de igual manera para saludarla —dijo para justificar su extraña conducta antes sus acompañantes.

Y sin más empezó a caminar hacia las puertas abiertas de la terraza, arrastrando a Maggie con él, sin que esta pudiera hacer nada para impedirlo, tampoco es que deseara hacerlo, reconoció para sí misma.

Durham se volvió hacia Surrey, confundido, en cuanto se alejaron lo suficiente como para que no le oyeran.

—¿Qué demonios le pasa a Dorset? —le pregunto, tratando de darle sentido a lo ocurrido.

Estaba perplejo por el comportamiento del Marqués, siempre habían compartido a sus amantes y nunca había dado muestras de ser un hombre celoso, ni posesivo, en cambio, según su opinión, Dorset no solo estaba celoso, de las atenciones que le había brindado a la señorita Spencer, sino que además estaba furioso con él, por aceptarlas.

Surrey se encogió de hombros y volvió a sentarse con la mirada fija en las puertas de los jardines, esperando el regreso de Lady Clara, se obligó a sí mismo a permanecer sentado, en lugar de lanzarse a buscarla, para arrancarla de los brazos de Lord Redford, tal y como deseaba hacer.

Él tampoco entendía muy bien que le estaba pasando, ni porque sentía la sangre hervir dentro de sus venas, solo de pensar en lo que podían estar haciendo en la semioscuridad del jardín.

Steven guio a Maggie a través del salón en completo silencio, no se atrevía ni a mirarla, no, hasta que estuvieran lejos de las miradas indiscretas de los asistentes a la fiesta.

Cuando alcanzaron la terraza, la guio hacia los senderos más apartados, podía notar su reticencia al comprobar sus intenciones, pero no hizo nada para detenerle, permitiéndole que la guiara.

Una vez que considero que se habían internado lo suficiente en la oscuridad, como para estar ocultos a cualquiera de los invitados a la fiesta, se volvió hacia ella con la intención de reprenderla severamente, por estar allí esa noche, pero cometió el error de mirarla a los ojos.

Un deseo intenso lo sacudió hasta las entrañas, dejándolo indefenso, lo único que pudo hacer, era apresarla entre sus brazos, para besarla desesperadamente, mientras bebía de sus labios el agua que había añorado cruzando el desierto.

Maggie vio como sus ojos se oscurecían por la pasión, sintió como ella misma respiraba entre jadeos y un calor que amenazaba con derretirla se alojaba entre sus piernas.

Como en un sueño, sintió que la atraía hacia él bruscamente y sus labios la tomaban apasionadamente, exigiendo una respuesta, su lengua inspeccionaba sedienta su boca y ella bailaba a su compás con la misma necesidad.

Steven la atrajo aún más hacia su cuerpo, necesitaba sentirla, estaba duro y excitado hasta tal punto que resultaba doloroso físicamente, sin abandonar ni un segundo su boca, que tan hábilmente le daba de beber, la apoyo contra el roble que tenía a su espalda y la atrapo contra su cuerpo.

Con una mano le abrió el vestido, dejando sus pechos al descubierto, sintió como gimió dentro de su boca, cuando su mano atrapo su pezón para atormentarla, pellizcándolo suavemente presa de la pasión.

Maggie estaba en el cielo, su cabeza daba vueltas por el placer que estaba experimentando entre sus brazos, una vocecilla le dijo que debía detenerle, que una verdadera dama no debía experimentar ese éxtasis de placer.

Ni siquiera con el que fuera su esposo y Dorset estaba muy lejos de serlo. Que eso era más propio de una cortesana que de una dama.

Y entonces recordó que ella, al menos por esa noche, fingía ser una cortesana, así qué por qué no tomar lo que la ofrecía y tanto deseaba, se preguntó, abandonándose a sus caricias.

Pero la vocecilla se calló al sentir como sus dedos habían encontrado el centro de su feminidad y la urgía a sentir mucho más, elevándola aún más alto.

Steven estaba enloquecido, tenía que hacerla suya o moriría de deseo, sus manos abandonaron por un momento su cuerpo, obligándose a dar un paso atrás para mirarla, mientras se desabrochaba el pantalón, dejando libre su excitado miembro, totalmente erecto y dispuesto a adentrarse en sus profundidades.

—Detenme —la ordeno, suplicante, con una voz tan ronca que apenas reconoció como suya.

Maggie le miro confundida durante un segundo, mientras se daba cuenta de lo que le pedía que hiciera.

Sintió como su corazón dejaba de latir, bajo la vista por su cuerpo, antes de volver a mirarle a los ojos, enfebrecidos, donde vio reflejado su propia pasión y desesperación, ese hombre era increíble, aun en ese momento y en su estado, la estaba dando la oportunidad de retirarse, sin que nada más sucediera, si no lo deseara.

—No, ven a mí —susurro al tiempo que le tomaba de las solapas de la chaqueta y le atraía hacia ella.

Steven no se resistió a su invitación y con un hábil movimiento la subió el vestido hasta la cintura, penetrándola profundamente, consiguió atrapar su grito de placer con su boca, al sentirlo dentro de ella.

Poco a poco alcanzaron un ritmo salvaje que los llevo a la locura, alcanzando el clímax al unísono, dejándolos sudorosos y exhaustos, a partes iguales.

Eso no era lo que tenía planeado que ocurriera cuando la saco arrastras de la casa, al jardín, se recordó a sí mismo, una vez que recupero la capacidad de pensar, tras su encuentro.

Steven tardo casi un minuto en reunir las fuerzas necesarias para salir de ella y apartarse para dejarla respirar. Se la veía tan alterada como a él e igual de satisfecha.

—Mañana iré a ver a Lord Bradford y acordaremos los términos de nuestro contrato de matrimonio —comento mientras se acomodaba la ropa, de nuevo.

—Nooooo —Maggie salió de la nube de satisfacción que la envolvía y volvió a la realidad al oír sus palabras —no voy a casarme contigo.

Steven paro en seco lo que estaba haciendo y levanto la cabeza para mirarla.

—¿Y se puede saber por qué no? —la pregunto lleno de confusión e irritado con la muchacha, no podía haber rechazado su propuesta de matrimonio, pensó, sintiéndose ultrajado por ello.

—No puedes hacerme eso —dijo, Maggie, intentando explicarse, mientras con manos temblorosas trataba de recomponerse el corpiño —¿Por qué quieres casarte conmigo?

Steven la miro, incrédulo, dio un paso al frente para apartarla las manos, mientras que hábilmente volvía a colocar el vestido en su sitio.

—Mi honor de caballero me exige que restaure tu honra. Eres una dama de alta alcurnia a quien he arrebatado su inocencia y he tomado de nuevo a la menor oportunidad que se me ha presentado —la expuso sus argumentos —la única manera de hacerlo es convirtiéndote en mi esposa —afirmo categóricamente, convencido de ello.

—¿Tu honor? —pregunto irónica —tú no tienes honor —le acuso furiosa.

—Maggie —la advirtió entre dientes, sintiendo una furia inmensa al ver su negativa.

En su mirada pudo ver el desafío y también el miedo que la producía entregarse a él como su Marquesa.

—No tenemos alternativa —intento explicárselo, de nuevo, tratando de tranquilizarla —yo te desfloré y después de esta noche podrías haberte quedado embarazada —pauso para darla tiempo a asimilar sus palabras —lo cual nos obliga a casarnos sin remedio y rápido. Mi heredero podría estar ya en tu vientre.

Maggie permaneció quieta mirándolo en silencio, él tenía razón, era lo correcto, pero entonces que ocurriría con ella, se preguntó desconcertada.

Con la vida que había planeado tan detenidamente y en la que no tenía cabida ningún marido y menos alguien tan posesivo como Dorset.

Un marido solo era un inconveniente para sus planes, si se casaba tendría que renunciar a todo por lo que había luchado todos esos años, y no estaba dispuesta a ello, mucho menos para

salvar el honor de un caballero.

Por mucho que le gustaran sus besos y otras cosas que la hacía, tuvo que reconocer para sí misma, sintiendo como se ruborizaba al recordarlo.

Sintió como lágrimas, silenciosas, resbalaban por sus mejillas, ante el sentimiento de desolación e impotencia que la embargaba, por todo lo que estaba pasando.

—No, no, no —afirmo, pasándose la mano por la cara intentando calmarse —no puedes quitar también esto, no puedes —le grito histérica, presa del pánico al sentirse atrapada —no puedes quitarme mis sueños —vio que daba un paso hacia ella, para tomarla entre sus brazos tratando de confortarla.

Maggie se separó bruscamente, poniendo distancia entre ellos, presa del pánico que la atenazaba, el alma.

—Si estoy embarazada volveremos hablar sobre el tema —pauso un segundo mientras caminaba hacia atrás tratando de alejarse —si mañana vas a ver a mi tío, que sepas que me negaré en rotundo, ni él, ni tú, podéis obligarme a tomar esposo —le advirtió, dicho, lo cual, se giró y corrió por el jardín hacia el salón de baile.

Tenía que alejarse de él, no podía dejar que la convenciera, ella tenía otras metas en la vida, aparte de formar una familia.

Steven vio como se alejaba, sin entender exactamente que había pasado, ni por qué había reaccionado así, muchas preguntas se amontonaban en su cabeza, pero lo que más le dolía era su rechazo a ser su esposa, ¿por qué?

No era indiferente a sus caricias y aunque no estaban enamorados, tenían una pasión que rallaba con la locura, se satisfacían mutuamente, solo con eso tenían más que muchos de los matrimonios que él conocía.

¿Sueños?, ella había hablado de sueños. Para una mujer su sueño era hacer un buen matrimonio con alguien rico y de la nobleza.

Él reunía esos requisitos con creces, tenía una fortuna propia, además de la unida a los títulos y propiedades que ostentaba, era el Marqués de Dorset, heredero del Duque de Ambey.

Además, era guapo y saludable, según le aseguraban todas las damas que conocía, incluidas su madre y su abuela, quienes no dejaban de adularle.

Estaba considerado como uno de los solteros más cotizados por las matronas de Londres, ¿qué más podía desear una mujer en un marido?

Aun confuso, se dirigió hacia el salón de baile, le habían rechazado, no podía creerlo, pero, aunque Maggie había dicho que no, no pensaba darse por vencido tan fácilmente.

—Señorita Maggie Spencer, vos seréis mi Marquesa —sentencio entre dientes, mientras cruzaba las puertas que daban al gran salón, recorriendo con la mirada a los asistentes, buscándola, pero no la encontró por ningún lado.

Maggie recobró la cordura justo cuando subía el primer escalón de la terraza, girando sobre sus talones, se dirigió donde estaban los carruajes.

Mando un mensaje a Clara pidiéndola que se reuniera con ella, alegando que estaba indispuesta y deseaba volver a casa cuanto antes.

Clara escuchó con atención las palabras susurradas al oído por el lacayo de su padre y no tuvo ninguna duda de que fuera cual fuera el malestar que la embargaba, este había sido producido por Dorset, su adorado y querido primo.

El cual estaba resultando no ser más que un patán, sin corazón, que la había decepcionado por completo, igual que muchos otros hombres a los que había conocido desde que fue presentada en sociedad.

Pero esperaba mucho más de Dorset, siempre le había tomado como el perfecto caballero, a quien cualquier dama tomaría por esposo, sin tener ninguna duda de que su unión sería duradera y feliz, por el resto de sus vidas.

Se fijó en Surrey que la miraba preocupado, situado frente a ella, también estaría equivocada respecto a él, se preguntó no pudiendo evitar que las dudas la asaltaran.

—Caballeros, me temo que ha surgido un imprevisto y debo retirarme —les anuncio a la corte de presuntos pretendientes que la rodeaban —si me disculpan, les deseo una buena noche.

Y sin más se giró hacia el lacayo que la esperaba, discretamente, unos pasos por detrás de ella y partió.

Surrey, observo su erguida espalda como se alejaba, sin comprender muy bien que había sucedido en realidad.

Por el rabillo del ojo vio a Dorset regresar del jardín en solitario y comenzó a comprender lo que había pasado.

Por algún motivo, que él desconocía, Maggie y Dorset se habían peleado, en su excursión por los jardines, lo cual, precipito su retirada de la fiesta, obligando a Lady Clara a acompañarla, privándole a él de su dulce compañía, pensó, molesto, si esos dos tenían problemas no tenían porque fastidiarles a ellos.

Capítulo 7

Dorset y Surrey se encontraban a la derecha de la entrada al salón de baile, pero lo suficientemente cerca como para oír las conversaciones de los recién llegados.

Aunque aparentemente conversaban con Lady Sherman y Lady Cranford, estaban pendientes de la llegada de los Bradford al baile.

Maggie había rechazado todas las invitaciones sociales después de su conversación con Steven, temía volver a verlo y no poder enfrentarlo de nuevo.

Así que se había recluso en su casa durante toda la semana, manteniéndose alejada a la hora de las visitas.

Algo a lo que Clara sorprendentemente no había puesto ninguna objeción, ni había insistido en que regresaran a las fiestas de cortesanas, ya que, en tan solo una noche, había logrado su objetivo de atraer la atención del Conde hacia ella. Lo suficiente como para hacerle cambiar sus hábitos y costumbres, asistiendo a los bailes de sociedad a los que ella asistía, acompañada de la tía Donna, quien hacía las veces de dama de compañía.

Por lo cual había permitido su aislamiento sin hacerla sentirse culpable por ello.

Pero esa noche no había podido eludir su compromiso con la condesa de Somerset, una amiga muy querida de la familia.

Los Condes tenían una propiedad cercana a Bradfield y siempre habían estado muy unidas las dos familias.

—Querida Donna —Lady Somerset se adelantó a besar a su vieja amiga con cariño — que alegría que hayáis venido todos —lanzo una mirada a las jóvenes que estaban detrás de ella y a Lord Bradford —tenía entendido que no atendías invitaciones —afirmo mientras clavaba su mirada en Maggie.

—No he podido resistirme, a la vuestra, milady —la confesó Maggie mientras se acercaba a besarla cariñosamente en la mejilla.

—Espero que yo haya tenido algo que ver en ello —dijo, Lord Kent, acercándose en ese momento, único hijo y heredero de los anfitriones.

—Justin ... —Maggie se volvió feliz al oír la voz de su amigo —ni siquiera sabía que estabas en Londres —hizo un mohín de falso enfado, por no haberla avisado de su llegada.

—Llegué ayer —corrigió Justin, abrazándola a su vez —apenas he tenido tiempo de nada y tenía la esperanza de que abandonarás tu encierro para venir esta noche —la dijo, haciéndola un guiño de complicidad, antes de volverse para saludar al resto de la familia.

Steven había estado pendiente de toda la conversación y miraba con cara de pocos

amigos en dirección hacia la entrada del salón, Maggie se había lanzado literalmente a los brazos de ese hombre, con total naturalidad, sentía como la sangre hervía en su interior.

Surrey le golpeo disimuladamente en el brazo llamando su atención, tratando de frenar sus intenciones, tan transparentes para él.

Se volvió hacia su amigo, no antes de ver como Lord Kent hacía un aparte con Maggie, trayéndola más cerca del grupo donde se encontraban, al tiempo que se inclinaba para hablarla, con mayor intimidad.

—Estoy seguro de que puedo satisfacerte plenamente en mis aposentos —susurro misteriosamente a Maggie junto a su oído.

—Justin ... —le amonesto su madre antes de que Maggie pudiera expresar su opinión al respecto —esto es una fiesta y tu deber como anfitrión, no es que te pierdas por ahí con Maggie —miro a esta con una disculpa en su mirada —ya sé que queréis estar solos, pero ... —los miro a los dos que la miraban suplicantes y se rindo ante lo inevitable —está bien, dos horas —proclamo la anfitriona —si no volvéis en dos horas mandaré a alguien a buscaros.

Maggie buscó con la mirada a la tía Donna y Lord Bradford, pidiéndoles en silencio su permiso, ambos asintieron con la cabeza.

—Dos horas, lo prometo —estalló Maggie, feliz por aquel desenlace tan inesperado, de la noche, tomo a Justin de la mano y lo arrastro fuera del salón, de nuevo hacia el vestíbulo.

Donna miro por encima del hombro de Isabel a Steven, que miraba furioso hacia la puerta por la que habían desaparecido, Maggie y Justin, segundos antes.

Acababa de resolver el enigma, que tanto la había estado molestando, sobre la conducta de su sobrino en la última semana, tanto ir a visitarla no era algo normal en él, lo mismo a que asistiera a tantas fiestas de matronas durante la Temporada, sabía que algo estaba pasando, que no era por ser un buen amigo, acompañando a Surrey en su cortejo hacia Clara, siempre había tenido el presentimiento de que había algo más oculto entre sus nuevos hábitos.

Su sobrino estaba desarrollando sentimientos hacia Maggie, de ahí su cambio, de costumbres, sonrió para sus adentros alegrándose y deseándoles lo mejor para la pareja, sería muy bueno para ambos si llegaban a casarse, no podía haber elegido una mejor Marquesa a su lado.

Tendría que investigar un poco más, para saber como estaban las cosas en realidad, entre ellos, por si tenía que hacer de casamentera entre esos dos testarudos, sonrió aún más, ante la expectativa de orquestar tan favorable unión.

La fiesta de los Condes de Somerset acababa de adquirir un nuevo aliciente, incluso la Temporada se presentaba mucho más atractiva a sus ojos, pensó, satisfecha.

Tomo el brazo que Lord Bradford le tendía, y se alejó hacia la zona de descanso de las damas, donde la esperaban otras amistades, con las que conversar y ponerse al día sobre los últimos chismes acontecidos en la ciudad, aunque sin perder de vista a su adorado sobrino.

—Interesante ... —pensó, para sus adentros, mientras se acomodaba en una silla entre las matronas asistentes esa noche.

Surrey apenas tuvo tiempo de agarrar los faldones de la chaqueta de Dorset cuando este hecho a andar tras ellos, dispuesto a detenerlos.

Steven se había mantenido atento a toda la conversación entre Maggie y Justin, su furia amenazo con desbocarse al invitarla a sus aposentos, ¿cómo se atrevía?, Maggie era toda una dama, pero su asombro fue aún mayor, cuando las familias dieron su consentimiento para que se marcharan durante dos horas.

¡¡¡Dos horas!!!, Dios mío ..., la de cosas que se pueden hacer en los aposentos de un caballero durante dos horas, sintió la furia, renacer de nuevo en su interior, ¿es qué se habían vuelto todos locos?, para su estupor vio como Maggie le tomaba de la mano y lo arrastraba fuera del salón.

Sintió como todo su autocontrol se desvanecía y se lanzó tras ellos, sin pensar en las consecuencias, Surrey impidió que hiciera aún más el ridículo, deteniéndole disimuladamente.

En realidad, él no era quien, para impedir tal reunión, ni tenía ningún derecho sobre ella, aún.

Steven se volvió fulminándolo con la mirada por frenarle, pero un resto de cordura cruzo su mente en esos momentos, atravesó el salón, como alma que lleva el diablo, y salió a los jardines, donde podría dar rienda suelta a su enojo lejos de las miradas curiosas de sus pares.

Miles de preguntas se agolpaban en su cabeza, intento despejarse, tomando varias respiraciones profundas, esperando que el aire fresco de la noche llenara sus pulmones, para analizar la situación fríamente con la esperanza de comprender que había ocurrido segundos antes entre Maggie y Justin.

Evidentemente, esos dos se conocían y por el efusivo entusiasmo con que se saludaron era más que evidente el vínculo cariñoso que había entre ellos.

Eso estaba claro, pero eso no explicaba, ni justificaba, que tuvieran que ausentarse durante tanto tiempo para estar solos, maldijo por lo bajo, ante las ganas incontrolables que tenía de golpear algo para descargar su rabia.

Preferiblemente a Lord Kent.

Respiro profundamente y echo mano de todo su autocontrol, mientras seguía caminando por los jardines con un rumbo incierto, tenía que tranquilizarse para poder volver al interior del salón de baile, sin dejar ver sus sentimientos y malestar.

Volvió a respirar pesadamente, y se obligó a sí mismo a confiar en Maggie, ella era inocente cuando se conocieron, por lo tanto, no debía de albergar sentimientos románticos hacia Kent, puesto que debían de conocerse desde hacía bastante tiempo, dada la confianza que parecían compartir.

Esos pensamientos consiguieron reconfortarlo un poco, miro su reloj de bolsillo, apenas había transcurrido una hora, soltó una maldición, por lo bajo, antes de volver al salón a esperarlos.

Hablaría con Maggie sobre el tema en cuanto volvieran, era lo mejor que podía hacer, hasta entonces no le quedaba otra opción que armarse de paciencia para la larga espera que tenía por delante, pero eso sí, la dejaría bien claro que no estaba dispuesto a permitir que una situación así se repitiera en el futuro

Los únicos aposentos masculinos que podía visitar, de ahora en adelante, eran los suyos, y solo los suyos, donde sería gratamente recibida, pensó, sintiendo despertar su libido imaginándosela, tendida en su enorme cama, suspirando porque se uniera a ella, sin más demora,

algo que haría encantado, atendiendo su petición como un buen esposo, haría para contentar a su dama.

Capítulo 8

Unos minutos antes de que se cumpliera el plazo, Maggie y Justin entraron en el salón, enzarzados en una animada conversación, ambos se dirigieron hacia donde estaban sentadas las matronas de la noche.

—Lady Sirvelstong —saludo Kent con una reverencia, antes de volverse hacia Maggie —te veré durante la cena —dijo mientras besaba su mano y acto seguido abandono a las damas mientras se perdía entre los invitados, dispuesto a ejercer sus deberes como anfitrión, el resto de la noche.

Maggie le siguió con la mirada antes de volverse hacia su tía Donna, aunque no eran parientes de sangre, siempre la había considerado como su tía, esta la hizo un gesto para que se sentara a su lado en el diván que ocupaba.

Maggie obedeció ante la orden táctica de su tía y se preparó para el aluvión de preguntas que se le avecinaban, para su sorpresa Donna se mantuvo en silencio mientras seguía su conversación con Lady Sherman sentada a su derecha, poco después, Clara se unió a ellas.

A poca distancia se encontraban los tres libertinos de Londres conversando entre ellos, tratando de esquivar a las matronas que intentaban llamar su atención sobre sus hijas casaderas.

Steven mantenía la mirada fija sobre Maggie. Ahora que había vuelto, se sentía algo más tranquilo, pero la sensación de sentirse traicionado con Lord Kent no lo abandonaba del todo.

Justo en ese momento anunciaron la cena, pero antes de que tuviera tiempo de reaccionar, Lord Kent apareció ante las damas, para acompañar a Clara y Maggie fuera del salón, con un resoplido de mal humor, se resignó a la mera compañía de sus amigos durante la cena.

Steven observo que Surrey tampoco parecía estar muy contento con la situación, sintió una punzada de empatía al verle en el mismo estado que él mismo se encontraba, en esos momentos, ambos habían planeado cenar con sus damas y otro se les había adelantado.

Justin las guio a lo largo del comedor hasta la parte más alejada, donde se habían dispuesto mesas pequeñas para que las parejas pudieran tener un poco de intimidad, eligió una situada en la esquina, preparada para cuatro comensales, satisfecho miro a su alrededor, si hay podrían disfrutar de un poco de privacidad y conversar abiertamente, sin ser escuchados, siempre y cuando mantuvieran un tono bajo.

Durante la cena no dejaron de bromear entre ellos, la verdad es que se encontraban bien juntos, eran amigos desde niños y esa camaradería y confianza no paso desapercibida para el resto de los comensales que llenaban el comedor en esos momentos y quienes no dejaban de observarles.

—Tengo entendido que este año, tus padres se han propuesto que elijas entre las

debutantes a tu futura Condesa —afirmó, Clara, en un momento de seriedad, preocupada por su amigo.

—Eso me temo —confirmó, Justin, un poco abatido, ante la perspectiva —me han dado un ultimátum o siento la cabeza y tomo esposa antes de que acabe la Temporada o me desheredan.

Maggie dominó a duras penas la risa que amenazaba con escapar de su garganta al escucharlo, le miro directamente a los ojos y vio el malestar que le embargaba.

—¿Y por qué no te has negado? —le pregunto preocupada.

—¿Y de qué serviría? —dijo encogiéndose de hombros en actitud de derrota —tarde o temprano tendría que elegir a alguien y tener un heredero, ¿no?

Un silencio aplastante se instaló sobre la mesa mientras pensaban en lo que Justin acababa de afirmar.

—¿Habéis visto qué sombrero más ridículo lleva Lady Sherman? —pregunto Clara, cambiando hábilmente de tema y devolviéndolos a su estado anterior de despreocupación.

El resto de la cena paso sin incidentes, entre bromas, cuando acabaron de cenar, Lord Kent volvió a acompañarlas para que se reunieran con su tía Donna en el mismo diván que ocupaban antes de salir hacia el comedor.

—¿Y por qué no te casas con Maggie? —pregunto, Clara, quien no había dejado de darle vueltas al problema de su amigo, decidido a cumplir con las exigencias impuestas por sus progenitores.

Justin y Maggie se detuvieron en medio del salón, totalmente sorprendidos y estupefactos por lo que Clara acababa de proponer, ambos se miraron a los ojos durante unos segundos ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor, sopesando en silencio su propuesta.

—No sería mala idea —la voz de la tía Donna fue penetrando en sus cerebros, sacándolos del estupor en el que se encontraban y poco a poco fueron recobrando la compostura.

Sin decir absolutamente nada, Lord Kent hizo una reverencia de despedida hacia las damas, y se marchó apresurado hacia otra zona del gran salón de baile.

Maggie se mantuvo en su lugar mirándolo con la boca abierta mientras se alejaba, estaba anonadada, casarse con Justin.

Nunca se le había pasado por la cabeza algo así

Clara la dio un sutil empujón, sacándola bruscamente de su ensimismamiento, devolviéndola a la realidad, ambas se sentaron en el diván junto a la tía Donna, mientras se ponían al día de los chismorreos más recientes que circulaban por la ciudad.

Pronto Lord Surrey se acercó para llevarse a Clara a bailar, el baile que le había solicitado con anterioridad

Diversos caballeros se interesaron en bailar con Maggie, pero esta declino todas las peticiones que le hacían, alegando un ligero dolor de cabeza, permaneciendo sentada en compañía de la tía Donna el resto de la velada, fingiendo estar interesada en la conversación.

Pero su mente se empeñaba, una y otra vez, en alejarse de esta y regresar a Justin, como esposo, imaginándose de mil formas distintas, la vida que llevarían.

Steven observaba desde su posición, como uno a uno, todos los caballeros fueron rechazados por la dama y desistió de acercarse a pedirla un baile, por miedo a correr la misma suerte que los demás, pero él tampoco bailó con ninguna de las damas que se acercaban insinuantes, reclamando su atención.

Cerca de las tres de la madrugada, abandono la fiesta, poco después de que los Bradford se marcharan, junto con Lord Surrey y Lord Dhurman, levantando el comentario de una posible búsqueda de diversión en otra parte, entre los más puritanos.

—Buenos días —saludo Maggie a Lord Kent a la entrada de Hyde Park, a la mañana siguiente.

Eran sobre las siete de la mañana, habían quedado la noche anterior para salir a cabalgar, Justin la iba a enseñar un sitio donde poder galopar a sus anchas en pleno centro de Londres.

Maggie estaba muy excitada ante la idea de poder practicar uno de sus deportes favoritos y que más echaba de menos desde que había llegado a la ciudad, a la vez que intrigada, desconfiando de que un sitio así existiese en realidad.

—Buenos días —saludo Lord Kent con un movimiento de cabeza —¿Lista? —espero a ver como asentía con la cabeza, antes de girar su caballo poniéndose en marcha.

Cabalaron a la par, dirección norte, disfrutando de un agradable paseo, algo más de media hora, hasta topar con una valla que delimitaba el parque, Justin hizo girar su montura hacia la izquierda adentrándose en los árboles por un pequeño sendero, apenas visible, Maggie le seguía de cerca.

Unos minutos después, ambos se detuvieron para admirar la amplia explanada que se abría bajo sus pies y que terminaba a las orillas del río.

—Es magnífico —exclamo entusiasmada Maggie a su lado.

Justin la miro con una sonrisa pícara en la boca mientras se lanzaba al galope hacia la orilla desafiándola tácticamente, Maggie no se hizo de rogar y espoleo su caballo tras él.

Juntos llegaron bajo los sauces llorones que se agolpaban en un lateral de la explanada al pie del lago, alegres y jadeantes por el esfuerzo, desmontaron y caminaron hacia la sombra, donde se sentaron sobre la húmeda hierba tratando de recuperar la respiración.

—Ha sido maravilloso —consiguió decir Maggie, con la respiración entrecortada —nunca imagine que el parque podría ocultar un sitio así.

—Me alegro de que te guste —Justin se volvió feliz hacia su amiga.

Ambos se recostaron hacia atrás, observando las nubes entre las ramas de los árboles que los ocultaban.

—Maggie —Justin se había puesto serio de repente, aunque no aparto su mirada del cielo —he estado pensando en lo que dijeron tu tía y tu prima anoche —carraspeo para aclararse la garganta que de repente se le había quedado seca, estaba nervioso por lo que podría ocurrir a partir de ahora en su relación con Maggie —lo de casarnos —puntualizo.

Maggie cerro los ojos durante un momento al escucharlo, cierto nerviosismo se había adueñado de su estómago desde la noche anterior, cuando ambas mencionaron esa posibilidad,

entre Justin y ella, lentamente volvió a abrirlos y se volvió hacia Justin para poder mirarlo a la cara, mientras hablaba.

—Yo también le he estado dando vueltas —afirmo Maggie, un tanto azorada por confesarle sus pensamientos, algo que nunca le había ocurrido con Justin, con él podía hablar de cualquier cosa, sin sentirse avergonzada por ello.

—Lo cierto es que no sería un mal matrimonio —asevero Justin buscando las palabras exactas para transmitirla lo que sentía ante la idea —somos amigos, confiamos el uno en el otro —pauso durante unos segundos como buscando la mejor manera de expresarla sus sentimientos —tenemos los mismos gustos, defendemos las mismas cosas

—Si somos extrañamente compatibles al cien por cien —le interrumpió Maggie con una sonrisa en los labios —, pero

—Nunca habíamos pensado en nosotros de esa manera —termino por ella Justin —como un hombre y una mujer, que pudieran compartir las intimidades del lecho conyugal.

Ambos volvieron sus miradas al cielo y se quedaron tendidos durante varios minutos perdidos en sus pensamientos.

Como de mutuo acuerdo giraron sus cabezas para poder mirarse a los ojos.

—Podría ser una buena idea —le aseguro Maggie, no convencida totalmente ello.

Muy lentamente, Justin se fue acercando hasta posar sus labios sobre los suyos. Fue un beso dulce, carente de pasión, pero lleno de ternura y cariño.

Se separaron lentamente y buscaron en los ojos del otro, tratando de adivinar el efecto del inocente beso que acaban de compartir.

—No —exclamaron los dos, al mismo tiempo, ambos se echaron a reír a carcajadas, tardaron unos segundos en volver a ponerse serios y poder retornar a su conversación.

—No sería buena idea —le aseguro Maggie sin volverse hacia él, mientras seguía observando el cielo azul entre las ramas de los árboles.

—No, la verdad es que no te veo como a una mujer en ese sentido —estuvo de acuerdo Justin desde su posición, tumbado a su lado —en fin, tendré que seguir buscando —afirmo mientras se encogía de hombros con indiferencia.

—Me temo que sí —Maggie se movió un poco para quedar más cerca de él.

Justin extendió el brazo y lo paso por debajo de su cabeza, sobre sus hombros, para servirla de almohada, y así permanecieron, dejando que los primeros rayos de sol de la mañana calentaran, sus cuerpos, adormecidos.

Capítulo 9

Maggie se estiró perezosamente sobre el costado de Justin, tratando de averiguar donde estaba, de repente se sentó de golpe al recordar lo sucedido unas horas antes.

No podían haberse dormido abrazados en medio de Hyde Park, eso no podía estar ocurriendo, pensó para sí misma.

Justin se despertó sobresaltado al sentir como se levantaba, sacudió la cabeza tratando de despejarse y poco a poco se dio cuenta de donde estaban, se levantó de un salto totalmente azorado.

Mientras, Maggie miraba a su alrededor, horrorizada, por lo que veía, la pradera se había llenado de niños que jugaban entre sí, bajo la supervisión de sus niñeras y alguna que otra dama.

Se volvió hacia Justin totalmente atemorizada.

—Puede que no nos hayan visto —sugirió, Justin, señalando las ramas del sauce que los ocultaba parcialmente.

—Puede —le contesto, no muy convencida, calculando mentalmente las probabilidades de que tuviera razón y las ramas los hubieran mantenido ocultos de miradas indiscretas —bueno, lo sabremos esta noche, si somos o no, la comidilla de todo Londres —dijo, Maggie, intentando refrenar la angustia que sentía ante la perspectiva.

—Si eso ocurre, me comportaré como un caballero y restauraré tu honor —sentencio solemnemente Justin, muy serio.

Maggie sintió un escalofrío de aprensión por sus palabras y antes de que pudiera reprimirse a sí misma exclamó:

—Tendrás que ponerte a la cola —vio como Justin se quedaba petrificado al oírla y la miraba confundido —olvídalo, salgamos de aquí —afirmo yendo directamente hacia donde habían dejado los caballos.

Justin se la quedó mirando mientras se alejaba, incapaz de moverse, no entendía nada, vio como montaba y ponía su yegua al trote dirigiéndose hacia la salida, sacudió la cabeza y se obligó a ir tras ella.

Apenas quedaban unos metros para la entrada norte del parque cuando consiguió ponerse a su lado.

—¿Qué has querido decir con eso? —inquirió preocupado y enfadado al mismo tiempo.

—Nada —Maggie se mantuvo erguida en la silla, negándose a mirarle a la cara, sabía que insistiría, por qué no había podido mantener la boca cerrada, se regañó a sí misma.

—Basta —Justin se había adelantado y atravesó su caballo en el camino, obligándola a detenerse —no me digas que nada, te conozco, así que desembucha.

Maggie se quedó ahí largo tiempo mirándolo, tratando de decidir qué hacer para salir de esa situación, sin contarle la verdad, y al mismo tiempo tranquilizarlo.

—No es nada, de verdad —suspiro resignada —solo que parece que desde que he llegado a Londres, los caballeros solo se dirigen a mí, para salvar mi reputación y restaurar mi honor. ¿Cómo si yo tuviese la culpa de algo? —exclamó, indignada —. No necesito tal sacrificio por parte de ningún caballero —exclamo, tomando aire, tratando de tranquilizarse —. Y tampoco lo quiero.

Y con esas palabras guio a su yegua a través de Justin y reemprendió la marcha, para darse de bruces con Clara, el Conde y el Marqués que acababan de entrar en el parque con sus monturas, maldijo en silencio su buena fortuna.

Maggie se estremeció al verlos, consciente de su aspecto desaliñado después de su pequeña siesta en el prado.

—¿Qué habéis estado haciendo vosotros dos? —pregunto Clara mirándolos de arriba abajo sin dar crédito a lo que veía.

Maggie la miro con el ceño fruncido, regañándola en silencio por su falta de discreción.

—Nada que te interese —contesto estirándose altiva sobre la silla —me marchó a casa — declaro solemne —tengo un terrible dolor de cabeza —giro su yegua y se encaminó hacia la salida sin esperar respuesta.

—Al final terminaréis casados —afirmo categóricamente Clara volviéndose hacia Justin.

—¿Cómo puedes decir eso? —la acuso airado, descargando parte de su frustración en ella —sabes perfectamente lo que opina del matrimonio.

—Lo sé, pero también sé que compartís los mismos sueños —declaro impávida ante su ataque —si alguien puede hacerla entrar en razón y que sea feliz, a pesar de estar casada, ese solo puedes ser tú.

—No me lo puedo creer —la respondió sin poder evitar la ira que le corroía las entrañas —¿actuando de casamentera?, ¿tú?, increíble. Pues para que te enteres, otro se me ha adelantado y ha sido despachado de la misma manera —la informo respirando repetidas veces tratando de calmarse —así que haznos un favor a todos y metete en tus asuntos —declaro haciendo girar a su caballo hacia la salida tras Maggie, iba a ser difícil alcanzarla con lo enfadada que estaba, pensó para sí.

—Extraordinario, dos caballeros interesados en mi prima, al menos que yo sepa — anuncio más para sí misma que para la audiencia que la observaba, sacudió la cabeza tratando de poner en orden sus pensamientos y se volvió hacia sus compañeros, dispuesta a continuar con su paseo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto el Conde poniéndose a su lado.

Clara se alegró al ver a Lord Redford acercarse a ellos, ya que la evito responderle.

Steven consiguió mantenerse impávido sobre su montura a duras penas, le había hecho falta echar mano de todo su dominio y autocontrol para no demostrar sus sentimientos y mantener inalterable la máscara que los escondía.

Hasta ese momento la mañana se había presentado con muy buenas perspectivas, cuando el Conde acudió a su casa para invitarle a acompañarlos, a Clara y a él en un paseo por el parque.

Le pareció una estupenda manera de estar con Maggie, porque seguro que acompañaba a su prima en su salida, cuál fue su decepción al verla aparecer sin ella, al parecer se les había adelantado.

Aunque contrariado por su ausencia, mantuvo la esperanza de que se les uniera a lo largo del recorrido, por lo menos estaba en el parque, se dijo a sí mismo, sintiendo la excitación que despertaba en su interior la posibilidad de verla.

Nada más entrar en el camino principal la vio, Lord Kent la impedía avanzar con su caballo, parecía que estaban discutiendo y llamando la atención de todos los transeúntes.

Se fijó un poco más y pudo apreciar su aspecto, el vestido estaba totalmente arrugado, algunos mechones de su cabello, se habían soltado del sencillo recogido que llevaba, y colgaban ahora por sus hombros, acariciando su delicado cuello con la suave brisa, sus ojos echaban chispas sobre su compañero, vio como tomaba aire y se dirigía de nuevo a él.

Steven estaba a punto de intervenir cuando la vio esquivar el obstáculo que la detenía y encaminarse directamente en su dirección, no había manera de que pudiera evitarlo, así que se armó de paciencia y decidió esperar a que lo alcanzara.

Clara se le adelantó con sus preguntas y antes de que se diera cuenta había desaparecido de nuevo, abandonando el parque, sin que pudiera siquiera saludarla.

De repente, una palabra atravesó su mente “matrimonio” y volvió a prestar atención a Justin y Clara, que parecían tener una buena discusión entre manos.

Steven estaba totalmente confuso cuando Justin se marchó y recomenzaron su paseo.

¿Qué había pasado entre ellos?, ¿por qué Justin hablaba de matrimonio?, y por qué Clara le animaba a que tomase por esposa a su Marquesa.

La ira fue abriéndose paso en su interior y amenazó con mandar todo su autocontrol al diablo.

Quería ir tras Justin y retarlo en duelo, si había ofendido a su dama, pero, sobre todo, lo que más deseaba era exigirle a Maggie una explicación de lo que había ocurrido, exactamente, entre ellos en el parque aquella mañana.

Pero no podía hacer ninguna de las dos cosas, sin poner en evidencia sus intenciones y sobre todo sin dañar la reputación de la dama en el proceso, así que echo mano, de nuevo, a su dominio interior y se unió al grupo en su paseo por el parque.

Aunque se prometió que más tarde ajustaría cuentas con esos dos, decidió interrogar a Clara a la más mínima oportunidad que tuviera, para asegurarse donde podría encontrar a Maggie en los próximos días y así tener la oportunidad de mantener una conversación privada entre ellos.

Tarde o temprano hablarían de lo ocurrido, se prometió a sí mismo.

Cuál no fue su sorpresa al descubrir que en la próxima semana se marcharían a Richmond a la fiesta campestre que los Condes de Trenton obsequiaban con motivo de las festividades que se celebrarían en la localidad.

Estarían allí una semana, Steven tomó nota mental de buscar su invitación entre la que ya había desechado y mandar una nota urgente a los Condes, confirmándoles su asistencia.

Sonrió sarcásticamente al imaginarse la de rumores que levantaría dentro de la aristocracia, la asistencia a dicho evento del Marqués de Dorset, tuvo que morderse la lengua para no reír a carcajadas al imaginarse sus caras.

Sintió la mirada de Surrey en él, preguntándole silenciosamente que le ocurría.

Steven sonrió aún más al darse cuenta de que su amigo también iría a la fiesta en cuanto se enterara de que cierta dama asistiría.

Prometía ser una fiesta bastante divertida y aunque tuviera que lidiar con las jóvenes casaderas y sus madres, deseosas de atraparlo, bien valdría la pena si conseguía pasar algún tiempo en compañía de Maggie, tratando de convencerla para que aceptara su proposición de matrimonio, demostrándole lo buen marido que podía llegar a ser para ella.

Y haciendo que se olvidara de Lord Kent de una vez por todas y para siempre.

Capítulo 10

Esa misma tarde a las cinco, en punto, Steven entraba por la puerta de Bradford Hall, dispuesto a ver a Maggie, fuese como fuese, había decidido no esperar a la noche, y mucho menos a la próxima semana, para exigirle una explicación.

La ira y la incertidumbre le habían dominado durante todo el día desde que la vio en el parque.

Espero a que Charles le anunciara y fue directo hacia su tía, se inclinó a besarla al mismo tiempo que le susurraba al oído.

—Tengo que ver a Maggie.

Su tía se retiró extrañada por su petición, hasta ahora ambos jóvenes habían sido muy discretos, apenas unas miradas de soslayo, era todo lo que había podido observar entre ellos.

—Está en la rosaleda —contesto mientras le observaba mirar hacia la terraza – rodea la casa por la derecha y la verás.

Steven no esperó a que terminara de hablar, cruzo la sala, con paso decidido, ignorando a todos los presentes, rumbo a la terraza, camino por el sendero que bordeaba la casa.

Nada más doblar la esquina, la vio, estaba de rodillas en la tierra, delante de uno de los numerosos rosales que la rodeaban, con unas tijeras de podar en las manos.

Paro un momento, tratando de controlar el nerviosismo que le envolvía cada vez que la veía, un deseo de tomarla entre sus brazos le inundo las venas, pero se obligó a controlarlo, ahora no era el momento, pronto, se prometió a sí mismo, muy pronto.

—Buenas tardes —la saludo, colocándose justo detrás de ella.

Maggie se sobresaltó al escucharle tan cerca y antes de que se diera cuenta había podado la rosa que tenía delante, la vio caer en su mano, se levantó lentamente para enfrentarle.

—Buenas tardes —le saludo al mismo tiempo que se volvía hacia él y le tendía la rosa — me has asustado, no deberías estar aquí, tía Donna está en la sala de recepción, atendiendo a las visitas.

—Tengo que hablar contigo —la acaricio suavemente la mejilla con un dedo mientras le quitaba un poco de barro, que la había salpicado la cara.

No pudo evitar la tentación de bajar la cabeza y rozar sus labios con un beso suave cargado de ternura y futuras promesas.

Levanto la cabeza reaciosamente, obligándose a abandonar sus labios y recuperar la compostura, miro a su alrededor, había un banco en el centro de la rosaleda, tomándola de la

mano suavemente, la guio hacia él.

Maggie le dejó hacer, estaba como en una nube flotando tras el beso, que acababan de compartir, la había sabido a poco, quería más, pensó, acariciándose el labio inferior con la lengua, buscando su sabor.

—Siéntate —la pidió, con la voz entrecortada por el esfuerzo que estaba haciendo manteniendo su pasión a raya, espero a que se sentara para apoyar el pie en el banco y mirarla —. ¿Te vas a casar con Justin? —la pregunto directamente, lo que le había llevado hasta allí.

—No, no tengo intención de casarme con nadie —le respondió serenamente, no estaba sorprendida por su pregunta, la había esperado después de lo ocurrido esa mañana, pero no que se presentara en su casa esa misma tarde para reclamarla una respuesta —ya te he dicho que tengo planes para el futuro y un marido no tiene cabida en ellos.

—Ya, pero ¿puede saberse qué tipo de planes son esos que no puedes compartir conmigo? —la amonesto, molesto ante su nueva negativa a aceptarle como esposo, seguía sin entenderlo y por Dios bendito, que necesitaba hacerlo, por su paz física y mental.

—Verás, no es eso, yo.... —pauso un momento tratando de poner en orden sus pensamientos —pensarás que es una tontería, pero para mí es muy importante —volvió la cabeza para poder mirarle a los ojos y ver su reacción ante lo que estaba a punto de contarle —quiero viajar a Europa, conocer Paris, Venecia, Roma, Atenas, pero sobre todo Egipto.

Steven la observaba en silencio, seguía sin comprender cuál era el problema, ¿por qué el hecho de desear viajar era incompatible con el matrimonio?, su confusión debió reflejarse en su expresión, porque Maggie continuo.

—Una mujer, una vez que se casa, depende totalmente de su marido, él se convierte en su dueño y señor, pudiendo decidir sobre todos los aspectos de su vida —pauso un segundo —. Y yo no deseo eso, quiero seguir siendo yo misma, no un florero al que exhibir en el vestíbulo —vio que Steven iba a decir algo y continuo.

Era importante que entendiera su forma de ver el matrimonio, era la única manera de hacerle desistir en su intento de casarse con ella, era mejor que se buscara otra novia, este pensamiento, la lleno de tristeza, pero no quiso saber por qué la ocurría eso y lo ignora.

—Además, para vosotros, los hombres, somos como un ave de cría, una vez producimos el heredero, somos desterradas al campo y olvidadas, mientras que el esposo se da la gran vida en la ciudad o donde desee, sin tener que rendir cuentas a nadie de sus actos. Lo siento, eso no es para mí, ¿entiendes?

Steven había permanecido en silencio escuchándola, poco a poco fue dándose cuenta de sus miedos y no la culpaba, la sociedad era así de injusta con las mujeres.

Incluso él había pensado en contraer ese tipo de matrimonio, sin ataduras, para poder seguir con su vida de soltero como hasta ahora, a pesar de estar casado.

Pero desde que conoció a Maggie sabía que eso no sería suficiente y tampoco quería mantener su vida alejada de su esposa, le gustaba estar con ella y compartir su tiempo con ella.

—Lo entiendo —la aseguro sentándose a su lado en el banco, para poder estar a su altura —casi todos los matrimonios que conocemos se basan en esa filosofía —tomo sus manos entre las suyas y espero a que le mirara a los ojos antes de continuar —. Pero también hay algunos matrimonios en los cuales ambos cónyuges tienen opinión sobre cómo llevar sus vidas y

disfrutaran compartiendo su tiempo juntos —pauso por un momento—. Aunque he de reconocer que no son muchos y normalmente solo se comportan así en privado, pero estoy seguro de que existen —afirmo categóricamente.

—Sí, tienes razón, algunos matrimonios se respetan, pero solo porque el hombre lo consiente, si él decide ponerle fin a la situación, ella no puede hacer nada por impedirlo. Las leyes dan el control total de su vida al esposo —debatí sus argumentos.

—Vale, pero yo no dicto las leyes y proponer una reforma ante el parlamento sería un suicidio, habría que enfocarlo de otra manera y sería muy lento —busco sus ojos de nuevo—. Pero yo te prometo que en nuestro caso no sería así —vio que iba a protestar y poso un dedo sobre sus labios para silenciarla—. No puedo prometerte que mis sentimientos hacia ti no cambien en el futuro, pero si puedo prometerte que siempre tendré en cuenta tus opiniones y juntos tomaremos las decisiones que nos atañen a ambos —sonrió socarronamente—. Y además te llevaré a recorrer toda Europa o pagaré tus aventuras si decides hacerlo sola.

—Sí, claro, eso dices ahora, pero, ¿qué me garantiza, que el día de mañana, no cambiaras de idea? —inquirió negándose a creerlo.

—Lo incluiremos en nuestro contrato matrimonial, así si no lo cumplo podrás demandarme y solicitar la nulidad, siendo libre de nuevo —vio que iba a protestar y se le adelantó—no tienes que contestar ahora mismo, al menos piénsalo, solo te pido eso, que lo pienses y sopeses las ventajas y desventajas que nuestra unión te aportaría, mejor dicho, que nos aportaría a ambos —rectifico en el último momento.

Si eso es lo que necesitaba decir para convencerla de que le aceptara, pues eso es lo que la diría, pensó satisfecho con su nueva estrategia para con ella.

Al fin y al cabo, el fin justifica los medios, se dijo para acallar esa vocecita que insistía en recordarle que no estaba siendo justo con ella.

Sabía que su respuesta ahora mismo sería negativa, si la daba un poco de tiempo para asimilar lo que la había propuesto, tenía una posibilidad de hacerla cambiar de opinión o al menos eso esperaba.

—Lo pensaré —le prometió, era lo mínimo que podía hacer después de semejante proposición, para cualquier hombre eso era rebajarse demasiado por conseguir una esposa.

—Es lo único que te pido —la aseguro, tajante, decidido a abordar el otro tema que necesitaban aclarar sin demora—. Ahora cuéntame que ha pasado esta mañana entre Justin y tú en el parque.

Maggie le miro a los ojos, amenazada por su requerimiento, lo mejor sería no contarle nada, podría tomar represalias contra Justin y ella no quería eso.

Pero si iba a replantearse seriamente su proposición de matrimonio, esta era la oportunidad perfecta para saber si hablaba en serio al decir que no la anularía como persona y la dejaría tomar sus propias decisiones, basándose en sus criterios.

—En realidad es una tontería, no tiene la mayor importancia —se volvió para mirar el jardín, por algún motivo no podía mirarlo a la cara, se sentía avergonzada y bastante tonta por su comportamiento.

—Justin me prometió enseñarme un sitio donde galopar en Hyde Park y hemos quedado a las siete de la mañana. Después de haber trasnochado la noche anterior y teniendo en cuenta que

teníamos mucho en que pensar. Tras la sugerencia de Clara, en cuanto a que deberíamos casarnos, pues es de lo más normal lo ocurrido —le explico, tomando una respiración profunda, para darse valor y se negó a mirarlo.

—El prado era maravilloso, junto al río, descabalgamos y nos sentamos en la orilla, entre las ramas de los sauces llorones, estuvimos hablando sobre nuestro supuesto matrimonio y nos besamos, un beso dulce, tierno ... —afirmo pensativa —, pero carente de pasión, así que decidimos de mutuo acuerdo que no era buena idea, con lo que conseguimos relajarnos, por fin, tras tomar esa decisión, y acabamos dormidos —se volvió hacia él, para observar su reacción a sus palabras.

—¿Te imaginas?, ¿dormidos en medio de Hyde Park? —exclamo, sintiendo como se sonrojaba profundamente, con solo recordarlo.

—Así que cuando despertamos nos dimos cuenta de que estábamos metidos en un buen lío, si nos había visto alguien lo malinterpretaría y a Justin no se le ocurrió otra cosa que ofrecerse a reparar mi honor, eso me sacó de quicio y discutimos —intento dominar la ira que aún sentía cuando se acordaba de lo ocurrido.

—Y eso fue todo, una cosa de lo más inocente, pero que esta sociedad podría malinterpretar fácilmente y colocarnos en una situación muy incómoda.

Steven había permanecido en silencio mientras hablaba, un sinfín de sentimientos habían pasado por su interior, mientras la escuchaba, pero sobre todo estaba celoso, terriblemente celoso de Justin, ella decía que era una tontería, pero lo cierto es que la había besado, había dormido con ella y la había propuesto matrimonio, todo en una mañana.

Y a su Marquesa iba a reprenderla severamente por ser tan ingenua y tomar las riendas de la situación, él se encargaría de todo, pero lo pensó mejor.

Si pensaba mantener su palabra de no dominarla y someterla a su voluntad, debía darla la oportunidad de lidiar con esto a su manera, pero se mantendría alerta y bajo ningún concepto la dejaría casarse con Justin por eso, él limpiaría su reputación, tomándola como esposa.

—Bien, ¿y qué piensas hacer ahora? —se obligó a preguntarla, apartando cualquier sentimiento de posesividad de su mente, con el tono más calmado que pudo reunir, dadas las circunstancias.

Maggie se volvió hacia él con una gran sonrisa en los labios, parecía que hablaba en serio a la hora de escuchar su opinión, sintió como su corazón latía un poquito más rápido de lo normal y como una fina barrera en contra del matrimonio con él se desmoronaba.

—Esperar a ver si se desatan los rumores o no —contesto tranquilamente —y si es así enfrentarme al escándalo como buenamente pueda, intentando no dañar demasiado a mi familia, pero bajo ningún concepto pienso casarme con Justin, por algo tan estúpido —asevero rotunda.

—Me parece bien —sus palabras le habían calmado bastante —, pero hazme un favor y mantenme informado, ¿sí? —se inclinó sobre ella para depositar un suave beso sobre sus labios.

—Claro.

Y antes de que pudiera decir nada más, vieron como la tía Donna, Clara y Surrey aparecían por la esquina de la casa dirigiéndose hacia ellos.

Estuvieron un rato conversando todos juntos antes de que la tía Donna diera por

terminada la tarde, obligando a los caballeros a despedirse a regañadientes de las damas.

Surrey y Dorset abandonaron Bradford Hall esa tarde, muy satisfechos consigo mismos, y se dirigieron hacia su Club a pasar el rato, antes de prepararse para los eventos nocturnos a los que asistirían, donde esperaban encontrarse con ellas de nuevo.

Capítulo 11

Steven se sentía terriblemente desilusionado después de la apacible tarde que habían pasado juntos, el hecho de haber hablado y aclarado algunas cosas, le había devuelto la esperanza.

Tenía la sensación de que habían avanzado favorablemente hacia un entendimiento mutuo y cada vez veía más probable que le aceptara como esposo.

Pero esa noche había sido todo un desastre, no solo no había venido a la fiesta, sino que además, Clara había dicho que no se encontraba bien y por eso no los había acompañado.

Sintió que el corazón se le encogía de preocupación por su salud, aunque en lugar de mostrar como se sentía decidió ocultarse tras su famosa máscara y tratar de divertirse el resto de la velada.

Al cabo de más de una hora, estaba totalmente desesperado por salir de allí y librarse de las jovencitas casaderas, junto con las pesadas de sus madres, estaba resultando una noche horrible.

Saco su reloj del bolsillo y vio que pasaba de la medianoche, una hora prudencial para marcharse sin llamar demasiado la atención.

Así que, con esa idea, en mente, se despidió de sus acompañantes y se dirigió hacia el vestíbulo, ya les mandaría mañana una nota a sus anfitriones agradeciéndoles la velada, no estaba de humor para buscarlos por todo el salón de baile, solo para anunciarles su partida.

Cuando faltaban apenas unos metros para su libertad, la vio, estaba preciosa, con su vestido de baile color burdeos y su escote bajo, dejando entrever la suave carne de sus senos, sonrió ante la alegría que se despertó en su interior al contemplarla, la noche acababa de tornarse mucho más placentera solo con su presencia.

—Milady, ¿me concedería este baile? —la saludo inclinándose ante ella y besándola suavemente la mano cuando llegó a su lado.

—Por supuesto, milord —le sonrió cálidamente y dejó que la condujera hacia la pista, donde las parejas ya estaban ocupando su lugar para el minué que estaba por comenzar.

Maggie, había decidido no salir esa noche y permanecer en casa, arrellanada en su sillón favorito de la biblioteca, junto al fuego, dispuesta a disfrutar de la lectura con un buen libro entre las manos, lo cual era uno de sus pasatiempos favoritos.

Había alegado tener dolor de cabeza, para librarse de asistir al baile, aunque no era del todo mentira, lo que deseaba era estar a solas y pensar sobre los acontecimientos de ese día.

Los cuales habían sido bastante sorprendentes y sabía que podrían afectar a todos los

planes para el futuro que con tanto cuidado había pronosticado, tendría que renunciar a muchos de ellos, si decidía convertirse en la Marquesa de Dorset, pero no estaba segura de que mereciera la pena hacerlo.

Algo le decía que Steven no había sido totalmente sincero con ella en cuanto a como sería su vida una vez se casaran, era una sensación extraña que se negaba a abandonar su mente y la impedía tomarle como esposo, a pesar de todo.

Parecía tan sincero esa tarde, su comportamiento tan excepcional, cuando le contó lo ocurrido durante la mañana, la sorprendió gratamente, la verdad es que había ganado muchos puntos, a sus ojos, con su reacción, había demostrado ser un hombre menos regio de lo que pensaba, en cuanto a las mujeres.

Aunque apenas se atrevía a reconocerlo a sí misma, lo cierto es que Steven la gustaba, la gustaba mucho, disfrutaba con sus besos y sus caricias.

Pero, sobre todo, lo echaba de menos, cuando no estaba con él, solo pensaba en tocarlo y cuando no estaban juntos se sorprendía, varias veces al día, preguntándose que le parecería a él tal cosa o como reaccionaría.

La verdad es que estaba hecha un lío con respecto a sus sentimientos.

Pero cuando ya estaba lista para pasar su tranquila velada, se dio cuenta de que no podía quedarse en casa, sobre todo esa noche, si el escándalo estallaba, no podía permitir que Justin se enfrentara solo a las consecuencias.

Temía cuál sería su reacción, no, no podía ausentarse esa noche, debía estar allí, así que se levantó y corrió a su habitación para prepararse.

Y así fue como poco más de la medianoche, Maggie cruzaba la puerta del salón de baile de Lady Sherman y se encontraba con el Marqués de Dorset.

Antes de que se diera cuenta la había sacado a bailar, sin ni siquiera permitirle acercarse a su familia, para anunciarles su presencia en la fiesta.

Salió de su ensimismamiento y le miro, el corazón le dio un vuelco al ver la sonrisa que iluminaba su cara, mientras la observaba como si quisiera comérsela entera y no hubiera nadie a su alrededor.

—He de suponer que vuestro dolor de cabeza ha desaparecido milagrosamente, ¿no? —inquirió divertido y dándola a entender lo poco que creía su excusa.

—La verdad es que sí, se ha desvanecido, milagrosamente, tal y como habéis sugerido —le respondió mientras le sonreía con inocencia fingida.

Aparto la vista de su compañero de baile y recorrió el salón con la mirada en busca de Justin.

—No estaréis buscando a otro hombre con la mirada, mientras bailáis conmigo —inquirió ofendido cuando la danza volvió a juntarlos lo suficiente como para que pudieran hablar, sabía perfectamente que así era y a quien buscaba.

Maggie se limitó a mirarlo con coquetería mientras seguía los pasos de baile que volvían a separarles, lo cual evito que le contestase.

La danza tocó a su fin y Dorset la acompañó junto a su tía Donna, antes de despedirse y

reunirse con algunos caballeros cercanos a los que conocía.

—Al final has decidido venir —afirmo Donna invitándola a sentarse junto a ella en el diván

—Las tisanas que me ha preparado el ama de llaves han conseguido el milagro —le confesó, ocultándola el verdadero motivo de su asistencia esa noche.

—Ya veo —comento dejándola ver sus dudas.

—¿Dónde está Clara? —la pregunto, cambiando de tema a propósito.

—Paseando por el jardín con el Conde de Surrey y Justin —la respondió, perdiendo el interés en la conversación, al tiempo que volvía a prestarle atención a lo que comentaba Lady Sherman sobre el escote del vestido de cierta dama.

Maggie permaneció allí sentada, indecisa, si debía unirse a ellos o quedarse a escuchar los chismes que circulaban por la ciudad, los cuales eran en realidad el motivo de su asistencia al baile.

Casi una hora después, Clara regreso, junto con sus acompañantes y Lady Amanda, de los jardines, y fue directa hacia ella, sorprendida de verla.

—No sabía que al final te habías animado a venir, ¿te encuentras mejor? —la pregunto preocupada por su salud.

—Sí, gracias, el dolor de cabeza casi ha desaparecido —le confesó, con una sonrisa, tratando de calmarla.

—Deberías haberte unido a nosotros —la regaña veladamente —hace una noche de lo más agradable y el aire fresco te hubiera sentado muy bien, estoy segura de ello.

—En otra ocasión.

Lord Durham se acercó en ese momento a reclamar su baile, por lo que tuvo que acompañarle a la pista, a regañadientes.

Maggie se estaba comportando de lo más extraño en ella, desde la noche de la fiesta de las cortesanas, donde la presento a Steven, tropezó con sus propios pies al recordarlo, algo que no había relacionado has ahora, con el cambio producido en ella.

¿Tendría algo que ver su querido primo en todo ello?, se preguntó desconcertada.

Le busco con la mirada hasta encontrarle, junto a Surrey al otro extremo del salón, conversando.

Desde allí, parecía ser el de siempre, pero si lo pensaba con detenimiento, él también había cambiado sus hábitos sociales esa Temporada, asistiendo a más eventos de los que acostumbraba, pero siempre había creído que lo hacía porque era un buen amigo de Surrey y le acompañaba en su cortejo, hacia ella.

Al igual que Durham, pensó, fijando la mirada en su compañero de baile.

—Estáis muy callada esta noche —la reprocho por su silencio —parece que esta noche no os es grata mi compañía.

—Disculparme, milord, solo estoy algo distraída —se excusó, sintiéndose culpable por su actitud, por lo que decidió preguntarle por las próximas carreras a las que asistiría y compensarle

por ello.

Tal y como, esperaba, se explayó hablándole sobre cierto caballo de carreras al que esperaba poder admirar en su próxima visita a Ascot.

Lo que la permitió perderse en sus propios pensamientos, mostrándole un mínimo interés, con alguna sonrisa o palabra en el momento adecuado, invitándole a seguir, hasta que el baile acabo y la llevo de regreso junto a su tía y Maggie.

A la cual había descuidado, al estar absorta en sus propios planes respecto a Surrey, desentendiéndose de sus problemas, algo que la hacía sentirse muy mal y que pensaba remediar de inmediato, decidió sentándose a su lado, solo para ver a Justin acercarse a ellas para invitarla a bailar.

Clara se quedó observando a la pareja mientras se alejaban hacia la pista, antes de volverse hacia su tía que también los contemplaba.

—Sigo pensando que deberían casarse, hacen tan buena pareja —susurro para que solo ella lo oyera.

—A veces eso no es suficiente para que la unión sea satisfactoria para ambos —la recordó como ella misma había rechazado a varios pretendientes por esa falta de algo más entre ellos.

Clara guardó silencio ante las palabras de su tía y esta se volvió hacia las otras damas que la acompañaban, dando por terminada la conversación, dejándola recapacitar sobre ello.

Llegaron a la pista de baile justo cuando empezaban a sonar los primeros acordes de un vals.

Justin la tomo entre sus brazos y comenzaron a girar al compás de la música.

—Mis disculpas, no era mi intención dejar que te enfrentaras solo a lo que pudiera ocurrir esta noche, si los rumores se desataban —se disculpó, Maggie, en su susurro para que nadie más pudiera oírla.

—No importa, soy perfectamente capaz de enfrentarme a ellos, si es necesario —la respondió con más acritud de la que pretendía.

—Pero no es justo.

—Déjalo estar —la advirtió, molesto por su insistencia —tal y como te dije no ha pasado nada.

—Eso parece, aun así, no debería haberme ausentado esta noche —insistió, tratando de aliviar su conciencia, por como se había comportado con él.

—Maggie ...

—Está bien, no volveré a sacar el tema —le prometió, confusa, al ver lo molesto que estaba.

—Mejor.

Ambos volvieron a caer en un incómodo silencio, cargado de tensiones entre ellos.

Dorset había seguido conversando con sus acompañantes animadamente sobre política, mientras mantenía la mirada fija en la pareja de baile.

Desde su posición se atrevería a decir que estaban discutiendo por algo, pero no podía estar seguro de ello, solo esperaba que Lord Kent, no insistiera en su oferta de matrimonio, a pesar de que los rumores sobre su indiscreción no parecía que se hubieran desatado.

Con un poco de suerte, todo quedaría en una anécdota curiosa que recordar entre ellos en el futuro, sin mayores consecuencias.

Al fin, el baile tocó a su fin y vio como regresaban hacia donde la tía Donna les esperaba.

—Tenemos que hablar —la susurro, Justin, al tiempo que atravesaban el salón.

—Mañana en la tarde hay planeado un picnic junto al Serpentine al que asistiré —le informo de cuáles eran sus planes para el día siguiente.

—Te veré allí.

Habían llegado junto a la tía Donna, por lo que no pudo hacer otra cosa que asentir con la cabeza, al tiempo que se despedía de él.

Justin giró sobre sus talones y se alejó en dirección opuesta, donde permaneció el resto de la velada.

Hubiera preferido marcharse, pero aún no podía estar seguro de que su desliz no saliera a la luz y sería una irresponsabilidad desentenderse de ello, dejando sola a Maggie para enfrentarlos.

Aunque no volvió a acercarse a ella, estaba demasiado enfadado, como para no montar una escena por cualquier cosa que dijera o hiciera, por mínima que fuera, y llamar la atención sobre ellos no les beneficiaría en absoluto.

Al menos, la vería a la tarde siguiente en Hyde Park, donde podrían hablar y aclarar las cosas.

Maggie permaneció allí sentada el resto de la velada, perdida en sus pensamientos, no recordaba haber estado nunca tan distanciada de Justin y eso la molestaba.

Esperaba que al día siguiente las cosas se solucionarían entre ellos y todo volviera a ser como antes, pero tenía la horrible sensación de que no sería así y una profunda tristeza se estaba adueñando de ella, ante el fatídico desenlace de una amistad como la que ellos habían compartido desde que eran niños.

Las lágrimas anegaron sus ojos, pero se negó a dejarlas salir, por el contrario, compuso su mejor sonrisa y apartó esos pensamientos de su mente, a la vez que se unía a la conversación que mantenía su prima Clara con algunos de sus pretendientes, los cuales se habían acercado para saludarla.

Hasta el final de la noche, cuando en la soledad de su cuarto, pudo llorar por la pérdida de su amigo.

Capítulo 12

Dorset vio a Lord Bradford, sentado frente a la chimenea, leyendo el periódico, en cuanto entro en el salón del club.

Estaba solo, algo poco frecuente en él, ya que casi siempre solía estar rodeado de otros historiadores, charlando sobre las últimas excavaciones y los descubrimientos que se habían realizado, por lo que decidió dirigirse directamente hacia él.

—Lord Bradford —lo saludo situándose frente a él.

Bradford bajo el periódico despacio para poder ver quién le había hablado.

—Dorset, buenos días, os apetece acompañarme —le invito a sentarse en el sillón vacío a su lado.

—Si no os importa me gustaría hablar con usted en privado, si me lo permite.

—Claro, como no, deseáis que nos retiremos a una de las salitas —le pregunto intrigado al verle tan serio.

—Por favor.

Bradford doble el periódico y lo dejo sobre la mesa, antes de levantarse y abandonar el salón tras él, recorriendo los pasillos traseros del club en busca de un lugar más íntimo donde reunirse sin que nadie les escuchara.

Al final, Dorset se detuvo ante una puerta que estaba entreabierta y le invito a pasar, uniéndose a él, no antes de pedirle a un lacayo cercano que les trajera café y algo para picar.

Ambos se acomodaron en sendos divanes, uno frente al otro, charlando amigablemente, mientras esperaban que les sirvieran su pedido.

—Muy bien, de que deseas hablarme —le pregunto Bradford, sin más preámbulos, una vez el lacayo cerro la puerta al salir.

—Veréis, deseo informaros de mi intención de convertir a la señorita Spencer en la futura Marquesa de Dorset, por lo que deseo pedirlos vuestro permiso para cortejarla.

Bradford agradeció en silencio, no haber levantado aún la taza de la mesa, porque estaba seguro de que hubiera acabado en sus pantalones, por la impresión que le causo las palabras del Marqués.

En ningún momento había tenido la más mínima sospecha de que algo, ni remotamente parecido, estuviera pasando delante de sus narices entre los dos.

Y más teniendo en cuenta que Maggie, fiel a su negativa a contraer matrimonio, se había mantenido en los márgenes de los salones de baile, lejos de cualquier pretendiente que se la

podiera acercar, semioculta entre las damas de compañía de más edad, junto a Donna.

Tal vez, Dorset había tenido la oportunidad de conocerla mejor, al acompañar a Surrey en su cortejo hacia Clara, tal y como Maggie acompañaba a su prima, se dijo satisfecho por haber encontrado una explicación lógica a lo ocurrido.

—Por supuesto, tenéis mi beneplácito, pero os advierto que será mi sobrina quien tenga la última palabra en todo esto —le informo muy serio—no pienso influenciar en ella a vuestro favor ni obligarla a tomaros por esposo, si no lo desea.

—No esperaba menos de vos.

—Ni aunque la deshonréis —puntualizo, conociendo la fama del Marqués entre las sabanas —me mantendré a su lado frente al escándalo, pero no la obligaré a tomaros, para salvar ni su honor ni el vuestro.

—Por supuesto.

No era exactamente lo que esperaba, pero no debería sentirse tan sorprendido, Bradford siempre había sido muy benevolente con el comportamiento de las chicas, las había educado para que fueran capaces de vivir su propia vida sin la necesidad de que un hombre las protegiera, alentándolas a decidir por sí mismas sin acatar los mandatos de nadie.

Lo cual hacía a Maggie mucho más atractiva a sus ojos y a la vez le obligaba a esforzarse más para demostrarla que era digno de que le otorgara su mano.

Si hubiera sido una dama más obediente y sumisa, hacía tiempo que ya sería su Marquesa, pero no sería un reto a superar cada día y ya estaría aburrido de ella, deseando retomar su vida de soltero, tras abandonarla en el campo, para que criara a sus hijos y al heredero del Marquesado.

Por supuesto, debería visitarla de vez en cuando, para dejarla en cinta, pensó, hasta que tuvieran el heredero y el de repuesto, tras lo cual, sería libre de no visitar su cama nunca más, si no lo deseaba.

Pero eso no le pasaría con Maggie, ni ella se lo permitiría, tuvo que ahogar una risa tras su taza de café, solo de pensarlo, Maggie tendría mucho que decir si pretendía abandonarla en el campo, para regresar a la ciudad y sus amantes.

No era capaz de imaginar lo que le haría esa mujer si lo intentaba, siquiera, reconoció para sí mismo, y ese reto de mantenerla contenta, es lo que mantendría vivo su matrimonio y la pasión que ambos compartían en el lecho, se dijo totalmente convencido de ello.

—La verdad es que me sorprende que deseéis tomar por esposa a mi sobrina, dada su edad —le confesó retomando el tema que les ocupaba —y más teniendo a vuestra disposición a muchachas más jóvenes y mejor preparadas para interpretar el papel de Marquesa en sociedad.

Steven le miro por un momento en silencio, tratando de controlar la ira que sus palabras habían despertado en él, al considerarla inadecuada para el matrimonio, antes de contestarle.

—No sé por qué decís eso, nunca me han interesado las jovencitas, recién salidas de la escuela, con la cabeza llena de pájaros.

—Y mal haríais si así fuera —concordó con él —, pero no debéis olvidar que Maggie acaba de cumplir veinticinco años, edad por la cual ya se la considera una solterona entre nuestros pares.

—La edad ideal para saber lo que quiere sin esas ideas ridículas sobre el amor y el romanticismo que les inculcan esas novelas que leen, a escondidas de sus progenitores —le contesto, comenzando a sentir que perdía la paciencia de nuevo.

A donde quería llegar el Conde, en realidad hablando así de su querida sobrina, se preguntó, sin llegar a comprenderlo, se suponía que debía estar feliz de que alguien deseara tomarla como esposa y asegurara su futuro, a pesar de todo.

—No me malinterpretéis, solo os expongo a lo que os enfrentaréis una vez anunciéis vuestro compromiso, si es que este llega a producirse —le aclaro al ver el enfado de Dorset reflejado en su mirada por su anterior comentario —quiero mucho a mi sobrina y solo deseo que ambos estéis preparados para lo que vendrá después del anuncio y lo que las lenguas viperinas de nuestros pares dirán a vuestras espaldas.

—Así que le hablaréis de esto a Maggie, llegado el momento.

—Por supuesto, es mi deber informarla de lo que ocurrirá si os acepta, ya que ella no está familiarizada con todos los teje manejes de esta sociedad, para que valore por sí misma si desea enfrentarse a ellos y esté preparada para hacerlo —le aseguro muy serio —no pretenderías ocultarla que seréis el centro de las habladurías de todo Londres hasta después de la boda —le pregunto incómodo por su actitud, se esperaba mucho más del muchacho.

—Pues la verdad es que no había pensado en que su edad sería un impedimento para nuestra unión —le confesó —en realidad no sabía que edad tenía hasta que lo habéis mencionado, deseo casarme con una mujer no con un calendario —exclamó, enfadado, con todas las estúpidas normas que sus pares se empeñaban en perseverar —. Aun así, estoy decidido a convertirla en mi esposa —afirmó, mirándole a los ojos, sosteniéndole la mirada con firmeza.

—Pues os deseo lo mejor —le confesó, relajándose y tendiéndole la mano para sellar su acuerdo.

—Gracias, milord.

Se quedaron unos minutos más conversando sobre otros temas, mucho más banales, antes de abandonar la sala y regresar, satisfechos, a la zona común del club, donde se separaron, en busca de otras compañías más de su agrado.

Maggie supo que no se encontraba bien nada más despertar aquella mañana, cuando un dolor insoportable la saludo dándole los buenos días.

Se llevó las manos a la tripa y se retorció hasta quedar de lado, flexionando las rodillas, fue entonces cuando noto la humedad bajo su cuerpo.

No era la primera vez que sufría fuertes dolores durante esos días, sobre todo cuando empezaba su indisposición y terminaba, pero nunca como esos.

Se arrastró como pudo hasta el borde de la cama para levantarse, tenía que llamar a alguien para que la preparara alguno de los remedios que el médico la tenía recetados para esos casos, a ser posible el más fuerte que hubiera, pensó, sacando los pies de la cama.

Con un último esfuerzo consiguió levantarse, aunque el dolor se intensificó, por lo que tuvo que agarrarse a la mesita para no caer.

Tomo varias respiraciones profundas, antes de atreverse a soltar su apoyo y caminar

tambaleante, junto a la chimenea, donde estaba el llamador que conectaba con las cocinas.

En cada paso sentía la humedad resbalar por sus muslos, como si fuera un río, eso no era normal, pensó, asustada, sin saber muy bien que la estaba pasando en realidad.

Por fin, alcanzo la campanilla y callo de rodillas al suelo, hecha un ovillo, sin poder moverse, el esfuerzo la había agotado completamente, pensó, dejándose caer sobre la alfombra, esperaba que no tardara mucho en llegar su doncella.

Necesitaba ayuda, pero sobre todo, necesitaba la medicina, pensó, cerrando los ojos, en su afán de mitigar un poco el dolor, mientras esperaba.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró con la cara de Clara inclinada sobre ella.

—Tranquila, no te muevas, ya hemos avisado al doctor —la informo, con tono de evidente preocupación, mientras volvía a recostarla sobre la almohada —debe de esta a punto de llegar.

—Clara, déjala respirar —la ordeno su tía Donna acercándose por el otro lado de la cama —tranquila, todo estará bien.

Maggie se volvió para mirarla confusa, qué estaba pasando, por qué estaban las dos en su cuarto e insistían en que permaneciera en la cama, se preguntó, ya debía de ser más de medio día, calculo al ver la cantidad de sol que entraba por la ventana.

Intento incorporarse de nuevo, pero un gran calambre en la tripa, que la estrangulaba por la cintura, se lo impidió.

Haciendo que recordara lo que había ocurrido antes cuando intento levantarse.

Las lágrimas inundaron sus ojos, sentía como si se partiera en dos por la cintura, tomo varias respiraciones profundas tratando de tranquilizarse y no dejarse llevar por el pánico.

—Sí que te duele esta vez —asevero Clara al ver como todo color había abandonado su cara y las lágrimas bajaban por sus mejillas.

—Ve abajo a ver que pasa con el doctor —la pidió tía Donna preocupada —y que envíen a otro lacayo a buscarle de nuevo si hace falta.

—Sí, tía.

—Ahh, que alguien vaya a avisar a tu padre enseguida a su club.

Clara la miro sorprendida, no era normal que su padre se ocupara de sus indisposiciones, no recordaba ninguna vez en la cual estuviera presente con anterioridad, si le comentaban que Maggie, la única de la familia que necesita atención medica esos días, algunas veces, no se encontraba bien y ya está.

Pero nunca intervenía en esos temas, incluso se abstenía de preguntar por su estado, asumiendo que todo seguía su curso normal, si no era informado de lo contrario.

Al menos cuando ella estaba presente.

Esos temas eran cosas solo de mujeres, nunca se hablaban fuera del círculo más íntimo y los mantenían en la ignorancia, salvo al médico, claro está.

Clara bajo corriendo las escaleras e hizo lo que la había pedido su tía, antes de ir a las cocinas, en busca del ama de llaves, una gran conocedora de las hierbas medicinales y sus

propiedades, quería estar segura de que no se podía hacer nada más hasta que el médico llegara.

Bradford acababa de sentarse de nuevo en el salón principal del Club, tras su reunión con Dorset, dispuesto a continuar hojeando el periódico de la mañana, cuando fue interrumpido de nuevo para informarle de que uno de sus lacayos se encontraba fuera e insistía en que debía hablarle.

Volvió a doblar el periódico con cuidado, antes de dejarlo de nuevo sobre la mesa, mientras se levantaba y caminaba presuroso a su encuentro.

Echo una mirada indecisa sobre Dorset, que ya se había reunido con Lord Surrey y Lord Durham, no tenía sentido informarle sobre lo que pasaba, cuando ni él lo sabía en realidad.

Una cosa sí que tenía clara, no sería algo agradable lo que hubiera ocurrido o Donna no lo hubiera mandado a buscar, pensó, aún más preocupado, acelerando el paso, solo esperaba que todos estuvieran bien, lanzó una plegaria en silencio, tratando de mitigar el miedo que se había instalado en su interior.

Clara estaba a punto de entrar en la cocina, cuando oyó que llamaban a la puerta principal, giro sobre sus talones y regreso al vestíbulo, justo para ver desaparecer al médico, acompañado por su mayordomo, por el corredor del piso superior, se recogió las faldas del vestido y fue tras ellos.

—Esperaremos abajo —la informo Donna saliendo de la habitación y cerrando la puerta a su espalda.

—Pero ...

—Solo estorbaríamos —la reprendió, cuando trato de entrar en el cuarto de Maggie —su doncella es quien mejor puede responder a sus preguntas —la recordó —bajemos y tomemos un té mientras la reconoce.

—Está bien —claudico Clara, no muy convencida de dejarla sola con la única compañía de su criada y el doctor Ulford.

¿Y si se ponía peor?, ¿y si la necesitaba?, se preguntó Clara, reacia, caminando tras su tía.

—Además, no debemos olvidar que tu padre debe de estar a punto de llegar y querrá que le informemos de la situación —la recordó.

—¿Crees que ha sido buena idea avisarle? —la pregunto, exponiendo sus dudas al respecto.

—No lo sé —la confesó —, pero el dolor es tan fuerte que me pareció adecuado que lo supiera.

—Puede que tengas razón, si algo la pasara se enfadaría mucho por no haberlo hecho.

—Exacto, pero no la va a pasar nada —la dijo, llegando a la sala y tomando asiento en la mesa, donde ya habían dispuesto una bandeja de té, con algunas tartaletas para picar, por si les entraba hambre —dentro de un rato volverá a estar como siempre, algo dolorida, pero nada fuera de lo normal.

—Ojalá, tengas razón —comento acercándose para servir el té.

—Ya lo verás, Maggie es una mujer fuerte y sana, antes de que llegue la noche insistirá en bajar a cenar con nosotros.

La llegada del Conde impidió que expresara sus dudas al respecto, algo le decía que Maggie no se recuperaría tan rápido en esta ocasión.

Ver la cara de preocupación de su padre, mientras Donna le explicaba como la habían encontrado, inconsciente en la alfombra, rodeada de sangre, la obligo a recomponerse, aunque el nudo que tenía en el estómago, desde que oyó los gritos de auxilio de su doncella, se negaba a abandonarla.

El doctor Ulford no perdió el tiempo al verla en tan mal estado y le suministro unas gotas de láudano con el fin de que el dolor se relajara un poco y pudiera quedarse dormida, mientras la examinaba con ayuda de su doncella a quien la consultaba cualquier duda.

Hubiera preferido preguntar directamente a su paciente, pero esta estaba sufriendo demasiado como para ser coherente con sus respuestas.

—Bueno, pues, ya está, conociendo sus antecedentes dolorosos durante estos días y teniendo en cuenta el retraso que me comenta de diez días, considero que es normal la cantidad de sangre y el dolor que está sufriendo —comento el doctor Ulford a nadie en particular —si se tratara de cualquier otra dama, sin ningún tipo de dolores con anterioridad, consideraría la posibilidad de un embarazo perdido, pero no es el caso —dijo secándose las manos antes de bajar a hablar con los familiares que le esperaban.

Maggie abrió los ojos como platos al oír entre sueños las palabras del médico, no podía acabar de decir lo que había creído oír, ¿verdad?, se preguntó llena de angustia, noto que se acercaba de nuevo a la cama y los cerro de nuevo, fingiendo que dormía.

Poco después oyó que salía de la habitación acompañado de su doncella, pero el láudano que la había dado la estaba haciendo efecto, sentía la cabeza embotada, incapaz de pensar, por lo que se abandonó al sueño que la reclamaba.

Capítulo 13

Era ya más de media tarde cuando volvió a despertar.

Vio como la tía Donna y Clara se habían acomodado en los sillones frente a la chimenea con sus costuras, ambas se mantenían en silencio, suponía que para no molestarla, lo cual las agradeció en silencio.

—No estoy tan mal como para que dejéis de lado vuestras obligaciones, solo para hacerme compañía mientras duermo —dijo con la voz ronca por la sequedad que sentía en la garganta.

—Por fin has despertado —exclamó, Clara al oírla, soltó su labor en la canasta que tenía a sus pies y se levantó para ir a su lado junto a la cama.

—Déjala respirar, no la atosigues —la advirtió Donna, imitándola.

—¿Cómo te sientes?

—No te incorpores, el médico ha dicho que permanezcas tumbada, hasta mañana cuando venga a visitarte —la regañó, Clara al ver sus intenciones de sentarse en la cama.

—Agua —la pidió dejando caer de nuevo la cabeza sobre la almohada.

—Toma —la acercó su tía a los labios, incorporándola un poco la cabeza para que bebiera —¿te sientes mejor? —la pregunto dejando de nuevo el vaso sobre la bandeja de la mesita.

—Dolorida, pero nada que no pueda soportar —la aseguro con una media sonrisa.

—No vuelvas a asustarme así —la regañó, Clara aún preocupada.

—No era mi intención, créeme —la aseguro.

—Has sangrado mucho, pero el médico nos ha dicho que es normal, dado el retraso que tenías —la informo Donna —solo tienes que descansar y en unos cuantos días estarás recuperada —la aseguro.

—Cómo aún faltan seis días para la fiesta campestre de Richmond, hemos decidido no anularla. Aunque lo que sí hemos hecho es anular todos los eventos a los que pensábamos asistir en los próximos días y cerrado la casa, para que nada pueda perturbar tu recuperación.

—Pero nuestra asistencia a Richmond dependerá de como te encuentre, por supuesto —quiso dejar claro Donna, no muy convencida que un viaje, aunque fuera tan corto, sería lo mejor para su sobrina.

Maggie las miro sin llegar a comprender muy bien de lo que hablaban, las palabras de la tía Donna, sobre el diagnóstico del médico, la habían recordado lo que le oyó comentar antes de

que se marchara.

En cinta y había perdido su bebe, necesitaba pensar sobre ello, pero no podría hacerlo mientras su tía y Clara se cernieran sobre ella, observándola tan detenidamente.

Cerro los ojos para que no vieran su turbación en esos momentos.

—Si, querida, duerme, eso hará que recuperes antes las fuerzas —la dijo Donna, haciéndole una seña a Clara para que se retirara.

La siguiente vez que abrió los ojos era ya noche cerrada, pero ambas estaban en el mismo lugar, solo que esta vez parecían disfrutar de una buena lectura.

—No puedo estar tan mal como para qué halláis decidido cenar en mis aposentos.

—Por supuesto que no —la aseguro Bradford uniéndose a ellas —solo deseábamos estar cerca por si necesitabas cualquier cosa.

Maggie se fijó más en la mesa y vio la tercera bandeja sobre ella, suspiro al comprender que su tío, también había estado allí pendiente de su salud.

—Nos has dado un buen susto, jovencita.

—Lo siento, tío —se disculpó avergonzada —, pero ya me encuentro mucho mejor —le aseguro tratando de nuevo de incorporarse.

—No —la regañó Donna poniéndose de pie para ir a su lado —debes permanecer acostada —la recordó.

—Además, te toca tu medicina.

Clara la acercó el vaso para que la tomara al tiempo que Donna la incorporaba un poco la cabeza.

—Espero que no tengas mucha hambre, porque el médico te ha recomendado que es mejor que estés en ayunas, si no deseas que el dolor regrese —dijo Bradford aún muy preocupado por su sobrina.

—Prefiero, no comer, os lo aseguro.

—Eso imaginaba —dijo antes de sentarse en uno de los sillones, retomando su lectura.

Clara se sentó a los pies de la cama, dispuesta a entretenerla con cualquier chisme que se le ocurría, mientras Donna regreso a su lugar, junto a su cuñado.

Maggie consiguió mantener los ojos abiertos casi dos horas, antes de que el sueño la alcanzara de nuevo.

A la mañana siguiente, los rumores sobre el motivo de la ausencia de la familia Bradford, a todos los eventos sociales celebrados el día anterior, circulaban por todo Londres.

Muchos eran los que opinaban que su descarada hija había sido mancillada, por fin, y habían tenido que huir de la ciudad al amparo de la noche por miedo al escándalo.

Los más benévoloos pensaban que solo habían decidido descansar por una noche del ajeteo que suponían los eventos de la Temporada.

Las especulaciones eran tan dispares que se abrieron las apuestas en el libro del Brooks's,

donde cada uno de sus miembros, interesados en participar, anotaban el motivo que ellos pensaban que había motivado su ausencia o se unían al que más se acercaba a sus creencias.

Y en medio de aquella disputa que llegaba a todos los rincones del club, llegaron Lord Dorset, Lord Durham y Lord Surrey, con la intención de disfrutar, una vez más, de su famoso bistec, regado con un buen borgoña para comer.

—Lord Surrey, qué es lo que opina usted de la desaparición de cierta dama, anoche en el baile, junto con el resto de su familia —le abordó Lord Well, nada más verle cruzar por la puerta.

—Disculpe —le respondió, confundido, sin llegar a comprender a que se refería exactamente.

La verdad es que ninguno de los tres había asistido al baile donde se les esperaba la noche anterior, ya que se habían ido a visitar una casa de juegos para saludar a un amigo y habían acabado enredados por este en una partida de cartas, sin fin, hasta bien entrada la madrugada.

Por lo que bien podrían ser las tres únicas personas de toda la ciudad, que no estaban al tanto de los chismes.

—Venga ya, Surrey, todo el mundo sabe que estáis cortejando a Lady Clara —le recordó Well —por lo que, si alguien sabe el motivo de su ausencia en los festejos de anoche y la ausencia de Lord Bradford del club esta mañana, tal y como es su costumbre, sois vos.

—Venga compartir dicha información con nosotros, —le rogó otro miembro del club, uniéndose a ellos junto a la puerta que acababan de traspasar —tener en cuenta que hay muchas libras en juego que podrían venir muy bien a quienes no tienen los bolsillos tan llenos como vosotros.

—No tenemos ni idea de lo que están hablando —dijo Durham enfatizando cada sílaba, haciéndoles ver su enfado por abordarles —ahora, si nos disculpan, nos disponemos a continuar hacia el comedor —les informo dando un paso al frente, obligándoles a retirarse.

Dorset y Surrey le siguieron en silencio, gracias a su intervención, habían conseguido recuperarse de la impresión y ocultar su desconcierto tras las máscaras que siempre lucían sobre sus caras.

—Iremos a visitar a vuestra tía, esta tarde y averiguaremos que está pasando en realidad —les propuso Durham, una vez estuvieron los tres sentados y encargados sus pedidos.

—Por supuesto, tía Donna nos dirá que ha ocurrido —les aseguro Dorset.

—Hasta entonces, os sugiero que disfrutemos de la comida.

—Tienes razón, hay veces que los Bradford deciden quedarse en casa una noche para descansar —dijo Surrey, recuperando un poco el buen humor que siempre ostentaba —seguro que es eso lo que ha pasado y estos mequetrefes lo han sacado de contexto.

—Todos sabemos como les gusta formar un escándalo por nada —observo Dorset aparentando una tranquilidad que no sentía.

Un mal presentimiento se había adueñado de él, al oír a Lord Well hablar de los Bradford, el cual no conseguía quitarse de encima.

Aun así, logro dominar la tensión que le embargaba como para ocultársela a sus

compañeros de mesa y disfrutar de las viandas en buena compañía.

A las cinco y cuarto de la tarde, más o menos, Dorset hacía sonar, por fin, la aldaba de la puerta principal de la residencia de los Bradford.

La espera se había hecho interminable, a pesar de no haber vuelto a hablar del tema, este no se había alejado de su mente ni un solo instante. Su estómago se había ido cerrando poco a poco, impidiéndole casi respirar, estaba haciendo un gran esfuerzo para parecer sereno ante sus amigos y no dejarles ver lo preocupado que estaba por Maggie.

Ellos desconocían sus intenciones hacia ella y ese no era el momento adecuado de revelarlas, además, tenía que tener en cuenta el estado de preocupación que Surrey era incapaz de dominar, el cual se iba incrementando por momentos, por más que Durham y Dorset intentaron distraerle llevándole a los sitios que más le gustaban.

Como aquella vieja librería escondida en unos de los callejones de la calle New Bond, que tanto le gustaba visitar y rebuscar en sus estantes alguna joya olvidada, con la que disfrutar de una buena lectura.

Esa tarde no había comprado nada para él, sino que había recorrido el establecimiento, durante más de una hora, para acabar adquiriendo un par de novelas antiguas para Lady Clara, a quien había asegurado la encantarían.

Dorset también había visto un libro sobre Egipto, que parecía muy antiguo, que le hubiera gustado comprar para Maggie, pero ninguno de sus compañeros hubiera entendido su gesto hacia ella y no estaba de humor para darles ninguna excusa que no revelara su interés en la joven y mucho menos contárselo.

Por lo que se abstuvo de llevárselo y decidió pasar al día siguiente a por él, rezo para que ningún apasionado con el tema lo descubriera, antes de que pudiera adquirirlo.

Por fin, tras unos minutos, Charles abrió la puerta.

—Buenas tardes, Charles —lo saludo Dorset subiendo el último peldaño dispuesto a entrar.

—Lord Dorset, caballeros —les dijo devolviéndoles el saludo con una ligera inclinación de cabeza, dando un paso al frente, ocupando todo el vano de la puerta e impidiéndoles la entrada —me temo que la casa está cerrada, por el momento, y no se admiten visitas.

—¿Qué? —exclamo Surrey.

—Vengo a ver a mi tía, haga el favor de avisarla.

—Me temo que no es posible —se disculpó por no poder complacerle —milady, no está disponible en estos momentos.

—Exijo saber que está pasando —estallo Surrey cada vez más desesperado por no poder ver a su dama y asegurarse de que estaba bien.

—Que tengan una buena tarde —les deseo, dando un paso atrás y cerrándoles la puerta en sus narices.

Surrey se lanzó sobre ella, dispuesto a derribarla si fuera preciso.

Durham fue más rápido interponiéndose, deteniéndole.

—Así no conseguiremos nada.

—Me temo que tiene razón Surrey, no van a dejarnos entrar —opinó Dorset saliendo del estupor en el que se había sumido, al negarle Charles la entrada, algo que no había ocurrido nunca.

—Vámonos y pensemos en otra manera de conseguir la información que buscamos.

—¿Y cómo vamos a conseguir eso?

—No es la primera vez que deseamos información sobre una dama y no podemos acudir a su puerta para obtenerla —les recordó Durham.

—Los criados —susurro Dorset al comprender a lo que se refería.

—Los criados —estuvo de cuerdo Surrey, sintiendo renacer la esperanza en su interior.

Los criados siempre estaban enterados de todo lo que acontecía en una casa y eran la mejor fuente de información, solo había que saber donde encontrarlos y su precio para que hablaran, pensó, sonriendo con ironía. Antes de que acabara la noche, sabrían todo lo que desearan saber sobre lo que en realidad estaba ocurriendo en la residencia de Lord Bradford.

Capítulo 14

Dorset permanecía callado observando a sus compañeros de viaje.

Durham se encontraba enfrascado, leyendo unos informes de su finca, mientras Surrey se distraía mirando por la ventana como avanzaban hacia Richmond, para asistir a la fiesta campestre ofrecida por los Condes de Trenton, donde la familia Bradford había confirmado su asistencia, según su informante, uno de los lacayos de la planta superior de su residencia en Londres.

El cual no les había dado mucha información en realidad, salvo que la señorita Spencer no se encontraba bien, pero se recuperaba poco a poco.

La lealtad de los criados de Bradford, de no facilitar información sobre lo que ocurría en su casa, sorprendió tanto a Durham como a Surrey, pero no a Dorset, quien los conocía desde que era un niño y visitaba a su tía Donna con sus padres en Bradfield.

Pero ellos nunca se habían topado con un criado a quien no pudieran comprar por un precio u otro,

Saber que Lady Clara se encontraba bien, había aliviado considerablemente a Surrey, quien se armó de paciencia a esperar a que la dama volviera a hacer acto de presencia en algún evento para verla.

Todo lo contrario que él, quien vivía con la agonía de no poder estar a su lado, cuidándola él mismo y asegurándose de que se estaba haciendo todo lo posible por ella.

Había sido una de las peores semanas de su vida y la más larga que había tenido la desgracia de vivir, hasta ahora, solo deseaba poder volver a verla y que se acabara de una vez por todas esa pesadilla.

—¿En qué piensas??

Dorset se volvió hacia Durham al oír su pregunta, este parecía que ya había acabado de revisar sus papeles, los cuales volvía a guardar en su cartera.

—En sí, la señorita Spencer estará de verdad tan recuperada como para hacer el viaje hasta Richmond.

—Espero que sí, porque si no Lady Clara tampoco viajara sin ella.

—Parece que están muy unidas las dos —constato Durham.

—Desde siempre, apenas era un bebe cuando los progenitores de la señorita Spencer, partieron hacia América, dejándola al cuidado de Lord Bradford y mi tía, quienes la han criado como si fuera su hija —le aclaro Dorset, perdido en sus recuerdos.

—¿Y como es que no la has conocido hasta ahora? —pregunto, Surrey, lleno de curiosidad.

—Mis visitas siempre han coincidido con sus visitas a sus abuelos paternos, a quienes veía dos veces al año, hasta que fallecieron, hace unos años, tras lo cual dejo de tener contacto con ellos —les contó lo que él sabía sobre la historia —al parecer no le caía bien sus tíos, ni ellos deseaban saber nada de la hija del desertor de su hermano.

—Nunca le perdonaron que se fuera a las Américas.

—Algo me dice que hay mucho más tras esa historia —dijo Surrey, pensativo.

—Sí, es así, yo lo desconozco.

—Lo cual no es extraño, dado lo bien que guardan sus secretos sus sirvientes —añadió Durham, aún sorprendido por su lealtad.

Un cómodo silencio se instaló de nuevo entre ellos.

Era un viaje corto, de apenas dos horas en carruaje, sin tener que detenerse en ninguna casa de postas para cambiar los caballos.

Aunque habían salido temprano, debido a su impaciencia por reencontrarse con las damas, habían planeado detenerse en la posada del pueblo para comer, antes de llegar a la residencia de los Trenton, donde los esperaban.

Maggie tomó una respiración profunda, algo que no paso desapercibido para su tía, sentada frente a ella, quien levanto la cabeza hacia ella, para mirarla interrogante.

—Estoy bien, de verdad —dijo por enésima vez desde que comenzaron el viaje.

Aunque en realidad se sentía algo molesta y más humedecida que antes de que el carruaje emprendiera la marcha. Algo que no iba a confesarles ni bajo tortura, pensó, recordando como insistían en tratarla como a una inválida, a un paso de la muerte, si no la cuidaban, desde aquella mañana.

Llevaba encerrada en casa desde entonces, apenas si había podido salir al jardín con sus queridas rosas.

Todos insistían en que debía guardar reposo absoluto para recuperar las fuerzas, a pesar de que hasta el médico había recomendado que diera paseos por el jardín, con el fin de saber si las hemorragias habían cesado o su mejoría solo se debía al reposo.

La había costado horas y horas de discusiones, convencerles para que no cancelaran su asistencia a Richmond, todos opinaban que era demasiado pronto para un viaje, aunque fuera tan corto.

Al final habían llegado a un acuerdo, no asistiría a todas las actividades, descansaría al menos una hora por la mañana y otra por la tarde, además de retirarse nada más acabar la cena hasta el día siguiente.

Por si eso era poco, si tío, había insistido en llevar un médico y una enfermera con ellos, los cuales se alojarían en la posada del pueblo, por si los necesitara.

Maggie sabía que los había asustado, ella también lo estaba, pero por un motivo distinto, que ellos desconocían, pero tantos cuidados ya rayaban lo absurdo y no sabía como hacérselo

ver.

Se volvió para mirar a Clara, quien estaba absorta en la lectura de una de las novelas que Surrey la había enviado, con el fin de que se entretuviera mientras permanecía junto a su prima.

La verdad es que, aunque la casa había permanecido cerrada desde entonces, cada mañana ambas damas recibían flores y otras fruslerías, de varios caballeros, casi todos pretendientes de Clara, con las que les comunicaban que esperaban su regreso a la vida social cuanto antes.

Incluso Steven las enviaba flores todos los días, sobre todo a la tía Donna a quien insistía en preguntar el motivo de su retiro, mostrándole su preocupación por su salud, ante su silencio.

Hasta donde ella sabía, su tía no le había contado nada sobre lo ocurrido, tan solo le había respondido una vez, diciéndole que se encontraba bien de salud y no debía preocuparse por ella.

—Antes de que llegemos debéis saber que nuestra ausencia de los eventos de la Temporada ha levantado todo tipo de rumores en la ciudad —dijo Lord Bradford poniéndose serio— los cuales deberemos enfrentar en cuanto llegemos.

—No tenemos de que avergonzarnos —continuo Donna

—Por lo que diremos la verdad, que Maggie ha estado muy enferma y toda la familia se ha centrado en su cuidado.

—Añadiremos que aún no estás recuperada del todo y necesitas descansar, con lo que justificaremos de esa manera tu ausencia en algunos eventos y las veladas nocturnas.

—Sin añadir ningún detalle más sobre tu dolencia.

—Me parece bien, padre, esos cotillas no tienen porque saber lo que te ha pasado en realidad.

—Gracias, la verdad, es que no es un tema con el que me sienta cómoda hablando con desconocidos.

—Ni tú ni nadie, querida —la aseguro Donna.

—Bien, ya estamos llegando a la posada, en cuanto el médico te reconozca y nos autorice a continuar, se lanzarán sobre nosotros ávidos de cualquier noticia que puedan convertir en un escándalo —las advirtió Bradford— debéis estar preparadas para ello.

—No te preocupes, padre, sabremos lidiar con esos mequetrefes.

—Siento mucho haberos puesto en esta situación.

—Pues no lo sientas, querida, tú no tienes la culpa de nada y no debes permitir que nadie te convenza de lo contrario.

—Todos decidimos quedarnos a tu lado, nadie nos obligó —la dijo Clara, apoyando su mano sobre su rodilla para animarla —somos una familia, tanto para lo bueno como para lo malo, aunque ellos no puedan entender nuestra decisión de permanecer contigo.

—Os quiero —les confesó, con lágrimas en los ojos, poniendo su mano sobre la de ella.

—No os hemos educado para que os abatan con sus habladurías.

—No lo harán, tía —la aseguro Maggie mirándola a los ojos.

—No se lo permitiremos.

—Esas son mis chicas —exclamo Bradford, orgulloso de las mujeres en las que se habían convertido, seguro de que estaban listas para presentar batalla si la situación lo requería —y recordad que contáis con todo nuestro apoyo, hagáis lo que hagáis, estaremos a vuestro lado.

—Y no dudéis en acudir a nosotros si la situación os sobrepasa.

Donna observo como ambas asentían con la cabeza su acuerdo, estaba orgullosa de ellas, pobre del que intentara hacerlas daño, esparciendo rumores que pudieran perjudicar a alguna de ellas, iba a conocer su furia de primera mano.

Tal y como esperaba Maggie, el médico confirmo que el viaje no había supuesto un retroceso en su recuperación y que se encontraba en condiciones de continuar, aun así y ante la insistencia de sus parientes, no le quedo más remedio que recomendarla que se retirara a sus habitaciones a su llegada y descansara hasta mañana.

—Por el amor de Dios, Clara, no es necesario que te reclusas conmigo —se quejó, al ver como se instalaba frente a la chimenea en sus aposentos —haz el favor de bajar a divertirte.

—Ni hablar, alguien tiene que quedarse contigo.

—¿Y vas a estar hay toda la noche? —la pregunto exasperada.

—Por supuesto que no, cuando llegue el momento me retiraré a dormir —la respondió, decidida, señalando la puerta que comunicaba ambas habitaciones.

—Por supuesto.

Maggie se la quedo mirando resignada, estaba claro que nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión, pero ella preferiría pasar unas horas en soledad, después del día que había tenido.

Por si fuera poco, el viaje y el reconocimiento médico, sus tíos habían dispuesto que entraran por la parte de atrás de la casa, en lugar de utilizar la puerta principal como el resto de los invitados, para no encontrarse con nadie que pudiera incomodarla, la habían dicho, justificándose.

Además de trasladar todas las habitaciones de la familia, lo más alejadas posible del resto de los asistentes a la fiesta.

Gracias a Dios que los Trenton eran grandes amigos de la familia y deseaban tanto contar con su presencia en la fiesta, que no pusieron ninguna objeción a sus exigencias, respetando en todo momento su intimidad.

Por lo cual, su llegada a la casa había pasado totalmente desapercibida, al menos, hasta dentro de un rato, cuando la tía Donna y Lord Bradford se unieran a los invitados para la cena.

—Deberías bajar —intento de nuevo convencerla —Surrey te estará esperando y se sentirá muy decepcionado al no verte esta noche entre los invitados.

—Lo sé —susurro con voz lastimera —, pero debe entender que el bienestar de mi familia siempre será una prioridad para mí.

—O puede que no lo vea así y decida dejar de cortejarte.

—Entonces no será el hombre adecuado con el que deba casarme,

—Ahh, mira que eres testaruda —la regañó al ver su tozudez —tú también le echas de menos, no te atrevas a negarlo.

—Por supuesto que sí —la replicó airada —, pero durante estos días me he dado cuenta que le he obligado, indirectamente, a que me corteje y necesito estar segura de que quiere antes de concederle mi mano —le confesó llena de dudas —. Tengo que saberlo.

La llegada de las doncellas con la cena, evito a Maggie contestarla, gracias a Dios, porque no sabía que decir para ayudarla a resolver sus problemas, por lo que decidió no insistir más en el tema.

Ambas se trasladaron a la mesa y pasaron el resto de la velada en armonía, disfrutando de su mutua compañía, reconoció Maggie en su último pensamiento antes de quedarse dormida.

Dorset y sus acompañantes llegaron a primera hora de la tarde a la mansión, lo primero que hicieron, tras saludar a los anfitriones, fue asegurarse de si la familia Bradford había llegado.

Tras lo cual, se colocaron estratégicamente, cerca de la puerta principal, con el fin de estar atentos a su llegada, la cual no llegó a producirse, pensó, Steven una vez estuvo en sus aposentos preparándose para la cena.

Surrey dudaba de que su informante les hubiera dicho la verdad sobre su asistencia, mientras Dorset estaba cada vez más preocupado por si Maggie había sufrido una recaída de última hora.

Mientras Durham, debía lidiar con ellos, tratando de mantenerlos cuerdos entre tanta locura, ya que Dorset había sucumbido a la desesperación, por algún motivo que él desconocía, solo esperaba que los Bradford aparecieran de una vez por todas, por el bien de sus amigos.

Dorset fue directo al encuentro con su tía Donna, una vez se reunió con ellos en la salita donde esperaban hasta que anunciaran la cena.

—Tía —la saludo inclinándose para besar su mejilla.

—Dorset.

—Me alegro de veros —dijo con sinceridad —estáis tan hermosa como de costumbre.

—Eso es porque vos me miráis con buenos ojos.

—Contaremos esta noche con la agradable presencia de sus sobrinas —la pregunto esperanzado, tras recorrer la sala con la mirada y no encontrarlas.

—Me temo que no, querido, Maggie debe descansar del viaje y Clara ha decidido quedarse con ella para hacerla compañía.

—Espero que su salud no se haya resentido —la confió, preocupado de nuevo.

—Parece que no, según no ha asegurado el médico que la ha reconocido a nuestra llegada —le respondió Lord Bradford uniéndose a ellos junto a Lord Trenton.

—Es solo por precaución —intervino Lady Trenton —mañana, si todo está bien, se unirán a nosotros a lo largo de la mañana.

—Entonces esperaremos con ansia para poder saludarlas —dijo Durham tomando unas copas de jerez y repartiéndolas entre los presentes.

—Y bien, Lord Surrey, tendremos algún anuncio oficial durante vuestra estancia.

—¡Querida! —exclamo Lord Trenton, horrorizado, al oír a su esposa.

—En Londres parece que hoy ha decidido dejar de llover, por fin, hoy lucia un sol espléndido cuando hemos salido —intervino Donna apiadándose del muchacho, desviando la conversación, antes de que pudiera responder.

—Ojalá, porque me he visto en la necesidad de planificar tanto actividades en el interior como en el exterior, por si la lluvia decidía prevalecer y necesitaba entretener a los invitados dentro de la casa —se quejó Lady Trenton del trabajo tan extenuante que eso suponía.

—Gracias —la susurro, Steven, inclinándose para besar su mejilla al despedirse con la intención de reunirse con el resto de los invitados.

Ya habían averiguado todo lo que podían averiguar sobre las damas, por lo cual era una tontería continuar allí.

Aún tendrían que esperar hasta mañana para verlas, pero que significaban unas cuantas horas más, después de todo lo que llevaban esperando, se dijo tratando de darse ánimos, al tiempo que el mayordomo anunciaba la cena y todos se dirigían al comedor.

Capítulo 15

—Esto es una tortura.

Se quejó, Maggie, saliendo de la casa hacia el carruaje que las esperaba, a la mañana siguiente.

—Pues vete acostumbrando, tendremos que hacer esto todas las mañanas, mientras permanezcamos aquí —la respondió, Clara, uniéndose a ella.

—Al menos los tíos no nos acompañan esta vez.

—No sé ni como los has convencido para que se queden.

—Han venido a disfrutar de la fiesta, es hora de que se relajen de una vez —exclamo exasperada a punto de perder la paciencia —y tú también —la regaño —te estás convirtiendo en una auténtica pesada.

Clara se echó a reír al oírla, sabía que su prima estaba más que harta de estar sometida a tanta presión y vigilancia, por el bien de su salud, pero por ahora nadie de la familia pensaba devolverla la libertad de movimiento que tanto ansiaba, al menos no mientras estuvieran en Richmond.

—De verdad, estoy bien, todo esto es innecesario —siguió quejándose llegando junto al lacayo que sujetaba la portezuela abierta para que subiera —tarde o temprano tendréis que aceptarlo y seguir con vuestras vidas.

—Lo haremos, primita, lo haremos —la aseguro, Clara, tratando de calmarla.

—Muy buenos días, es un placer volver a ver a mis dos damas preferidas de nuevo.

Maggie se quedó paralizada al oír la voz de Justin a su espalda, se suponía que no se encontrarían con nadie a esas horas, los invitados deberían estar durmiendo o desayunando, en el comedor, no volviendo o yendo a dar un paseo a caballo.

—Buenos días, Justin —le saludo, Clara, una vez recuperada de la impresión.

Maggie se volvió hacia él, para mirarle.

—Buenos días, para ti también —le saludo a su vez —espero que halláis disfrutado de vuestro paseo matutino.

—En realidad nos estamos preparando para ir de cacería —las informo.

Maggie se giró para mirar a su alrededor y vio a varios caballeros, junto a sus monturas, preparándose para salir.

—A la tía Donna y a padre no les va a gustar nada de esto.

—Cómo iba yo a saber que algo así pasaría —se defendió enfadada por su velada acusación —me niego a salir por la parte de atrás como una proscrita.

—Pues será mejor que nos marchemos, antes de que alguien más nos reconozca y decida venir a saludarnos —la advirtió, Clara, apresurándola.

—Os acompaño —declaro, Justin, decidido a ir con ellas.

Maggie levantó la mirada hacia él, asustada, su enfermedad no era un tema que pudiera contarle a Justin y él tendría muchas preguntas que hacerla, aunque fuera su mejor amigo y pudieran hablar de casi cualquier tema entre ellos, este no era uno de ellos.

Se volvió a mirar a Clara que parecía tan desconcertada como ella.

—Nosotros también acompañaremos, a las damas —declaro Surrey, con voz autoritaria que no admitía replica, uniéndose a ellos, junto con Dorset y Durham a la saga.

Maggie tuvo que agarrarse con fuerza al costado del carruaje, para no caer desmayada, de la impresión.

Definitivamente, mandar traer el carruaje a la puerta principal no había sido una buena idea.

—Y puede saberse hacia donde nos dirigimos —quiso saber Durham, tratando de aligerar un poco la tensión que se había generado alrededor del carruaje.

—A la posada de Richmond —declaro, Clara, rindiéndose a lo inevitable.

—Aún estáis aquí —bramo Bradford, saliendo en ese momento por la puerta con cara de pocos amigos, no había que ser muy inteligente para ver lo enfadado que estaba —hace más de una hora que os esperan y esto no es lo habíamos acordado —las regañó, muy serio.

Clara sintió un escalofrío recorrerla la espalda de arriba abajo, su padre era un hombre afable y cariñoso, pero también podía ser terrible cuando se enfadaba de verdad, cosa que no ocurría casi nunca, pero estaba claro que esta vez lo habían provocado y mucho.

—Sí, tío, estábamos a punto de partir —le aseguro, Maggie, apresurándose a subir al carruaje.

—Está bien, hablaremos más tarde.

—Por supuesto, padre —le aseguro, Clara apresurándose tras su prima.

El lacayo cerro la puerta suavemente a sus espaldas y comenzaron la marcha, mientras que varios invitados veían alejarse el carruaje de Lord Bradford escoltado por cuatro caballeros a caballo.

—Quizás deberíamos ir todos al pueblo —propuso Lord Trenton —. A las damas las encantaría disfrutar de una mañana de compras.

—Esa es una gran idea, querido —exclamo, Lady Trenton, entusiasmada —iré a prepararlo todo, incluso podríamos almorzar al aire libre en la explanada, antes de regresar.

—Buff —bufo Lord Bradford contrariado por el cambio de planes.

Todos los demás estuvieron de acuerdo y una hora después salía la comitiva hacia el pueblo, no sin antes haber enviado un mensaje a la posada, anunciándoles su llegada, junto con el cambio de planes y pidiéndoles que les esperaran.

Al menos podría hablar con el médico con discreción, una vez hubiera reconocido a su sobrina esa mañana, pensó, Lord Bradford, resignado a pasar la mañana acompañando a las damas en sus compras, en lugar de disfrutar de una buena cacería por los bosques de Richmond.

Durham se fijó en Surrey que cabalgaba a su lado, a un costado del carruaje, parecía que ver a Lady Clara le había tranquilizado bastante, incluso había una tímida sonrisa iluminando su cara.

Esperaba que a Dorset le hubiera ocurrido lo mismo, fuera el mal que fuera el que le aquejase, aunque o mucho se equivocaba o la señorita Spencer era la responsable.

No sabía porque no podía confiar en él y decirle de una vez que ocurría entre los dos, porque algo estaba pasando entre ellos, eso seguro.

Steven, sentía que se había quitado un peso de encima al ver a Maggie, no parecía haber estado enferma y mucho menos para ser tratada con tanto cuidado, pero no le había gustado nada encontrarla hablando con Lord Kent.

Él deseaba haber sido el primero al que se dirigiera tras su reaparición, pensó, furioso, lanzando una mirada asesina a la espalda de Lord Kent, quien cabalgaba delante de él, junto al carruaje.

No iba a negar que estaba celoso de la amistad que los unía, pero eso iba a cambiar de ahora en adelante, se prometió a sí mismo, en cuanto tuviera la oportunidad de hablar en privado con ella, la convencería para anunciar su compromiso y rápida boda.

Una vez fuera su esposa esa amistad tan cercana se acabaría, él se ocuparía de ello.

No tardaron mucho en llegar al poblado, las damas descendieron tras detenerse el carruaje en el patio de la posada y caminaron presurosas hacia la puerta, sin esperarlos.

—Sentimos llegar tarde —se disculpó, Maggie, con el médico y la enfermera que les esperaban junto a la entrada.

—Nuestras disculpas —corroboro, Clara, apesadumbrada.

—No tiene ninguna importancia, milady, tampoco es que fuéramos a ir a ninguna parte —las aseguro la enfermera sonriendo en ellas.

—Si está lista, será mejor que procedamos.

Maggie cabeceó su acuerdo y siguió al doctor al piso superior donde estaban las habitaciones dispuestas, para que pudiera reconocerla cada día, mientras durara su estancia.

—Todo parece estar bien —afirmo el médico tras un minucioso examen —no veo ningún inconveniente en que pueda unirse a la fiesta, siempre y cuando, cumpla con las recomendaciones de las que hemos hablado.

—Muchas gracias, doctor, las cumpliré.

—O más bien la obligaremos a ello —les aseguro, Clara.

—Entonces nos veremos mañana.

—Hasta mañana, que tengan un buen día.

Maggie salió de la habitación seguida de Clara.

—Espero que por fin os rebajéis y me dejéis de tratar como a una inválida de una vez por

todas.

—No prometo nada.

Maggie se volvió hacia ella furiosa, pero la llegada del posadero para guiarlas al saloncito privado donde habían dispuesto el desayuno, que habían dejado encargado, evitó que la contestara.

—Podría pedirles a los caballeros que nos acompañaban a nuestra llegada que se nos unan, si lo desean, por favor —le pidió, Clara, pasando junto a él, adentrándose en la sala.

—Por supuesto, milady.

Maggie fue directa a la mesa y sirvió dos tazas de té, antes de sentarse.

—No consigo comprender por qué el médico insistió en que no debía tomar nada antes de verle —le confesó.

—La verdad es yo tampoco —la respondió uniéndose a ella —me muero de hambre.

—Tampoco entiendo porque tú no has desayunado antes de que saliéramos.

—No quería darte envidia.

—Por el amor de Dios —exclamo mirándola incrédula.

—¿No habéis desayunado? —pregunto, Justin; entrando en la estancia.

—Es evidente que no —le replico, Clara, mal humorada.

—Será mejor que no digamos nada más hasta que hayan acabado, el hambre las vuelve en exceso, malhumoradas —les advirtió, Justin, acomodándose en una silla, junto a Maggie, ignorando la mirada asesina que ambas damas le dedicaron.

Surrey se apresuró a ocupar su lugar junto a Clara, decidido a seguir el consejo de Lord Kent, absteniéndose de molestarla.

La llegada del posadero con el café que le habían pedido disolvió un poco la tensión de la habitación.

—No deberías comer tan rápido, solo faltaba que sufrieras una indigestión, ahora que parece que te has recuperado.

Maggie abrió la boca para replicarle como se merecía, pero se lo pensó mejor.

—Justin, te agradecería mucho que te guardases tus comentarios —le pidió con toda la calma que pudo reunir —te lo advierto, si estás pensando en unirte al resto de la familia en sus excesivos cuidados, haré que te arrepientas de tu decisión, te lo prometo.

—Esa es mi chica —exclamo soltando una carcajada al oírla.

—Justin, te lo estás buscando —le advirtió, Clara entre bocado y bocado.

—Tranquilas, solo quería comprobar, por mí mismo como se encontraba —las dijo levantando las manos en señal de rendición —y soy de su opinión, os estáis pasando con tantos cuidados y celos, es evidente que se encuentra perfectamente.

—Una opinión que nadie le ha solicitado, Lord Kent —bramo Bradford desde el umbral de la puerta —haga el favor de meterse en sus propios asuntos y no en los de mi familia.

—Sí, milord —le respondió tragando saliva, temeroso por su reprimenda.

Nunca había visto tan enfadado a Lord Bradford en su vida, y bien sabe Dios que esos tres se habían metido en bastantes líos, cuando eran niños y no tan niños, como para ponerle furioso.

Lo que le hizo pensar que fuera cual fuera la enfermedad que Maggie había sufrido, era más seria de lo que pensaba, se volvió para mirarla interrogativo.

—Tranquilo, todos andan con los nervios a flor de piel, últimamente —le dijo, Maggie, tratando de calmarle.

—Jovencita ... —le advirtió su tío dejando la frase sin terminar —será mejor que os reunáis con vuestra tía en la calle de las tiendas en cuanto acabéis.

Este no espero respuesta y regreso a las escaleras para subir a hablar con el médico, tal y como, era su intención a su llegada.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo, Clara, una vez se hubo marchado.

—Nunca he visto a Lord Bradford así —se quejó, Justin, una vez se recuperó de la impresión.

—Yo tampoco —corroboro, Maggie, preocupada —podría entenderlo en la tía Donna y en Clara, pero él ni siquiera estaba allí cuando me encontraron, ¿qué le dijisteis que había ocurrido?

—Yo, nada, fue la tía Donna quien se lo explico en privado una vez el doctor Ulford se hubo marchado y él la mandó llamar a su estudio —le confesó, tan extrañada como ella por la conducta de su padre.

—Sea lo que sea podéis hablarlo mientras nos marchamos al encuentro de los demás —las propuso, Durham, no queriendo ser testigo de un nuevo enfrentamiento con Lord Bradford.

—Hablaré con él cuando regresemos a la casa.

—Yo hablaré con la tía Donna —afirmo, Clara, levantándose.

Todos los demás la imitaron, saliendo de la posada hacia la calle principal, presurosos.

—Estáis muy callada —comentó, Steven, colocándose a su lado.

—Disculparme, milord, solo pensaba.

—En la actitud de vuestro tío, supongo.

—Es de lo más extraña.

—Yo esperaba que fuera yo quien ocupara vuestros pensamientos.

—Y por qué esperabais tal cosa —se volvió hacia él, confundida.

—Dejarlo, está claro que no soy lo suficientemente importante para vos como para eso —replico enfadado a la vez que desilusionado con ella.

—No os entiendo.

—No hay nada que entender.

Steven apretó el paso para reunirse con Durham que caminaba delante de ellos junto a Lord Kent, furioso.

Él, no había podido quitársela de la cabeza ni por un minuto desde que desapareció,

preocupado por su salud hasta la locura, deseando estar a su lado para cuidarla y ella no había pensado ni una sola vez en él, ni una sola.

Maggie le vio alejarse preguntándose en silencio que había hecho para despertar su ira de esa manera.

Hoy todo el mundo parecía estar más malhumorado de lo normal y habían decidido pagar con ella su enfado, pensó.

Se encogió de hombros y siguió caminando, pronto Justin, quien se había librado de sus dos acompañantes, estaba a su lado y gracias a su buen humor, del que siempre ostentaba, y a las bromas que compartían, logró alegrarla el resto del día.

Mientras, Steven, rumiaba su furia, al verla tan feliz al lado de su viejo amigo de la infancia, pero consiguió dominarse y no volver a su lado en todo el día.

Capítulo 16

Maggie decidió bajar a desayunar con los demás en el comedor, el haberse retirado a sus aposentos nada más regresar de Richmond, saltándose la cena, para descansar, la había venido muy bien, por lo que se sentía con fuerzas para enfrentar lo que la deparase ese nuevo día.

Ya no quedaban muchos invitados en la mesa o bien no habían bajado todavía, pensó, entrando en el comedor, ya que era un poco temprano para ellos, si la noche anterior se alargó más de lo que esperaban.

—Buenos días, tía Donna —la saludo tomando asiento a su lado —Lord Dorset.

Este levanto la vista del periódico que estaba hojeando, mientras disfrutaba de un café junto a su tía, para mirarla.

—Señorita Spencer —la saludo con indiferencia.

—Hoy pareces mucho más animada —observo su tía al verla —incluso tienes más color en la cara.

—Sí, tía, el retirarme tan pronto ayer me ha sentado de maravilla.

—Me alegro.

Maggie tomó su té y se dispuso a desayunar, incluso tenía más hambre de lo normal, pensó dando buena cuenta de los arenques que se había servido.

—Tía, creéis que sería posible que en lugar de viajar en el carruaje hasta la posada pudiera ir a caballo —la pregunto dudando de que se lo permitieran.

—¿Te sientes lo suficiente fuerte como para hacer algo así?

—Sí, tía, echo de menos cabalgar.

—Está bien, supongo que podemos intentarlo —la respondió, sin estar convencida de que fuera una buena idea —, pero con precaución.

—Por supuesto, tía.

—Iréis al paso, por el camino, nada de galopar o trotar por el campo —la advirtió —el carruaje os seguirá de cerca, por si lo necesitáis, nada de bravuconerías, a la mínima molestia os bajaréis del caballo y subiréis al carruaje.

—Os lo prometo —la contesto cada vez más ilusionada porque se lo permitieran.

Amaba los caballos y echaba mucho de menos poder pasear campo a través con ellos, por supuesto, tenía que tener cuidado al principio, ir poco a poco, pero en algún momento tendría que volver a montar, pensó. Y un corto viaje al pueblo, para ver al médico, era el mejor momento para hacerlo, si surgía algún problema el doctor lo detectaría durante su reconocimiento y gracias

a la idea de la tía Donna, podría volver en carruaje e intentarlo de nuevo otro día.

—Dorset, será vuestro paladín y os acompañará, si él os pide que subáis al carruaje por temor a que vuestra salud empeore, lo haréis sin rechistar.

—Pero ...

—Sin rechistar —repitió con más énfasis sin darla opción a replicarla.

—Lo mismo, Lord Dorset tiene otros planes para la mañana, tía —la dijo, intentando librarse de él, no se sentía cómoda a su lado después de su breve conversación el día anterior.

—Los cuales dejara de lado para hacerle este pequeño favor a su queridísima tía —dijo volviéndose hacia él, esperando su respuesta.

—Por supuesto, tía, será un honor poder serviros —afirmo sorprendido por la petición —, pero tal vez la dama se sienta más cómoda en compañía de Lord Kent.

—Al cual manipula como quiere para salirse con la suya —le dijo, descartándolo de inmediato —necesito a alguien capaz de ver su malestar, aunque ella lo niegue y sea capaz de imponer su voluntad sobre ella.

—Por el amor de Dios, tía, no necesito un perro guardián para dar un corto paseo, puedo tomar mis propias decisiones —replico enfadada.

—Lo ves, a eso precisamente me refiero —le dijo Donna a Dorset en tono confidencial —quien cabalgue a su lado en esta ocasión, deberá ser alguien firme que vele por su salud.

—Mucho me estáis pidiendo tía, pero por vos haré lo que pueda —claudico resignado a pasar la mayor parte de la mañana a solas con la señorita Spencer.

Algo que se había prometido, a sí mismo, si lo que deseaba es sacarla de su mente y de su vida de una vez por todas, no hacer después de su conversación.

—Ufff, también podía acompañarme Clara —propuso a la desesperada, tratando de librarse de él, por algún motivo que desconocía, tenía la sensación de que no sería buena compañía esa mañana.

—Está ocupada con otros asuntos.

—¿Qué asuntos? —quiso saber intrigada.

—Ahora no hay tiempo de hablar sobre ellos, cuando regreséis, más tarde, los comentaremos.

—Pero ...

—Se os está haciendo tarde, querida —la recordó Donna, levantándose de la mesa y saliendo del comedor sin una palabra más.

Maggie miró a Steven inquisitiva, esperando una explicación, sobre lo que estaba ocurriendo.

—Iré a preparar todo para nuestra salida, os espero en la puerta principal en veinte minutos.

Maggie se quedó mirando su rígida espalda mientras se alejaba, se apresuró a terminar su taza de café y subir a su habitación para cambiarse, no era lo que esperaba conseguir exactamente, pero podría volver a montar a caballo. Y tendría la compañía de Steven para ella

sola buena parte de la mañana, pensó, sonriendo feliz por lo prometedor que de repente se había vuelto su día.

Dorset camino directamente a los establos, ordeno que prepararan el carruaje de Lord Bradford y fue a elegir la montura para Maggie.

Buscaba una yegua tranquila con la que pudiera disfrutar del paseo, pero sin sobresaltos, como la que podía ver desde allí de color grisáceo, un mozo de cuadra le confirmó su espíritu sosegado, por lo que ordeno que la prepararan, junto a su propio caballo, el cual había mandado traer desde Londres.

Conociendo el gusto de Lord Trenton por las cacerías, no tenía ninguna duda de que iba a necesitarlo.

Prefería montar su propia montura, siempre y cuando eso fuera posible, se sentía más cómodo y afín que con los caballos desconocidos, pensó, acariciándole el cuello mientras esperaba que la dama a quien debía escoltar se los uniera.

No tenía ni idea del motivo por el cual su tía le había elegido a él, aparte de ser su sobrino, ni por qué le había asignado los cuidados de su sobrina enferma. No terminaba de creerse que Lord Kent fuera tan permisivo como había dicho.

Ayer hubiera disfrutado con la expectativa de pasar unas horas a solas con Maggie en la campiña, lleno de ilusión, pero hoy no.

No después de comprobar que no había pensado ni una sola vez en él en todos esos días, gracias a su conversación, ahora sabía que no compartían su deseo de estar juntos, de formar parte en la vida del uno y el otro.

Eso era algo que solo él deseaba con todo su ser, pero también comprendió que nunca tomaría por esposa a alguien que le fuera indiferente si estaba a su lado o no.

Puede que antes deseara un matrimonio así, pero ya no, y menos con la señorita Spencer, no podría soportar ver su indiferencia hacia él, día tras día, ni estaba dispuesto a ello.

Oyó que la puerta se abrió y se volvió para verla salir, enfundada en su traje de montar, verde como los campos cubiertos de brezo, sintió que su corazón se aceleraba al ver la sonrisa que le dedicó, era tan hermosa, pensó, sintiendo despertar su libido, que daría lo que fuera por verla sonreír así el resto de su vida.

—Supongo que no has encontrado una montura más tranquila que está en todo el establo —le dijo medio en broma, al ver la yegua plateada que la esperaba.

—Yo solo cumplo con los deseos de mi tía —la respondió enfadado porque pusiera en duda su elección, esa mujer era tan salvaje como su propio caballo, nunca aceptaría que la guiara, aunque fuera por su propio bien y ese era uno de los muchos motivos por lo que tanto la gustaba, tuvo que reconocer para sí mismo.

—Está bien, tranquilo, ni siquiera esperaba que me permitieran montar —le confesó — por lo que me conformo con cualquier caballo, por manso que sea.

—Uff —bufó acercándose a ella para ayudarla a montar, antes de subir a su propio caballo y emprender la marcha.

Maggie fue tras él, cabalgaron al paso durante unos minutos en silencio, aparentando disfrutar de los campos que los rodeaban, pero sin poderse librar de la sensación de que Dorset

estaba enfadado con ella por algún motivo que se escapaba de su comprensión.

—Por qué tengo la sensación de que estáis molesto conmigo —le expuso directamente, al no encontrar otra manera de decirle lo que la preocupaba.

—No tengo ni la menor idea, ya que no me habéis dado ningún motivo para tal cosa, por ahora os estáis comportando tal y como os pidió vuestra tía —la respondió negándose a sí mismo que estuviera enfadado, su único deseo era poner espacio entre ellos ahora que había decidido cesar en su empeño de convertirla en su esposa.

—Claro —dijo sin más no creyéndose ni una palabra, pero como todos los hombres se negaban a hablar de sus sentimientos con una mujer, tendría que idear otra manera para descubrir el motivo de esta actitud tan distante hacia ella.

Hicieron el resto del camino en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Podéis esperarme aquí, no tardaré —le pidió, Maggie, descendiendo del caballo sin ayuda y yendo hacia la entrada.

—Como deseéis.

Tal y como le había prometido, apenas habían pasado quince minutos, cuando la vio salir de nuevo de la posada y caminar hacia él.

—Parecéis muy feliz.

—El médico me ha confirmado que el hecho de montar a caballo no ha repercutido en mi salud y que puedo seguir haciéndolo, con mesura, al menos durante un par de semanas más —le explico contenta con el resultado.

—Acaso dudabais que no fuera así —quiso saber intrigado y preocupado al mismo tiempo.

—Pues he de reconocer que no estaba tan segura como le dije a la tía Donna.

Steven la miro furioso, le había mentido, ese inocente paseo a caballo podía haber dado al traste con su recuperación y haber provocado una recaída.

—Mentisteis.

—Era necesario, tengo que volver a hacer todo lo que, hacía antes, me niego a vivir como una inválida entre algodones —le explico tratando de que entendiera su punto de vista —tenía que intentarlo, por favor, no os enfadéis conmigo.

Maggie se lo quedo mirando en silencio, esperando su reacción, pero esta no se produjo, simplemente se montó en su caballo y emprendió la marcha de regreso.

—Os escoltaré de vuelta, seguro que vuestra familia está deseando oír las buenas nuevas.

Hombres, resoplo, enfadada, siempre tan orgullosos y tan esquivos. No solo no había conseguido hacer que se le pasara el enfado, sino que parecía estar más enfadado que antes, pensó, al ver su postura aún más rígida sobre el caballo.

Muy bien, si eso es lo que deseaba, pues nada, pensó, resignada a volver a viajar en ese tenso silencio que antes les había acompañado.

Steven no se lo podía creer, le había mentado, a él, y no solo eso, había puesto en riesgo su salud, utilizándole como cómplice solo para salirse con la suya.

Por el amor de Dios, esa mujer necesitaba que un hombre, con mano dura la explicara de una vez por todas sus limitaciones, no podía ir por la vida haciendo lo que la viniera en gana, utilizando a los demás sin ningún escrúpulo en su beneficio.

Pero ese hombre ya no sería él, se recordó para no caer en la tentación de regañarla por lo que había hecho, cuanto antes la devolviera a su familia y dejar el problema en manos de Lord Bradford, el cual parecía que se había tomado muy en serio su enfermedad y su recuperación, al menos eso le parecía mejor.

No veía el momento de librarse de ella de una vez por todas.

Capítulo 17

Maggie subió directamente a sus habitaciones para quitarse el traje de montar y ponerse algo más adecuado, antes de reunirse con los invitados, sin dejar de darle vueltas al extraño comportamiento de Steven.

Unos discretos golpes en la puerta la sacaron de sus reflexiones.

—Adelante.

—Buenos días, señorita Spencer, Lord Bradford solicita su presencia en la biblioteca lo antes posible.

—Gracias, me reuniré con él enseguida.

Vio como el lacayo se retiraba y cerraba la puerta, se miró por última vez al espejo, antes de salir al corredor para ir al encuentro de su tío.

—Por el amor de Dios, apenas acabo de llegar y ya has tenido que mandarme a buscar para pedirme el informe del médico —exclamo, entrando en la biblioteca malhumorada, sin percatarse de que su tío no estaba solo como era su costumbre, cuando la llamaba para hablar de su indisposición.

—Haz el favor de cerrar las puertas, querida —la pidió Donna, antes de que Bradford pudiera regañarla por su impertinencia.

Maggie se giró, avergonzada, para hacer lo que la había pedido, preguntándose que hacían, Dorset, Surrey y Durham allí.

Tomo una larga respiración para recomponerse, antes de volverse y caminar hacia su tío, que la observaba con el ceño fruncido, era más que evidente que estaba furioso con ella.

—Disculparme, aquí tenéis el informe.

—Siéntate y escucha —la ordeno, echándole un vistazo rápido antes de volverlo a doblar y guardarlo en el bolsillo de su chaqueta.

Maggie se volvió y fue junto a su tía, quien la hacía señas para que la acompañara en el diván donde se había sentado.

—Eso ha estado completamente fuera de lugar —la regaña en un susurro.

—Lo sé —se disculpó, compungida.

—Ya hablaremos más tarde.

—Sí, tía.

Maggie sabía que no solo su tía Donna tendría algo que decirle al respecto, miro a Dorset

con rabia, él tenía la culpa de lo que había ocurrido, si no hubiera estado tan absorta pensando en su extraña conducta hacia ella, nada de esto hubiera ocurrido, se dijo justificando así su mal humor, dichoso hombre, no tenía ningún derecho a meterse así en sus pensamientos.

—Si ya has terminado de crucificar a Dorset por los pecados que haya podido cometer, que estoy segura ha cometido, podrías prestarnos atención, querida prima —la reprendió, Clara, muy seria.

—Mis disculpas, contáis con toda mi atención —la aseguro, al comprobar que Clara también estaba enfadada con ella, por algún motivo que desconocía.

Estaba claro que todos en aquella habitación tenían algún motivo para estar disgustados con ella, salvo Durham, el cual parecía estar divirtiéndose de lo lindo con la situación.

—Bien, ahora que por fin estamos todos —carraspeo Bradford con la garganta seca —es un placer para mí, anunciaros que el Conde de Surrey ha pedido formalmente la mano de mi querida hija y ella le ha aceptado.

Durante unos segundos la sala se quedó en silencio, antes de que todos irrumpieran en aplausos y se dirigieran a la pareja para felicitarlos, tras lo cual regresaron a sus lugares.

—¿Y para cuándo tenéis pensado que tendrá lugar tan feliz acontecimiento? —quiso saber Durham nada sorprendido con la noticia.

A decir verdad, ninguno de ellos lo estaba.

—No antes de la próxima primavera, como muy pronto, una boda requiere de mucho trabajo para organizarla como Dios manda —anuncio Donna, haciendo una lista mental con todas las cosas que necesitarían hacer para el acontecimiento.

—En realidad, yo esperaba que pudiera ser antes —intervino, Surrey, con timidez, no estando muy seguro de como su recién estrenada novia se lo tomarías.

—Tonterías, mi sobrina no tendrá una boda apresurada, si no es estrictamente necesario —le contradijo, ignorando su petición por completo —Por qué no es necesario apresurarse, ¿verdad? —les pregunto, volviéndose de repente a mirarlos de frente.

—No, tía, no hay ninguna necesidad de ello —la contesto, Clara, al ver como Surrey se había sonrosado ante su insinuación —en realidad, yo había pensado ...

—Nada, las novias no piensan, solo hacen lo que las damas de más edad y con experiencia en estos asuntos las dicen, ellas solo disfrutan del cortejo que este periodo les ha otorgado.

—Entonces tendré que repasar mi plan inicial de casarme en Gretna Green, como tenía pensado desde el principio —anuncio desafiándola si no la escuchaba.

—Clara —gritaron a la vez Lord Bradford y Donna, escandalizados.

Maggie no pudo evitar echarse a reír ante la cómica situación, mientras que los tres caballeros los miraban como si se hubieran vuelto completamente locos de repente.

—Te recuerdo, jovencita, que fuiste llamada a Londres para evitar que esto mismo sucediera —la dijo, Donna, furiosa con ella de nuevo —y no has cumplido con tu cometido.

—Aún no ha llegado a Escocia, por lo que diría que sí que lo he hecho —la replico desafiándola.

—Pues de aquí en adelante y hasta la boda, tendrás que asegurarte de que no emprenda el viaje —la ordenó, Bradford, sin darle la oportunidad de replicarle.

—Y si dejamos que Surrey y Lady Clara nos digan que es lo que desean —intervino, Durham, tímidamente, tratando de imponer un poco de calma entre ellos —al fin y al cabo, es su boda, de lo que estamos hablando.

—Estoy totalmente de acuerdo, creo que al menos deberíamos darles la oportunidad de decir que es lo que desean antes de ponernos a decidir por ellos —dijo Dorset apoyando a Durham en su idea.

—Está bien —claudico, Donna, regresando a su lugar junto a Maggie —os escuchamos.

Surrey trago saliva visiblemente, nervioso, paseando su mirada entre los presentes que le miraban expectantes, sin saber muy bien que decir.

—Tras los recientes días de incertidumbre al no poder ver a Clara y saber si se encontraba bien o no —comenzó, decidiendo ser sincero con sus pretensiones —yo desearía una boda que no se demorara mucho en el tiempo, no deseo volver a pasar por ello de nuevo —declaro abriéndoles su corazón, no solo a Clara a quien había tomado sus manos entre las suyas, con devoción, demostrándole su amor, con la mirada fija en sus ojos.

—Lo cual es totalmente comprensible —aseguro Bradford, poniéndose en su situación, si él hubiera tenido que pasar por algo así con su querida esposa —han sido días muy difíciles para todos, temiendo por la vida de nuestra querida Maggie —les confesó —. Una experiencia que ninguno de nosotros desea repetir y que estamos dispuestos a hacer los cambios que sean necesarios para que no vuelva a suceder.

Maggie sintió la mirada de su tío clavada en ella, un escalofrío la recorrió de arriba abajo, al comprender que había mucho más en sus palabras de lo que había dicho.

Por un momento se llegó a preguntar si el doctor Ulford había compartido con su tío su teoría, pero eso era imposible, solo era una conjetura que no se podía demostrar, según le había oído decir en su habitación, o al menos eso pensaba. Estaría equivocada y había entendido mal al médico mientras se lavaba las manos tras explorarla, se preguntó confundida.

No, seguro que no era así, sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente y concentrarse en lo que estaban hablando en ese momento.

—La verdad es que, siendo mi esposo, podría haber estado a mi lado en esos momentos tan duros, lo cual hubiera sido un verdadero consuelo.

—Siento, haberos hecho pasar por algo así, de verdad que lo siento.

—Tonterías, tú no tienes la culpa de nada de lo que ha pasado —la aseguro, Donna, colocando su mano sobre su rodilla con cariño.

Steven se fijó en la dura mirada que Bradford le dirigió a su sobrina, por algún motivo daba la impresión de que él no estaba de acuerdo con su inocencia.

Qué narices había pasado en realidad, se preguntó preocupado.

Bradford debería haber hablado con él, ya que le había confiado sus intenciones de convertirla en su Marquesa, pero no lo había hecho, pensó, sintiendo como le empezaba a hervir la sangre de rabia.

Tomo una respiración profunda tratando de dominarla, al fin y al cabo, ya había decidido no hacer tal cosa, se recordó a sí mismo, volviendo a concentrarse en la conversación.

—Y exactamente que es lo que tenías pensado —pregunto Maggie a Clara, conociéndola como la conocía, estaba segura de que a esas alturas ya lo tenía todo planeado.

—Anunciar nuestro compromiso esta misma noche tras la cena.

—No veo ningún inconveniente en ello —dijo Donna, volviéndose hacia Bradford pidiéndole su opinión en silencio.

—Yo tampoco, si es lo que deseáis, haré el anuncio oficial esta misma noche.

—Yo me encargaré de que tengan preparado el champán para poder brindar por la feliz pareja —se ofreció Durham, al ver que todos estaban de acuerdo.

—Bien, pero eso no nos aclara que habéis decidido hacer con la boda —insistió, Steven, retomando así el tema que les ocupaba.

—En realidad yo no he decidido nada —se quejó Surrey.

—Por supuesto que no, yo me ocuparé de que vuestros deseos se cumplan, dejármelo a mí —le respondió, Clara, con voz melosa.

Maggie sonrió al oírla, pobre Surrey, no sabía en que se había metido al tomar a su prima por esposa, pero no tardaría en descubrirlo, así que era mejor que se celebrara cuanto antes las nupcias, para no darle tiempo a salir corriendo, pensó, compartiendo una mirada con su tío, quien parecía de la misma opinión.

—Yo, con tal de que la espera sea lo más corta posible, me satisface, lo demás lo dejo en vuestras manos, querida.

—Las cuales no son las más adecuadas —replicó, Donna, temerosa de lo que su sobrina pudiera llegar a hacer —, una joven dama carece de la experiencia necesaria para organizar tal evento.

—Por eso contamos con vuestros sabios consejos, para que todo sea perfecto —se atrevió a decir Maggie, calmándola.

—Hija mía, serías tan amable de decirnos, a estos pobres mortales, de una vez cuáles son tus planes para que todos nos podamos escandalizar y dar por terminada esta reunión —la pidió Bradford, exasperado —. Necesito una copa —anuncio levantándose —y os aconsejo que todos toméis una antes de que nos lo cuente.

—Padre ...

—Hagamos un receso mientras nos traen las bebidas —propuso Durham, conciliador, viendo al lacayo entrar.

Todos hicieron su pedido y se pusieron a charlar de como el tiempo les había acompañado durante esos tres días que llevaban en Richmond, permitiéndoles celebrar las actividades en el exterior que tenían planeadas, si todo seguía así, mañana, por fin, disfrutarían de una gran cacería.

—Y bien, no nos hagas seguir esperando —la increpo, Maggie, una vez el lacayo se había retirado de nuevo, al ver que se dedicaba a saborear su oporto, sin otra intención.

—Ohh, está bien, solo quería crear un poco de suspense en el ambiente.

—¿Más? —exclamó, Bradford, tratando de armarse de paciencia —algunos nos hemos acabado ya la primera copa y vamos a por la segunda, para calmar los nervios.

—Por favor, que público tan poco colaborador —se quejó —este es un momento muy importante para una dama —les recordó —espero que os comportéis mucho mejor en el gran día o me sentiré muy decepcionada.

—Lo prometemos —se comprometió Dorset en nombre de todos —, pero por el amor de Dios, prima, suéltalo de una vez o acabaremos todos borrachos antes del almuerzo, lo cual está muy mal visto, te recuerdo, y estoy seguro de que no deseas ponernos en evidencia de esa manera.

—Ohh, sois de lo más desesperante, querido primo, aunque no sois mi primo en realidad, lo cual habéis dejado bien patente en estos momentos.

Dorset se bebió de un trago la copa que sostenía en su mano y se sirvió otra, negándose a responderla y entrar así en su juego.

—Y a mí, querida, podrías iluminarme con vuestra grandiosa sabiduría, sobre nuestro futuro —la pregunto —tener en cuenta que si el novio apareciera ebrio tras el compromiso, podría dar lugar a habladurías de que se ha visto obligado a solicitar vuestra mano y no es feliz al respecto, por lo que tiene que recurrir a la bebida para sobrellevarlo. Algo que sin lugar a dudas no queremos.

—Por supuesto que no, todo el mundo debe ver lo enamorados que estamos y los felices que nos sentimos por nuestras próximas nupcias.

—Las cuales se celebrarán ... —intervino Durham invitándola a continuar.

—Pues yo había pensado ...

—Decidido.

—Padre ...

—Por el amor de Dios —exclamó, Donna, resignada a cumplir los designios de su sobrina, fueran cuales fueran.

—Si nuestros anfitriones están de acuerdo, el sábado por la tarde, sería un buen momento para celebrar la ceremonia, en la capilla de la finca, los festejos durante la cena, culminándolos con el baile de fin de fiesta anunciado para esa noche, antes de que los invitados regresen a sus residencias el domingo por la mañana —les expuso, observando detenidamente sus reacciones, que iban desde la sorpresa al más puro horror, se volvió hacia Surrey complacida.

—Por mí está bien, querida, es justo lo que deseaba —la respondió, dando así su conformidad con sus planes.

—Además, tenemos que tener en cuenta que casi todos nuestros invitados ya están aquí y los demás se encuentran en Londres, por lo que no habría ningún problema en cuanto a su asistencia.

Todos en la sala guardaron silencio, en realidad no tenían claro que decir ni si tenían derecho a dar su opinión.

—Pues ya está, lo primero es pedir permiso a nuestros anfitriones —dijo Bradford —de lo cual nos ocuparemos Donna y yo, a partir de ahí, serán las damas quienes se ocupen de todo,

aunque por supuesto estaremos a su disposición para cualquier cosa en que puedan necesitarnos —declaro Bradford, dando por terminada la reunión —iré a buscar a Lord Trenton.

—Y yo a Lady Trenton para preguntarla si tiene un minuto para atendernos —declaro Donna, saliendo de la biblioteca tras su cuñado.

—Nosotras tenemos que hablar del vestido que luciré durante la ceremonia y los festejos —declaro, Clara, tomando a Maggie por el brazo.

—Deberíamos preparar una gran despedida de soltero, para nuestro pobre amigo Surrey, a quien han conseguido ponerle los grilletes —propuso Durham, una vez los dejaron solos.

—Yo de momento me tomaré otra copa —declaro Dorset, sus intenciones.

—Te acompaño —dijo Surrey uniéndose a él para servirse —que tal, si lo dejamos para más tarde, aún quedan tres días para la boda, y nos relajamos un poco conversando sobre cualquier otra cosa que no tenga que ver con ella —les sugirió Surrey.

—Por mí, estupendo —dijo Durham, saboreando su licor.

Los tres se sentaron en silencio alrededor de la mesita, dispuestos a relajarse a cualquier precio.

Después de la mañanita que llevaba, se lo había ganado, pensó Dorset, dispuesto a dejar la mente en blanco durante un rato.

Capítulo 18

La presentación oficial del compromiso la noche anterior, había sido todo un éxito, las matronas estaban encantadas de poder ayudar a preparar la boda en tan solo tres días.

Y los caballeros de verse libres de tener que entretener a las damas y poderse dedicar a otras cosas más de su gusto, como la cacería que tenían preparada para esa mañana, pensaba, Maggie, mientras descendía por las escaleras hacia el comedor, en busca de su desayuno, a pesar de lo pronto que era.

Aunque cualquiera lo diría con el alboroto que podía oírse a su alrededor, era como si toda la casa hubiera decidido despertar temprano esa mañana.

Por lo que no se sorprendió al ver la mesa del desayuno más concurrida de lo normal, busco con la mirada a su tía Donna y se dirigió hacia la silla vacía que se encontraba a su derecha.

—Buenos días, tía —la saludo tomando asiento.

—Buenos días, querida.

—¿Clara aún no ha bajado? —la pregunto, extrañada de no verla a la mesa.

—Ha subido a su cuarto a terminar de prepararse.

—Ya decía yo, que era imposible que aún estuviera dormida un día como hoy.

—Esta histérica —le confesó —, va a ser un verdadero calvario mantenerla encerrada en el carruaje hasta que lleguemos a Londres.

—Menos mal que es un trayecto corto.

—Gracias a Dios por ello, será mejor que te des prisa, porque no tardará en bajar y querer partir de inmediato —la aconsejo al verla tan tranquila.

Maggie la miro por un instante, antes de servirse una taza de café y algunas tartaletas en su plato, esa mañana la apetecía más el dulce que los acostumbrados arenques que solía desayunar.

—Surrey, aún no ha regresado —pregunto, Clara, irrumpiendo de nuevo en el comedor, seguida de su padre.

—Tranquilízate, ha ido a preparar el carruaje, no creo que tarde en volver —la aconsejó, Bradford.

—Hay muchas cosas por hacer —se quejó por la espera —si no partimos enseguida no tendremos tiempo.

Maggie levantó la mirada hacia ella, con la intención de recordarla que todas esas prisas

eran por su culpa, al querer organizar una boda tan precipitada, pero decidió guardar silencio y regreso a sus viandas, su tía le había dado un buen consejo, más vale que se apresurara o se quedaría en ayunas hasta sepa Dios cuando.

—Recuerda que el doctor Ulford te espera a las cuatro en su consulta para reconocerte —la recordó Bradford su cita —intenta no llegar tarde.

—No lo haré, tío.

—Bien.

Justo en ese momento llego Surrey para anunciar que todo estaba preparado para partir.

Maggie apuró de un sorbo su taza de café, antes de levantarse y seguir a los demás al exterior.

Bradford se quedó en la escalinata de la entrada, mientras veía como su querida hija los apresuraba a todos, con cariño, a que subieran al carruaje.

El cual se puso en marcha sin demora, por temor a hacer enfadar a milady, pensó, antes de volverse al interior de la casa con una gran sonrisa de satisfacción, dispuesto a disfrutar de una buena taza de café, mientras leía el periódico.

Y con suerte de alguna tertulia interesante con algún otro de los invitados, mientras que esperaban a que los más jóvenes volvieran de la cacería y se unieran a ellos.

Ese día prometía ser el mejor de toda su estancia, hasta ahora, y no estaba dispuesto a desperdiciarlo.

Una vez que el carruaje estuvo en marcha, Clara, rebusco en su bolso y saco un pequeño cuaderno.

—Tenemos mil cosas por hacer, así que he preparado una pequeña lista para no olvidarnos de nada —les informo abriéndolo —lo primero la modista, el traje de novia debe ser simple, pero a la vez espectacular y tiene que ser confeccionado en un tiempo récord.

—Ya tienes pensado como te gustaría que fuera —la pregunto, Maggie, ya conociendo la respuesta.

—He dibujado un pequeño boceto de lo que deseo —la corroboró —aunque está abierto a pequeñas modificaciones, por supuesto —les informo —cierra los ojos, querido, para que pueda mostrárselo y puedan darme su opinión.

Surrey no se molestó ni en protestar, cerrando los ojos, obediente, iba a ser un viaje muy largo, pensó, debería haber viajado a caballo, junto al carruaje, tal y como le aconsejo Durham, esta mañana.

Pero, por el contrario, había preferido poder disfrutar de la compañía de su amada, una mala decisión, según podía comprobar mientras avanzaban, ya que sería excluido de la conversación constantemente.

Los hombres no tenían voz ni voto en la organización de una boda, aunque esa fuera la suya propia, pensó, encogiéndose de hombros, dispuesto a tratar de dormir el resto del viaje.

Si no fuera por todo el papeleo que requería una boda en tan poco tiempo, no estaría en ese carruaje con destino a Londres, encerrado con su futura esposa y las damas de su familia.

Eso iba a ser una tortura, no tenía ninguna duda de ello.

Llegaron a la ciudad, envueltos, en una fina llovizna, solo esperaban que las carreteras no se anegaran y pudieran volver a Richmond esa misma tarde, para continuar con los preparativos.

El carruaje los dejó en casa de Madame Julieth, la modista preferida de las cortesanas, algo que no le pareció nada bien a la tía Donna, quien insistía en que no era apropiado encargar el vestido de novia en semejante establecimiento.

—Gracias a Dios, dejamos a Surrey en su residencia antes de venir aquí —se quejó Donna, escandalizada.

—Por qué, le encantara el gesto en honor al lugar donde nos conocimos más a fondo.

—Siempre y cuando no sea muy escandaloso —comento, Maggie, no muy segura de su elección.

—Parecerá una cortesana.

—Todas lo pareceremos, ya que vosotras también deberéis encargar un vestido nuevo —anuncio caminando hacia la puerta.

—Ni lo sueñes, jovencita, no pienso lucir uno de esos vestidos, ni siquiera por ti, Clara.

—Vamos, tía, darla una oportunidad y si no os convence, no estaréis obligada a llevarlo —dijo, Maggie, intentando apaciguar sus escrúpulos.

—Además, tenéis que tener en cuenta que Madame Julieth, tendrá mayor disponibilidad para confeccionarlos a tiempo, que otras modistas más en boga, ya que no tiene tantas clientas.

—En eso tengo que darte la razón, aunque es del todo normal, nadie quiere llevar sus vestidos, salvo las cortesanas —insistió Donna, en lo inapropiado que era.

—Tonterías.

—Buenos días, milady —la saludo, Madame Julieth, apareciendo de repente desde detrás de las cortinas donde se encontraba su taller.

—Buenos días, madame —la respondió, Clara, tras lo cual paso a explicarla lo que necesitaban y si podría tenerlo a tiempo.

Madame Julieth la escuchaba con atención, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, no se lo podía creer, pero desde que llevaba trabajando en la ciudad había aprendido que sus clientas podían ser de lo más caprichosas, incluso rayando con lo escandaloso e indecoroso, pero sin traspasarlo, por muy estrafalario que fuera el vestido que deseaban que les confeccionase.

Miro una vez más a la joven dama que la hablaba, antes de volverse hacia la de más edad que la acompañaba.

—¿Usted está de acuerdo con esto? —la pregunto preocupada de no contar con su aprobación.

—No, pero parece que no hay más remedio, se niega a considerar cualquier otra opción —la respondió, con sinceridad —usted haga lo que pueda.

—Está bien, acepto el encargo, denme un momento para ir a buscar a algunas de mis ayudantes y nos pondremos manos a la obra, que el tiempo es oro.

—Bueno, al menos no se ha negado —comento, Maggie, dejándose caer sobre uno de los

sillones dispersos por la estancia.

Poco después regreso con tres ayudantes y se pusieron manos a la obra.

Maggie fue la primera a la que tomaron nota, ya que debía llegar a tiempo a su cita con el doctor Ulford, por lo que era quien más prisa tenía.

Una hora antes de su cita las tres salían de la tienda, satisfechas con sus gestiones, al final puede que no hubiera sido una idea tan descabellada recurrir a Madame Julieth, pensó, Donna, rememorando el diseño que había escogido.

Si era un poco más atrevido que los que lucía normalmente y de un color mucho más llamativo, pero estaba muy lejos de resultar escandaloso, hasta para el más puritano de sus pares.

Acordaron que Madame Julieth y sus ayudantes llegarían el sábado a primera hora de la mañana a Richmond, para dar los últimos retoques a sus vestidos antes de la boda.

—Aún tenemos tiempo de comer algo antes de que te tengas que ir a tu encuentro con el doctor Ulford —dijo, Donna, señalando una pastelería cercana donde podrían degustar alguna de sus tartas, mientras tomaban una buena taza de té.

—Gran idea, tía, me muero de hambre —estuvo de acuerdo, Maggie, con la iniciativa, encaminándose hacia allí.

—Sí, será mejor que comamos algo, aún nos quedan muchas cosas por hacer.

Donna y Maggie se volvieron hacia ella, intrigadas, sin saber muy bien a lo que se refería.

A la hora indicada, el carruaje regreso a recoger a Maggie, mientras que Donna y Clara regresaban a la acera, dispuestas a seguir visitando tiendas hasta que regresara de nuevo a recogerlas para volver a Richmond.

El doctor Ulford le había dado el alta definitiva, según él, estaba totalmente recuperada y podía regresar a todas sus actividades cotidianas, sin ninguna restricción, recordó, Maggie, sonriendo, tumbada por fin en la cama, dispuesta para dormirse.

Incuso su tío la había dado la enhorabuena por tan maravillosas noticias, cuando leyó el informe que el médico la había dado para él.

Ahora solo esperaba que todos se tranquilizaran y dejaran de tratarla como a una inválida.

Se giró sobre un costado, tratando de encontrar la postura, sin conseguirlo, no la estaba siendo fácil conciliar el sueño a pesar del cansancio que tenía.

Aunque era ya más de medianoche, Maggie, decidió bajar al jardín en busca del parterre de las rosas que podía oler desde las ventanas de su habitación, pero que aún no había visitado.

Estaba harta de dar vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, cansada de contemplar el intrincado bordado del dosel que lo adornaba.

Había tratado de distraerse con un buen libro, como la novela que Clara le había prestado, un regalo de Surrey durante su encierro, pero nada, incluso con su bordado, algo que solía relajarla, cuando ninguna otra cosa lo conseguía, pero tampoco.

El día había sido largo y complicado, pensó, mientras bajaba por las escaleras de servicio

hacia la puerta posterior que habían utilizado a su llegada, esperaba no encontrarse con nadie, aunque aún llegaban hasta ella las voces apagadas de algunos de los invitados.

Salió al exterior sin ningún contratiempo y tomo una gran bocanada de aire fresco para llenar sus pulmones, no tenía muy claro hacia donde debía dirigirse, pero se guiaría por el aroma que llegaba hasta ella.

Tomo el sendero de la derecha que se adentraba en los jardines, alejándose de la casa, la luna llena iluminaba débilmente el camino ante ella, permitiéndola avanzar.

Al fin pudo ver la silueta indiscutible de un arco cubierto de rosas, frente a ella y acelero el paso.

—No deberías estar aquí fuera a estas horas.

Maggie consiguió ahogar un grito en el último momento, sobresaltada, y se volvió hacia él, buscándolo en la oscuridad, con la mirada, hasta que lo encontró sentado en un banco junto al arco hacia el que se dirigía a un lado del sendero.

—Me has asustado —se quejó.

Dorset la observo avanzar hacia él. Envuelta en su bata de noche, con su pelo castaño claro, cayéndole en cascada hasta la cintura, trago saliva al contemplar al ángel que se le acercaba, porque eso es lo que era para él.

Un ángel, maldita sea su suerte, pensó, sintiendo despertar su libido ante tan bella estampa.

Esa mujer no dejaría de torturarlo por más que lo intentara.

—Te lo mereces —la respondió con la voz ronca por la pasión que lo atenazaba —una dama joven y hermosa no debe pasear sola por los jardines y mucho menos en ropa de cama —la regaño sin poder reprimirse —son ganas de buscarse problemas.

—No esperaba encontrar a nadie aquí a estas horas —le replico negándose a admitir su error.

—Maldita sea, la casa está llena de invitados, ¿en que pensabas? —la pregunto enfadado.

—En las rosas —le confesó, sentándose a su lado —solo buscaba un poco de la paz que siempre me envuelve cuando me encuentro rodeada de ellas.

—Ha sido un día difícil —la dijo rebajando el tono, compadeciéndose de ella —ven aquí —la invito extendiendo un brazo hacia ella.

Maggie se acercó más y apoyo la cabeza sobre su hombro, dejando que la rodease por los hombros y la acercara aún más a él.

—Solo quería un poco de paz.

—¿Y la has encontrado?

—Ahora, sí —le respondió, enigmática.

Ambos se quedaron en silencio, disfrutando de su mutua compañía.

Al final, Maggie, levanto la cabeza para mirarlo a los ojos, con la intención de preguntarle por el porqué de su actitud hacia ella.

Pero sus hermosos labios se cruzaron en su mirada y no pudo evitar acercarse para

acariciarlos con los suyos, atrapándolos en un cálido beso, que despertó las sensaciones dormidas, en su interior, y que ya habían compartido.

Dorset ni siquiera intento refrenarse ante lo inevitable y asalto su boca, sediento de todas las sensaciones que esa mujer, única, le proporcionaba.

Con manos temblorosas la desato el cinturón de la bata, buscando desesperado acariciar la plenitud de su pecho, a través de la fina tela de su inmaculado camisón blanco.

Maggie le dejó hacer, dominada por la pasión que desprendían sus manos sobre su cuerpo.

Suspiro, complacida cuando una suave ráfaga de viento acaricio su piel enfebrecida allí donde él la iba dejando al descubierto.

—Te deseo —susurro, Steven, bajando por su cuello, hasta atrapar el erecto pezón entre sus labios y succionarlo.

—Tómame —le suplico ahogándose en el placer que la proporcionaba.

—Alguna vez tendremos que hacer esto en la privacidad de nuestros aposentos, sobre una cama y sin estar borrachos —la pidió, con voz ronca —para poder disfrutar durante horas de todas las cosas que podemos hacer juntos.

Maggie sintió un escalofrío de placer al escucharle, humedeciéndose aún más, allí donde le necesitaba.

Steven se incorporó y la quito la bata para entenderla sobre la suave hierba, antes de recostarla sobre ella.

La contemplo por un instante allí tumbada con el pelo extendido sobre la hierba, sus labios hinchados por sus besos, gemían desesperados por unirse a él.

Se tumbó a su lado y la beso con pasión, mientras su mano se deslizaba por su pierna hasta su centro.

Maggie se retorció bajo sus caricias y se abrió un poco más a él, reclamando su tacto en una caricia más profunda que la elevara un poquito más cerca del cielo, donde, estaba segura, que él la llevaría.

Steven sentía que estaba perdiendo el control ante su reclamo, aquella mujer conseguía llevarlo a un límite, donde ninguna otra lo transportaba, saber que era capaz de proporcionarle ese placer, lo hacía sentir humilde a la vez que orgulloso de conseguirlo.

Era puro fuego en el que se quemaría una y otra vez sin dudarlo.

Se retiró un poco para poder colocarse entre sus piernas que lo apresaron sin pudor, invitándole a unirse a ella.

Maggie sintió la cabeza de su miembro apoyada sobre su entrada, tomo aire, deseosa de recibirle.

Steven tomo aliento y se introdujo en su interior de una sola embestida.

Maggie gritó de dolor al sentir su invasión, rígida como si la hubiera partido en dos.

—No, no, no —le suplico, entre sollozos, que se retirara —por favor, no.

—Que demonios —exclamo Dorset, saliendo de ella, asustado por sus gritos.

Salto hacia atrás, dejándola libre, no entendía nada, parecía que todo iba bien y de repente.

Vio como se ponía de lado, sujetándose la cintura con fuerza, mientras flexionaba las piernas hacia su pecho, era evidente el dolor tan inhumano que sentía.

—Maggie, Maggie —la suplico, tratando de llamar su atención, desesperado —Maggie, por el amor de Dios, qué te ocurre.

—Sangre, hay sangre —consiguió, preguntarle en un susurro.

—¿Sangre?

Maggie tomó varias respiraciones profundas, el dolor estaba cesando poco a poco y aunque aún era insoportable, al menos la permitía hablar.

—Entre mis piernas, por favor dime si hay sangre —le suplico.

Steven la miro confundido, dudando de su buen juicio en ese momento, pero aun así se inclinó para mirar más detenidamente.

—No, que yo vea.

—Gracias a Dios, gracias a Dios —le contesto sintiéndose cada vez mejor —dame solo unos minutos para recuperarme, por favor.

Steven se sentó a su lado y colocó su mano sobre su hombro, para hacerla saber que estaba allí para ella.

Se sentía el hombre más inútil del mundo, allí parado, viendo como se retorció de dolor, sin poder hacer nada por ayudarla.

Poco a poco vio como se relajaba, vio como estiraba las piernas con cuidado.

—¿Estás mejor?

—Sí, ya casi ha desaparecido —le respondió, incorporándose hasta quedar sentada a su lado.

—Vas a decirme que ha pasado.

—No lo sé —le respondió con sinceridad, sintiendo como la miraba enfadado por su respuesta —de verdad que no lo sé, te lo juro.

Steven siguió mirándola con suspicacia, tenía la sensación de que no le estaba contando toda la historia y eso le molestaba.

—Siento lo ocurrido, perdóname, no te hubiera permitido llegar tan lejos de haberlo sabido —le dijo, acariciándole la mejilla con cariño.

Steven se recostó sobre su tacto, atesorando su recuerdo en su mente.

—Será mejor que regreses a tu habitación, alguien podría haber oído tus gritos y venir a ver que sucede.

Maggie se estremeció ante la perspectiva de que eso sucediera, se levantó con cuidado, vio como Steven recogía su bata del suelo y la ayudaba a ponérsela.

—Puedes acompañarme, por favor, tengo miedo de desmayarme de nuevo como la otra vez —le pidió, temerosa de que se negara ayudarla después de lo sucedido.

—¿La otra vez? —quiso saber, poniéndose rígido al escucharla, de qué demonios estaba hablando, se preguntó, confundido.

—Suelo sufrir fuertes dolores en esos días —le dijo, sonrojándose, claudicando ante se suplica.

Maggie tomó su brazo y dio unos pasos tentativos, el dolor no había desaparecido del todo, pero no la impedía caminar, algo que agradeció en silencio, sería muy incómodo si tuviera que quedarse allí hasta la llegada del médico, al igual que darle las explicaciones a Steven que le pedía, aunque necesarias para que comprendiera lo que estaba pasando.

La situación ya era bastante mala entre ellos, como para negarse a hacerlo, tomo una respiración profunda y comenzó a contarle lo ocurrido aquella mañana hacía tan solo poco más de una semana.

Ahora que lo sabía podía entender el secretismo que todos guardaban alrededor de ella, pensó Steven, ese no era un tema agradable de tratar con extraños.

Maggie guardó silencio cuando faltaban pocos escalones para alcanzar el corredor donde se encontraban las habitaciones de su familia y la suya.

Era de vital importancia que ellos no supieran nada de lo ocurrido, no porque quisiera ocultárselo, sino que no sabía como decírselo, además de morir de vergüenza en el intento.

—Mañana, tras el desayuno, me acercaré a la posada para ver al médico —le susurro — seguro que no ha sido nada, pero prefiero asegurarme.

—Te acompañaré.

Maggie se volvió hacia él dispuesta a negarse, pero, en cambio, dijo.

—Está bien.

Se soltó de su brazo y subió los últimos peldaños con cuidado.

—Maggie ...

—Estoy bien, de verdad, ya solo siento una pequeña molestia —dijo sabiendo perfectamente que quería preguntarla —te veré por la mañana.

Steven cabeceo su acuerdo resignado a dejarla ir, cuando todo su ser gritaba por permanecer a su lado, pero sabiendo que eso era del todo imposible, sin comprometer a la dama, más de lo que ya había hecho, se recordó a sí mismo, y arruinar su reputación.

La mañana llegaría pronto, dada la hora que era y volvería a estar con ella, pensó, consolándose a sí mismo.

Espero a oír como entraba en su habitación y cerraba la puerta con llave, estaba a salvo, antes de girar sobre sus talones y regresas sobre sus pasos, dispuesto a retirarse a sus propios aposentos con el fin de descansar, el resto de la noche.

Porque no estaba muy seguro de que pudiera conciliar el sueño, después de lo que había pasado.

Capítulo 19

Maggie salió al exterior para reunirse con Dorset, tal y como habían quedado la noche anterior, tras un apresurado desayuno.

Había pensado en bajar antes, pero al final el cansancio la venció y se le había hecho más tarde de lo que esperaba.

Con un poco de suerte, nadie notaría su ausencia, ya que todos estaban muy atareados con los preparativos de la boda, o al menos eso esperaba.

Vio a Steven junto a la escalinata de entrada con los caballos ensillados, esperándola.

Se incorporó y fue a su encuentro al verla, la verdad que con cada minuto que pasaba se sentía más preocupado por su salud, más de una vez había estado tentado de subir el mismo a buscarla y ver como estaba.

—Ya era hora —la regañó, aliviado al verla con tan buen color de cara.

—Lo siento, no era mi intención hacerte esperar —se disculpó, por la tardanza.

—He mandado al carruaje de nuevo a los establos —la explico así su ausencia en la entrada —puedo mandarlo a buscar si lo deseas.

—No, estoy bien, prefiero montar —le dijo para tranquilizarle —el dolor ha desaparecido por completo y no hay sangrado —le susurro, poniéndose colorada, para que nadie le oyera.

—Gracias a Dios.

—Solo deseo ir a la posada por precaución, no quiero arriesgarme a que regrese de nuevo —le confesó —y a por respuestas de por qué ha sucedido esto y si va a ser siempre así.

—Seguro que no —la dijo ayudándola a montar —, pero yo también quisiera saber por qué has sentido tanto dolor.

Maggie le vio montar y juntos emprendieron la marcha hacia el pueblo.

—Ojalá pudiera subir contigo para hablar con el médico yo mismo, tengo tantas preguntas que me gustaría hacerle.

—Sabes que eso es imposible —le dijo con tristeza —ni a mi tío le han permitido permanecer mientras me reconocían.

—Pero él podía hablar con el médico después con total libertad para despejar sus dudas —se quejó, resignado a no ver cumplido su deseo.

—Sí, pero no es lo mismo.

Tras lo cual, ambos cayeron en un cómodo silencio hasta entrar en el patio de la posada.

—No puedes acompañarme —le recordó, Maggie, bajándose del caballo.

—Te esperaré aquí —la dijo, reclinándose sobre el cercado, al tiempo que sacaba la pitillera del bolsillo interior de la chaqueta.

—No tardaré, te lo prometo.

—Haz lo que tengas que hacer.

Maggie cabeceó su acuerdo y se volvió hacia la puerta de la posada, decidida.

No había terminado de dar la última calada a su cigarro, cuando la vio salir de nuevo, algo no estaba bien, no podía ser que hubiera tardado tan poco en hablar con el médico.

Tiro su cigarrillo al suelo y lo apago con el tacón de la bota, antes de dirigirse a su encuentro.

—Se han marchado, mi tío los ha enviado de vuelta a Londres tras recibir el informe del doctor Ulford dándome el alta definitiva —le informo de lo que la había dicho el posadero, decepcionada, unos minutos antes —debí, haberlo imaginado —se regañó a sí misma —hemos venido hasta aquí para nada —se lamentó.

—¿Y ahora qué?

—Pues tendré que esperar a que regresemos a la ciudad para poder ir a la consulta del doctor Ulford y preguntarle.

—Eso es demasiado tiempo, debe de haber algún otro médico por los alrededores —dijo, Dorset, decidido a que un médico la examinara, costara lo que costara.

—Seguro que sí, pero no es mi médico —dijo, negándose siquiera a considerarlo.

—Maggie, necesitas que alguien te vea, no podemos arriesgarnos a una recaída, me niego a que eso suceda.

—Y yo me niego a contarle a un completo desconocido mi problema de salud, y sin ni siquiera saber si es lo suficientemente competente como para confiar en su buen juicio.

—En eso tienes razón —estuvo de acuerdo con ella, masajeándose el pelo, desesperado, necesitaban un médico —puedo entrar ahí y hace algunas preguntas discretas sobre su reputación.

—No, estoy bien, de verdad —le repitió para tranquilizarle —. Si tuviera la más mínima molestia o dolor, me arriesgaría, pero no es así, puedo esperar unos días a que me vea el doctor Ulford.

Dorset iba a protestar de nuevo, cuando vio a Lord Kent y Durham cruzar el arco de entrada al patio de la posada, por lo que decidió guardar silencio.

—Maggie, creía que estabas recluida con el resto de las damas —la saludo, Justin, bajándose del caballo.

—Que es justo donde debería estar, pero a nadie se le ha ocurrido informarme que ya no era necesario visitar al doctor cada mañana —improvisó, Maggie, una excusa, sorprendida de verle.

—Mi tía Donna me pidió que la escoltara hasta aquí cada mañana para vigilar que no hiciera ninguna locura, como galopar campo a través, al negarse a tomar el carruaje —les

informo, Dorset, justificando así su presencia ante la mirada inquisitiva de Durham sobre él.

—Algo de lo que es más que capaz esta señorita.

—Justin —exclamo escandalizada por sus insinuaciones.

—Galopar campo a través es una de las cosas que más te gusta hacer, ninguna recomendación de ningún médico va a impedir que lo hagas —se defendió.

—Pues para tu información he seguido todas las recomendaciones y aún no he podido disfrutar del placer del que me acusas —le dijo, enfadada, montando su montura —que tengan ustedes un buen día —se despidió iniciando la marcha de nuevo hacia la residencia de los Condes de Trenton.

—Uff —resoplo, Justin, entre dientes —pues sí que ha sido seria la cosa, mucho más de lo que yo creía.

Dorset lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada, se volvió hacia su caballo y montó.

—Debo escoltarla de vuelta.

Les dijo sin más a modo de despedida, saliendo tras ella, le costó un poco alcanzarla, iba tan enfada que había puesto al caballo al trote, sin darse cuenta de lo que hacía.

—Baja el ritmo, por favor —la pidió, situándose a su lado.

Maggie se volvió a mirarlo enfada, pero lo pensó mejor y refrenó su caballo.

—Gracias.

Hicieron el resto del viaje en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Estoy bien, no hay nada de que preocuparse —le aseguro a modo de despedida, antes de entrar en el vestíbulo, dispuesta a reunirse con las demás, en cuanto se cambiara de ropa.

Steven no dijo nada, sabía que sería inútil intentar convencerla para que la viera otro médico, por lo que lo único que podía hacer por el momento, era vigilarla de cerca y asegurarse de que su supuesta mejoría continuara.

Si notaba cualquier signo de dolor o molestia, por leve que fuera, él mismo la arrastraría hasta el médico más cercano que encontrara, quisiera ella o no, se prometió a sí mismo, caminando hacia los establos para devolver los caballos.

Maggie se dejó caer sobre la puerta cerrada de su cuarto, con un gran suspiro, estaba agotada, aunque no sabía como, lo habían conseguido, todo estaba listo para el día siguiente, a las cuatro de la tarde, cuando los novios unieran, por fin, sus vidas en santo matrimonio.

Había sido agotador, tenía que reconocerlo, pero estaba orgullosa de lo que habían logrado entre todas.

Hasta la tía Donna, estaba satisfecha con el resultado, su querida sobrina, brillaría como siempre había soñado con la boda que se merecía dada su posición social, las había dicho esa misma noche antes de retirarse a descansar a sus aposentos, solo faltaba que Madame Julieth, cumpliera con su parte y sus vestidos estuvieran listos a tiempo.

Por si acaso, Donna, las había hecho elegir entre el guardarropa del que disponían otro alternativo, en su afán de no dejar nada al azar.

Maggie se incorporó y fue tras el biombo a prepararse para la noche, lo malo de todo ese ajetreo es que está terriblemente cansada y apenas se había cruzado un par de veces con Dorset en los últimos días.

Aunque todos los invitados de la casa, se reunían para la cena, no habían podido intercambiar ni una sola palabra, aparte de los saludos formales.

Y esa noche ni eso, ya que casi todos los caballeros se habían unido a la celebración de la despedida de soltero de Surrey, la cual comenzaría con una succulenta cena, regada con un buen vino, en uno de los salones de la posada.

Para después continuar, sepa Dios donde, con otros entretenimientos, los cuales guardaban en el más absoluto secreto, para desesperación de su prima, quien había interrogado tanto a Surrey como a Justin a conciencia, sin conseguir que los desvelaran.

Lo cual no había contribuido en nada para mejorar su humor, ya de por sí, bastante menguado por los nervios de la boda, sonrió, al recordar su frustración esa misma noche, cuando Surrey ni siquiera la había buscado para despedirse.

Steven tampoco se había despedido de ella, pensó enfadada, aunque en realidad no tenía ninguna obligación de hacerlo.

No sabía por qué eso la enfurecía tanto.

Si es verdad que había echado de menos compartir algunas palabras en privado, reconoció, tenerle cerca, que la sonriera desde la otra punta del salón, como solía hacer, no sé esas pequeñas atenciones que antes tanto la molestaban y ahora no podía dejar de desear que volviera a hacer que se sintiera especial a sus ojos.

Qué demonios la estaba pasando, se preguntó, sacudiendo la cabeza al darse cuenta de ello, debía de ser el cansancio acumulado que la tenía confundida, se dijo yendo hacia la cama, para acostarse, fue lo último que pensó, antes de caer en un profundo sueño reparador.

Qué estaba mal en él, pensó, Dorset, dejándose caer de espaldas sobre la cama en la casa de postas donde habían decidido terminar la fiesta, qué tenía esa maldita mujer que ni siquiera esa noche podía dejar de pensar en ella, se preguntó, desesperado por encontrar una respuesta que dejara de atormentarle.

Ni siquiera había podido elegir una compañera de cama entre las hermosas cortesanas que habían mandado traer para la ocasión.

Maggie y su último encuentro era todo lo que tenía en su estúpida cabeza borracha, haciendo despertar su libido de forma salvaje, pero impidiéndole satisfacerlo con cualquier otra dama.

Esto tiene que acabar, se dijo decidido a ser el hombre que era, olvidándola, mientras contemplaba las vigas del techo, rememorando su primer encuentro en aquella otra posada, hacía ya tanto tiempo.

Se revolvió buscando una posición más cómoda, tratando de conciliar el sueño.

Mañana sería un día muy largo, se casaría uno de sus mejores amigos y al día siguiente partiría hacia su residencia en el campo, para reencontrarse con su familia.

Allí entre sus queridos campos de Dorset, podría dejar de pensar en ella y cuando volviera a Londres, después de Navidad, volvería a ser el libertino de siempre. Deseoso de visitar las camas de las damas a las que fuese invitado, se dijo, cayendo dormido en un profundo sueño, provocado más por el alcohol que había ingerido que por el cansancio.

Mañana todo terminaría, se prometió a sí mismo y no volvería a pensar en ella.

Capítulo 20

Maggie abrió los ojos, desconcertada, apenas si había amanecido, y alguien estaba golpeando su puerta cada vez con más insistencia.

Como pudo se arrastró fuera de la cama y se puso la bata.

—Por favor, dejad de golpear ya voy.

Grito a través de la puerta a quien quiera que estuviera al otro lado, esos dichosos golpes la estaban levantando un horrible dolor de cabeza.

Tomo el pomo y descorrió el pestillo, dispuesta a encararse con su torturador.

—Cómo puedes estar durmiendo todavía —la regaño, Clara, entrando en tromba en la habitación —¿acaso has olvidado que hoy me caso?

—Como si alguien pudiera olvidarlo —se lamentó, volviendo hacia la cama para sentarse.

—Pues sí, alguien lo ha olvidado —la contradijo recorriendo la estancia de un extremo a otro a grandes zancadas.

—Quien ha tenido semejante osadía —la pregunto con ironía, sin llegar a creérselo del todo.

—Surrey, el novio —la aclaro.

Maggie abrió los ojos como platos, sorprendida, eso sí que no se lo esperaba de él.

—Seguro que no es para tanto.

Clara se volvió hacia ella con una mirada asesina, que la hizo tragar saliva asustada, sería mejor dedicarse a escuchar lo que tuviera que decir para desahogarse, en silencio, se dijo a sí misma, temiendo la reacción de su prima si intervenía.

—Te puedes creer que aún no ha regresado de la dichosa fiesta, esa —se quejó, escandalizada —, pero la culpa no es de él, de eso estoy segura, sino de Durham, Dorset y compañía.

—Ahh.

—Incluso de Justin —afirmo categórica —pero me van a oír.

—No sé si ellos te oirán, pero la casa entera te está escuchando, querida —la reprocho, Donna, entrando en la habitación aún en ropa de cama.

—Se puede saber cuál es el problema tan importante que te tiene tan afligida a estas horas de la mañana, hija mía —pregunto, Bradford, preocupado al oír sus voces.

—Surrey no ha dormido en la casa, ha desaparecido.

—Algo que es completamente normal —dijo, Bradford, tomando asiento junto a su cuñada, frente a la chimenea —¿no crees?

—No, no creo, nos casamos en unas horas —le recordó desquiciada —o a caso lo has olvidado.

—Créeme, hija mía, nadie en esta casa podría olvidar tan feliz acontecimiento.

—Salvo el novio —exclamo cada vez más enfadada al ver que no entendían cuál era el problema.

—Aún quedan unas horas para se celebre la ceremonia, seguro que llegara a tiempo —dijo, Maggie, tratando de tranquilizarla.

—Más le vale, porque si no yo ...

—No harás nada, de nada —la ordeno, Donna, cortante.

—Pero ...

—Nada.

—Que tal si nos calmamos un poco —intervino, Bradford, pacificador —y ya que estamos todos despiertos, bajamos a desayunar mientras esperamos su regreso —las propuso temeroso de que se enzarzaran en una de sus batallas verbales sin sentido.

—Una gran idea, tío, me muero por una taza de café.

—Perfecto, las modistas llegarán pronto y debemos estar listas para recibirlas —las recordó, Donna, poniéndose de pie, yendo hacia la puerta.

—Pero que hacemos con Surrey, no me puedo casar sin el novio —protesto, Clara.

—No haremos nada hasta después del almuerzo, si para entonces sigue sin aparecer, nos ocuparemos de ello —declaró, Bradford, saliendo tras Donna.

—Para entonces ya será demasiado tarde —se quejó, Clara, en un susurro.

—Seguro que está a punto de llegar —sugirió, Maggie, confiando en que así fuera — venga, ánimo, disfrutemos de un buen desayuno y de este día tan especial.

—Espero que así sea —claudico, Clara, regresando a su cuarto para vestirse.

—Yo también lo espero —susurro, Maggie, a su espalda.

Por su bien y por el de todos, pensó, levantándose de la cama para vestirse y bajar al comedor.

Ese iba a ser un día muy largo, estaba segura de ello y no había empezado tan bien como esperaba.

En que demonios estaba pensando, Dorset y compañía, para no haber regresado aún, se preguntó, estarían bien o les habría sucedido algo durante la noche, pensó, agobiada, comenzando a preocuparse, sacudió la cabeza para descartar cualquier cosa que la distrajera de calmar a Clara hasta que apareciera.

Ese no era el momento de ponerse histérica, ella también por si algo malo le hubiera pasado a Steven.

Sería mejor que se diera prisa en prepararse y bajara al comedor, estar entretenida con otros quehaceres la ayudaría a no desesperarse, decidió saliendo al corredor rumbo a las escaleras.

Tal y como, Bradford, había previsto, los asistentes que faltaban de la fiesta regresaron poco antes del almuerzo, con gran alboroto, reclamando sus viandas.

—No.

—Pero, tía ...

—He dicho que no, el novio no puede ver a la novia en este estado —afirmo, Donna, tajante, no dispuesta a ceder ante las súplicas de su sobrina.

—No entiendo por qué —se reveló airada —cuando estemos casados y visite mi tocador mientras me preparo para algún evento, me vera igual que ahora.

—Ya estaréis casados para entonces y será algo de lo más normal.

—Y ahora no lo es, menuda tontería —dijo, Clara, levantándose dispuesta a ir a su encuentro.

Maggie la observo con el pelo lleno de tenacillas para resaltar sus rizos, la cara emblanquecida por el ungüento para las pecas y su bata de seda blanca semitransparente. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo al verla, parecía un espectro salido de los confines de las mazmorras, sobre las cuales, según contaban, estaba construida la residencia de los Trenton.

—Por qué no le escribes una nota pidiéndole explicaciones —la propuso, justo cuando tomaba el pomo de la puerta de la habitación que habían habilitado para que las atendieran.

Clara se volvió enfadada a mirarla.

—Esa es una buena idea —opino, Donna, dándole indicaciones a su doncella sobre el peinado que deseaba —aunque no seas muy dura con él, no queremos que se asuste mostrándole tu carácter hasta después del si quiero.

Maggie no pudo evitar reírse ante las palabras de su tía.

—Ni que fuera una arpía —se quejó, Clara, yendo hacia el escritorio colocado bajo la ventana —soy una persona de lo más amable y cariñosa, todos opinan que mi carácter dulce es uno de mis grandes atractivos.

—Eso es porque no te conocen cuando tratas de salirte con la tuya.

—Porque tengo razón, como ahora, debería haber regresado anoche a casa y es mi deber como su futura esposa, hacerle saber lo decepcionada que estoy con su comportamiento —exclamo, Clara, airada.

—Por lo que más quieras no le pongas eso en tu nota —la rogó, Maggie, temiendo la reacción de Surrey al leerla.

Clara maldijo por lo bajo al oírla, pero siguió garabateando su misiva, cuando acabo la doble minuciosamente y se la entrego a una de las doncellas que las atendían para que la entregara.

Antes de volver a sentarse frente al tocador, con un gran suspiro, lleno de dramatismo.

Vio como Maggie y Donna intercambiaban una mirada, resignadas, al ser testigos, una

vez más, de su tozudez, esperando que Surrey no se tomara a mal el contenido de su carta.

Más le valía que fuera así, se dijo, porque si no quien cancelaría la boda sería ella.

No pensaba casarse con un hombre que tratara de cambiar su forma de ser, por mucho que lo amara.

Y daba igual el escándalo que eso conllevaría, sabía que su familia permanecería a su lado, pasara lo que pasara, pensó, orgullosa de ellos.

Unas horas después, Maggie contemplo en el espejo de cuerpo entero, la transformación que las doncellas habían conseguido hacer con ella, tras más de tres horas de torturas.

Apenas si podía reconocerse a sí misma, se veía hermosa con aquel vestido de seda, de un fuerte color verde, como la hierba recién cortada. El escote más bajo de lo permitido, según la moda, mostraba sus turgentes senos sin aprisionarlos con el corsé, marcando la línea de su figura estilizada, hasta el comienzo de sus caderas, donde se desplegaba sobre varias capas de tejido que se abrían hacia los lados cuando caminaba, dejando entrever, claramente, los contornos de sus largas piernas.

Madame Julieth había conseguido combinar, a la perfección, la ocultación de las curvas de una mujer que exigían los más puritanos de sus pares, con el descaro con la que las cortesanas las exhibían para atraer a su próximo benefactor a sus camas.

Diseñando el vestido perfecto con el que cualquier dama soñaría y que nadie podría tachar de escandaloso.

Incluso su tía, Donna, estaba encantada con el resultado, además de muy hermosa, pensó, esa noche los caballeros harían cola a su alrededor con el fin de llamar su atención.

Contuvo una risita nerviosa que amenazaba con escaparse de su garganta al imaginárselo, mientras pensaba si también Dorset reclamaría la atención de ella como cualquier otro pretendiente.

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente, desilusionada, porque sabía que no sería así.

Él nunca había reclamado su atención en público, mostrándose ante todo el mundo como un pretendiente interesado en conseguir su mano.

Sí que la había propuesto matrimonio, pero por las razones equivocadas.

Él solo la dedicaba toda su atención y la mostraba su interés, en privado, para meterse bajo sus faldas, como buen libertino que era y ella se lo permitía sin ningún pudor.

Lo cual decía mucho de su naturaleza apasionada y la mujer en la que se había convertido.

Unos suaves golpes en la puerta, devolviéndola al presente, impidieron que siguiera pensando en lo bajo que había caído bajo su influencia.

Se alisó las faldas con manos temblorosas y fue a abrir.

—Vaya, estás preciosa —exclamo, Justin, tras unos instantes, recorriéndola de arriba abajo con la mirada.

—Gracias, supongo. Aunque por tu cara pareces tan sorprendido como si nunca hubieras podido imaginar tal cosa.

—No, sí, no ... —balbuceo pasándose la mano por el cabello, confundido.

—Déjalo, no tiene importancia —le pidió al verle tan avergonzado —será mejor que bajemos y nos unamos a los demás, antes de que Clara venga a buscarnos personalmente y nos empuje por las escaleras.

—Sí, será lo mejor.

Maggie tomó el brazo que la tendía y fueron al vestíbulo donde el resto de invitados se estaba reuniendo para acudir en grupo a la capilla donde se oficiaría la ceremonia.

Capítulo 21

Todo había salido perfecto, pensó, Maggie, de pie en la escalinata de entrada, viendo como se alejaba el carruaje con los recién casados en su interior.

Habían decidido pasar la noche en una posada de camino a la residencia de Surrey en el campo, donde pasarían parte de su luna de miel, antes de volver a Londres y embarcar hacia Europa.

Clara estaba entusiasmada con el viaje, aunque no visitaran París debido a los conflictos bélicos a los que se enfrentaban ambos países, pero, Clara, siempre había querido visitar Venecia y recorrer sus canales, por lo que Surrey había organizado un corto viaje para complacerla.

Maggie se acercó a su tía y la abrazó por la cintura para confortarla al notar como se le anegaban los ojos de lágrimas.

—Estoy bien —la susurro tratando de detenerlas.

—A todos nos entristece verla partir, no hay porque ocultarlo —murmuro, Bradford, recomponiéndose de la tristeza que le producía ver a su hija partir en compañía de su esposo, convertida en toda una mujer de la que sentirse orgulloso.

Pasarían al menos tres meses hasta que la volvieran a ver y todos la echarían de menos, pensó, seguro de ello.

—No tardará en venir a visitarnos —dijo, Maggie, para animarles.

—Es hora de volver al interior para despedir al resto de los invitados —les recordó, Donna, recobrando la compostura.

Maggie les observo entrar y fue tras ellos, un par de horas más, y podría retirarse a sus aposentos a descansar, pensó, deseando haber terminado ya con sus obligaciones familiares de cara a la sociedad.

Realmente estaba más cansada de lo que había pensado en un primer momento.

—Ven conmigo —la pidió, Bradford, acercándose a su sobrina e instándola a que lo siguiera.

—Ve —la ordeno, Donna, poniéndose muy seria —yo me ocuparé de los pocos invitados que quedan, antes de retirarme a mis habitaciones.

Maggie cabeceó su acuerdo y camino tras su tío por el pasillo, adentrándose en la parte de atrás de la mansión, hasta una puerta de roble macizo que abrió, antes de apartarse para dejarla pasar y cerrarla de nuevo a su espalda.

Maggie se volvió hacia él preocupada, su semblante, más serio de lo normal, no

presagiaba nada bueno, pensó, mientras un escalofrío la recorría de arriba abajo.

Vio como se acercaba a la mesa, donde alguien había dejado una bandeja con un decantador y varios vasos, para servirse una buena cantidad del ambarino licor que contenía, mientras repasaba mentalmente todos los acontecimientos de la tarde, buscando la causa de su llamada, sin encontrar ninguna situación que pudiera haber provocado su enfado.

—Tu tía y yo hemos tenido que hacer un gran esfuerzo para contener los rumores, con el fin de que nada empañara la felicidad de Clara en su gran día.

—¿Qué rumores?, yo no he oído nada.

—Entonces es que hemos hecho un gran trabajo —se felicitó, dándole un buen sorbo a su copa —, pero ahora mismo esos mismos rumores van camino de Londres y ya nada podrá evitar el gran escándalo que caerá sobre nuestra familia.

—Por Dios, tío, ¿de qué estáis hablando?

—De vuestra indiscreción durmiendo a la vista de todos en el parque con Justin —la dijo, observando de cerca su reacción —¿de verdad pensasteis que nadie os vería? —la pregunto incrédulo.

Maggie sintió como todo el color de su cara la abandonaba al oírle, extendió el brazo para agarrarse al respaldo del sillón que tenía a su lado, sintiendo como las piernas la temblaban y la flaqueaban las fuerzas.

—No es lo que pensáis —logró, balbucear al ver la furia en sus ojos.

Bradford cruzo el espacio que los separaba, preso de la ira que lo embargaba al oírle negar lo que era más que evidente para todos.

Maggie sintió la mejilla arder por la bofetada y cayó de rodillas ante él, sorprendida, su tío nunca la había puesto la mano encima antes, por mucho que le hubiera hecho enfadar.

—Cómo te atreves a negarlo —la acuso, tratando de dominarse.

—Porque no paso nada, solo estábamos cansados y nos quedamos dormidos —le dijo, tratando de nuevo de explicarse.

—No me mientas —la advirtió furioso —si hay algo que no soporto son las mentiras.

—No os miento, tenéis que creerme —le suplico —yo nunca os mentaría.

—Mentirosa —la escupió entre dientes sin creerla —el doctor Ulford me comento su teoría, sobre la pérdida de un embarazo, la cual se ajustaba más a los síntomas que tenías, en lugar de una simple indisposición a pesar de vuestros antecedentes dolorosos.

Maggie se quedó mirándole, sorprendida, al comprender por primera vez la implicación de lo que aquello significaba, quiso gritar de dolor, un dolor extraño que salía de sus entrañas y amenazaba con ahogarla, pero consiguió dominarlo, plantándose ante él, para mirarlo a la cara.

—Solo es una teoría, el doctor Ulford no puede afirmar que eso es lo que paso, basándose solo en los dolores y el abundante sangrado —le replico, negándose a aceptar cualquier otra cosa que explicase su enfermedad.

—Y aún te atreves a negarlo —la dijo, decepcionado con ella.

—Porque es la verdad.

—¿La verdad? —la pregunto sacudiendo la cabeza, atónito.

—Sí, tío, entre Justin y yo no ha pasado nada de lo que imagináis —insistió, sin saber que más hacer para que la creyera.

—De todas maneras, ya da igual —dijo, volviéndose hacia la mesa, para servirse de nuevo —. Mañana saldremos para Bradfield a primera hora —la informo de cuáles eran sus planes —, una vez allí, ambas familias veremos como solucionamos vuestra inconsciencia.

—No me casaré con Justin, no podéis obligarme a ello —declaro, manteniéndose firme en su decisión, tomada aquella maldita mañana en el parque —ni el tampoco lo desea.

—Ve a tu habitación y quédate allí hasta que se te llame —la ordeno, cansado—usa la escalera de atrás y procura que no te vean, ya hemos tenido suficiente por un día.

—Pero, tío ...

—Vete —la grito, sin volverse a mirarla.

Maggie se quedó allí, observándole en silencio, parecía tan afligido, tan derrumbado, le había decepcionado, pensó, con los ojos abnegados por las lágrimas.

Tomo una gran bocanada de aire para llenar sus pulmones vacíos, tratando de detenerlas, antes de darse la vuelta y hacer lo que la pedía.

Camino directa hacia su cuarto, negándose a pensar en nada, solo deseaba tirarse sobre la cama y llorar hasta caer rendida por el cansancio.

Mañana durante el viaje volvería a intentar explicárselo, no sabía como, pero tenía que conseguir que la creyera.

Él tenía que creerla, grito para sus adentros, desesperada.

Maggie bajo las escaleras con cuidado, se sentía torpe, no había dormido nada la noche anterior, su cabeza permanecía embotada desde la conversación que había mantenido con su tío y en su bebé, ese que ni siquiera sabía que había concebido.

Llego a la puerta y se subió al carruaje que la esperaba en la parte trasera de la casa.

Su tío se había tomado muchas molestias para mantenerla apartada de todos los que estaban en la casa, incluso de los sirvientes, los cuales la había llevado el desayuno, dejando la bandeja en el suelo junto a su puerta, con la misiva donde la indicaba que viajaría sola en el carruaje pequeño, el cual la estaría esperando a las diez en punto en la parte trasera de la casa.

En cualquier otro momento, esto la había puesto furiosa y se hubiera rebelado contra sus indicaciones, pero hoy no.

Hoy prefería la privacidad de la soledad a tener que viajar varios días encerrada con sus tíos en el carruaje, soportando sus miradas de reproche, y hablando una y otra vez sobre lo que ellos pensaban que había sucedido.

No, no se sentía lo suficientemente fuerte como para soportarlo.

Se tumbó en el asiento y se hizo un ovillo sobre sí misma, dejando que el traquetear de las ruedas sobre el camino la meciera, como si fuera una niña, en busca de consuelo.

Bradford subió al carruaje y le indico al cochero que iniciara la marcha.

—Espera, ¿dónde está Maggie?, no podemos irnos sin ella —protesto, Donna, extrañada

al sentir que se movían.

—Viajara en el carruaje pequeño, nos alcanzarán por el camino.

—¿Qué?, ¿por qué no puede viajar con nosotros?

—Es mejor así.

—Bradford, ¿qué está pasando? —le increpo exigiendo respuestas.

—Nada, por qué no vuelves a tu lectura —la sugirió, mirando el libro que sostenía sobre su regazo.

—Por el amor de Dios, qué ha hecho —se quejó, ante su silencio —te exijo que me expliques inmediatamente el por qué de esta situación tan absurda o detendré el coche y esperaré al de mi sobrina para ir con ella.

—No harás nada de eso.

—Ponme a prueba —le desafió, decidida a obtener respuestas.

—Madre de Dios, por qué las mujeres tienen que ser tan testarudas en mi familia —se quejó, malhumorado —, no pueden acatar una simple orden en silencio.

—Bradford ... —le advirtió perdiendo la paciencia.

—Ha caído en desgracia, su reputación está destruida y todos la repudiarán —dijo, Bradford, apretándose el puente de la nariz con dos dedos, cansado de tener que dar explicaciones, por las decisiones que tomaba —, la soledad es lo único que la espera en el futuro.

—Pero nosotros no vamos a abandonarla —objeto, Donna, sin llegar a comprender del todo lo que estaba tratando de decirle —porque si lo que estás pensando hacer es eso, no cuentes conmigo.

—Por el amor de Dios, no —grito, furioso de que pensara que sería capaz de hacer algo así —, pero nosotros no estaremos aquí para siempre —la recordó —tiene que aprender a lidiar con ello, mientras aún podamos ayudarla, para que esté preparada cuando llegue el momento y se encuentre completamente sola, sin nadie a quien acudir.

Donna, se quedó mirándole en silencio, sopesando sus motivos, tenía que reconocer que algún día eso ocurriría, sobre todo si seguía negándose a casarse con Justin y acabar con el escándalo, que ellos mismos protagonizaban, pero la parecía una manera muy dura de hacérselo entender.

—Mira no la pasará nada, si es eso lo que te preocupa —dijo, Bradford, para tranquilizarla —, viaja en el carruaje pequeño con John como cochero y tres lacayos bien fornidos y armados —la explico cuáles habían sido las previsiones que había tomado para garantizar su seguridad —no tardaran en alcanzarnos y ya no nos separaremos.

—Y que pasara cuando paremos, piensas ignorarla.

—No, por supuesto que no, se unirá a nosotros. Solo será durante el viaje.

—Está bien, aunque entiendo tus motivos, no apruebo tus métodos, aún está todo muy reciente como para tener que llegar a esto.

—Ojalá, no fuera necesario, créeme.

—Nada de esto debería haber ocurrido —se quejó, Donna —. No consigo imaginar en

que demonios estaban pensando esos dos para hacer algo así en medio de Hyde Park en plena Temporada.

Bradford se abstuvo de contestar, él tampoco lo comprendía y por más vueltas que le daba no llegaba a entenderlo.

Tanto, Justin como Maggie, eran inteligentes, que pensarán que nadie se daría cuenta de su indiscreción, era algo que no entendía ni entendería jamás.

Oyó el ruido del otro carruaje acercándose y miró por la ventanilla trasera para asegurarse de que fueran ellos.

—Ya están aquí.

—Menos mal —comento, Donna, aliviada.

Bradford tomó unos papeles de la cartera que había llevado consigo y comenzó a examinarlos, mientras Donna retomaba su lectura mucho más tranquila.

Poco más de dos horas después, hicieron la primera parada, Donna bajo del carruaje y fue directa al encuentro de su sobrina preocupada, abrió la puerta decidida para encontrarla dormida sobre el asiento.

Parecía haber estado llorando y eso la llenó de tristeza el corazón, retrocedió con mucho cuidado y cerró la puerta sin hacer ruido.

—La señorita está dormida, por favor, John, intenten no despertarla.

—No se preocupe, milady, así lo haremos.

—Deberíamos despertarla para el almuerzo —sugirió, Bradford, uniéndose a ella.

—Pediremos una cesta con algo de queso y pan, por si la entra hambre cuando se despierte —dijo, Donna, tomando su brazo y guiándolo hacia el interior de la posada —, algo me dice que no durmió muy bien anoche tras vuestra charla —le reprochó sin conocer aún los detalles de la misma, pero sabiendo que no había sido agradable para ninguno de los dos.

Bradford permaneció en silencio, había cuestiones que no deseaba comentar con Donna, por ahora, porque prefería que fuera la misma Maggie quien le confiara las sospechas del doctor Ulford, sobre lo que había ocurrido en realidad.

Al fin y al cabo, tan solo era una sospecha más que probable, que él creía y su sobrina no había desmentido categóricamente, no dejaba de ser una conjetura y no le correspondía a él divulgarla.

—Tenía pensado hacer un viaje tranquilo —comento, Bradford, mientras esperaban que les sirvieran —un cambio de caballos por la mañana hasta el almuerzo, para continuar viaje hasta el siguiente, donde pasaremos la noche. Continuaremos por la mañana. Yo calculo que llegaremos al mediodía a Bradfield.

—Me parece bien, al fin y al cabo, no tenemos ninguna prisa.

—Se lo comunicaremos a Maggie en la siguiente parada —dijo, Bradford, conciliador — aunque si ella prefiere continuar y descansar en casa esta noche, no veo ningún problema en hacerlo.

—Yo tampoco, llegaríamos un poco tarde, pero no demasiado.

El posadero regresó en ese momento con las viandas que habían encargado, interrumpiendo su conversación y se dispusieron a almorzar en silencio.

Maggie se despertó bastante después, desorientada, y dolorida, no sabía cuanto había dormido, pero debía de ser bastante, pensó, al ver la cesta de mimbre en el suelo.

Eso quería decir que en algún momento debían de haber parado para almorzar y no la habían despertado.

Su estómago rugió en protesta por haberse saltado la comida y el desayuno, ya que solo había podido tomar una triste taza de té, era lo único que la entraba en ese momento.

Se incorporó en el asiento y se inclinó para tomar la cesta, se sentía más despejada, dormir la había sentado bien.

Tomo un trozo de queso y un poco de pan, dándoles un bocado tentativo, mientras observaba el atardecer tras las ventanas del carruaje.

Pronto pararían, si no lo habían hecho ya, para el segundo cambio de caballos y tendría que enfrentarse a sus tíos.

No deseaba tener que hacerlo, suspiro resignada a lo inevitable, las palabras no dichas, sus miradas de reproche y decepción por lo que ellos pensaban que había hecho, era lo que más la apenaba.

Ojalá, poderles contar la verdad, esa verdad que ni ella estaba segura de que lo fuera, quizás si pudiera hablar con el doctor Ulford y preguntarle sus dudas e incertidumbres podría aclararse un poco, le sugeriría a su tío la posibilidad de regresar a Londres para hablar con él y tratar de que todo se esclareciera.

Hasta estar totalmente segura de que había concebido, no le diría nada a Dorset, ni le mencionaría ante sus familiares.

Era mejor no enredar aún más el asunto de lo que ya estaba.

Acababa de terminar de comer cuando sintió que el carruaje desaceleraba, desvió la vista hacia la ventana, estaban entrando en una aldea, pronto pararían, si no estaba equivocada.

—Estás segura de que deseas pasar la noche aquí, en lugar de seguir hasta casa —la pregunto, Donna, preocupada, desde que la vio bajar del carruaje, no tenía buen aspecto, estaba muy pálida y abstraída.

—Si, tía, no tengo ningún problema con ello.

—Entonces nos quedaremos —dijo, Bradford, uniéndose a ellos en su paseo.

—Aunque lo que desearía en realidad es volver a Londres para poder hablar con el doctor Ulford y aclarar todo esto —dijo, volviéndose a mirar a su tío —necesito saber que ha pasado en realidad.

—Aún sigues negándolo.

—Por favor, tío.

—No volveremos a Londres —decreto muy serio —, pero si es tan importante para ti, le haré llamar para que venga a Bradfield o envíe a su ayudante.

—Gracias, lo es, pero su ayudante no me serviría, tiene que ser el propio Ulford quien

aclarar todo esto.

—Haré lo que pueda —la prometió, comenzando a dudar sobre, si no se había precipitado en su juicio hacia ella.

—Qué no me estáis contando —inquirió, Donna, molesta por haber sido excluida — ¡ahora! —les apremio al ver que ambos permanecían en silencio.

—El doctor Ulford sugirió que mis síntomas se correspondían más a la pérdida de un bebé, en sus primeras semanas de vida, en el supuesto de que fuera una dama casada, pero con mis antecedentes tan dolorosos no podía estar seguro de que eso fuera lo ocurrido —le confesó, Maggie, con la mirada fija en el suelo, evitando ver su cara decepcionada —. Por lo que descarto esa posibilidad.

Donna, se volvió hacia su cuñado, asombrada, por qué nadie la había comentado nada de eso.

—Solo era una posibilidad hasta que los rumores de Justin y ella en el parque la hicieron plausible.

—Entre Justin y yo no ocurrió nada de eso —insistió de nuevo.

—Entonces por qué insistes en hablar con el doctor Ulford, si no existe tal posibilidad —la pregunto, Donna, comenzando a entender lo ocurrido o al menos a imaginárselo, porque no tenía ninguna prueba que lo corroborara.

—Solo quiero hablar con él —contesto negándose a decir nada más.

—Lo mataré con mis propias manos.

—¿Qué? —dijo, Bradford, paseando la mirada de la una a la otra sin entender de que estaban hablando.

—Está bien, hablarás con el doctor Ulford, aunque yo misma tenga que arrastrarle desde Londres —la aseguro, tomando una bocanada de aire para calmarse —, pero si se confirma que habías concebido, nos contarás todo y quién es el padre. ¿Está claro?

—Sí, tía, lo haré —la prometió —, pero hasta entonces prefiero no involucrar a nadie más en este lío. Fue mi elección y solo yo debo cargar con las consecuencias.

—Ja, pero por ahora lo haremos a tu manera.

—Alguna de vosotras va a contarme de que estáis hablando.

—No, hasta que veamos al doctor Ulford —le contesto, Donna, decidida a guardar silencio.

—Le escribiré esta misma noche —las aseguro, Bradford, dándose por vencido, no obtendría respuestas de ninguna de ellas, nunca lo hacía.

—Entonces será mejor que regresemos —ordeno, Donna, dándose la vuelta y encabezando la marcha de regreso a la posada.

No había sido tan difícil, pensó, Maggie, yendo tras ella, ni tan vergonzante como imaginaba, en un par de días el doctor Ulford llegaría a Bradfield y todo se aclararía.

Capítulo 22

Dorset no veía el momento de marcharse a casa, para empezar a olvidar a esa muchacha que le estaba consumiendo el alma, junto a los suyos, estaba seguro de que allí lo conseguiría y regresaría a Londres como el hombre que siempre había sido antes de conocerla.

Levanto la vista hacia su compañero de viaje, quien dormitaba desde que habían salido de Richmond en el asiento de enfrente.

Durham parecía que era el único de los tres libertinos que no había cambiado durante esa Temporada, cayendo en las garras de una mujer y el motivo por el que se dirigiera a Londres en ese momento y no a Dorset.

—¿Qué harás cuando lleguemos? —pregunto, Durham al sentir que le miraba.

—Adelantaré mi partida a casa —le respondió con sinceridad de cuáles eran sus planes —ya he tenido suficiente diversión por esta Temporada. ¿Y tú?

—Aún no lo he decidido —le confesó —en un par de semanas sale una expedición para Egipto y estoy tentado a unirme a ellos.

—Siempre has querido participar en una.

—La verdad es que sí, y creo que ha llegado el momento de hacerlo.

—Me alegro por ti, seguro que es una gran experiencia.

—Bueno, me sabe mal ocupar el lugar de Lord Kent, a quien no le ha quedado más remedio que renunciar, tras el escándalo, en favor de su boda con la señorita Spencer.

Dorset se tensó como la cuerda de un violín por la impresión al oírle.

—A pesar de los esfuerzos de sus tíos y los condes de Somerset por acallarlos durante la boda, estoy seguro de que los rumores estarán recorriendo las calles de Londres a estas horas.

—Yo no he oído nada —consiguió decir, Steven, con la voz más ronca de lo normal.

Durham le miro sorprendido de ello, si es verdad que Dorset había estado muy abstraído últimamente, como si algo le molestara, aunque no había conseguido saber que podía ser.

En un principio, pensó, que se podía deber a la señorita Spencer, pero tras convivir todos juntos en la casa esa última semana, había llegado a descartarlo.

Puede que solo estuviera hastiado de esa vida vacía que llevaban, como le pasaba a él y necesitara un cambio.

Se estaban haciendo viejos para solo pensar en saltar de cama en cama, sin nada más que los motivase.

—Vas a contármelo o qué —insistió, Dorset, comenzando a perder la paciencia.

—Al parecer fueron vistos durmiendo, abrazados bajo los sauces a la orilla del Serpentine en Hyde Park.

¿Abrazados?, eso no es lo que le había dicho Maggie sobre lo sucedido, apretó los puños con fuerza, lleno de rabia, le había mentado.

Aunque eso no era nada nuevo, esa mujer había dejado muy claro, que no le interesaba en absoluto nada de él, que no fuera el placer que pudiera darla en sus encuentros fortuitos.

—Pensé que lo sabías —dijo, Durham, al verle tan contrariado —al fin y al cabo, sois familia.

Steven, tomo una respiración profunda antes de responderle, Durham era muy observador y no deseaba que adivinara, como se sentía en esos momentos, por su tracción.

—Podría decirse que sí, aunque la señorita Spencer no forma parte de ella.

—Aun así, dado que estabas en la casa, pensé que te lo habían dicho, para que no te pillara desprevenido si oías algo, además de para ayudarles a parar los rumores antes de que llegaran a oídos de los novios.

—Nadie me dijo nada.

—Tampoco a Surrey, no querían que nada les amargara tan feliz día. Por lo que decidieron mantenerlos en la ignorancia.

—Conociendo a mi prima, creo que fue la mejor decisión.

—Yo, también, hubiera protagonizado su propio escándalo con tal de salvar a la señorita Spencer de las lenguas viperinas.

—Están muy unidos, siempre lo han estado —comento más para sí mismo que para Durham.

—Aun así, apruebo su decisión y la de marcharse a Bradfield, donde ambas familias tienen sus residencias campestres, para planificar la boda en lugar de volver a Londres.

Steven cabeceo su acuerdo, pero no dijo nada, ya estaban entrando en la ciudad, pensó, observando los primeros edificios a través de la ventanilla.

—Ve a Egipto —le animó, Dorset, a que tomara una decisión —es una oportunidad que no puedes desperdiciar.

—Contigo en Dorset y Surrey de luna de miel, no me apetece nada quedarme en Londres —le confesó —y regresar a casa, no entra en mis planes mientras mi padre viva en ella.

—Entonces es tu mejor opción, aunque siempre puedes acompañarme.

—Sí, buscaré al profesor Callem para solicitarle unirme a él, ya que es quien la dirige —dijo, convencido —¿A qué no sabes quién la financia?

—Sorpréndeme.

—El duque de Weybride.

—Por fin ha decidido invertir su dinero en algo útil —comento divertido.

—No, su nueva amante desea algunos objetos originales de las tumbas, para poder

exponerlos en su nueva residencia, y él ha decidido complacerla —le aclaro.

—Así que ha sucumbido a las decoraciones estrambóticas que tan de moda están ahora sobre el tema.

—Parece que sí.

Ambos rieron de buena gana al imaginárselo, Weybride ya era bastante estafalario de por sí, no tenía ningún sentido del buen gusto, por lo que el resultado no sería agradable de contemplar, pero tenía un gran corazón y mucho dinero para derrochar en complacer a su amante y a algunas más.

Llegaron a la mansión de Durham y se despidieron hasta la próxima Temporada, cuando se volverían a encontrar de nuevo, los tres calaveras, aunque ya solo dos ejercerían de ello, pensó, ya solo en el carruaje rumbo a su residencia londinense.

Porque él volvería a ser un libertino en toda regla para la próxima Temporada, se prometió a sí mismo.

—Mañana saldremos para Dorset al amanecer —anuncio, Steven, a su mayordomo nada más llegar a su residencia —prepárenlo todo.

—Sí, milord.

—Estaré en mi estudio —dijo caminando por el pasillo hacia la parte de atrás de la casa, donde había instalado su despacho, con vistas a los jardines y una pequeña terracita, donde disfrutar de la calidez del día mientras trabajaba.

No volvió a salir hasta bien entrado el atardecer, había conseguido ponerse al día con la correspondencia atrasada y los últimos informes sobre sus otras residencias, menos el de Dorset, ese le reservaba para el viaje.

Ya que era el que menos atención requería, al ser su padre el que se encontraba al frente de la propiedad, puesto que era allí donde residía con el resto de la familia, quienes apenas venían a Londres. Decían que ya eran demasiado mayores para un viaje tan largo y preferían recibir a sus amistades en la casa, después de la Temporada, si deseaban visitarlos.

Así que la propiedad estaba bien dirigida con mano de hierro y el Duque solo enviaba escuetos informes dos veces al año, para mantener al corriente a su hijo y heredero de como estaban las cosas.

Quien no tenía ni voz ni voto sobre la finca, algo que tampoco le importaba, por ahora, estaba conforme con el trabajo realizado por su progenitor.

Subió a su cuarto y pidió un baño, había decidido ir a cenar al Club y ver por sí mismo como habían corrido los rumores por la ciudad, antes de marcharse a casa a la mañana siguiente.

Con un poco de suerte se encontraría con Durham o algún otro conocido con quien compartir su última noche en Londres, hasta el próximo año, y la apertura del parlamento le obligara a regresar.

Steven salió de la sala del desayuno a la mañana siguiente y fue hacia el vestíbulo.

—Todo listo, milord.

—Bien, pues vámonos —dijo, tomando su gabán de manos del lacayo y saliendo al exterior.

—¿A Dorset?, milord —le pregunto su cochero al verle montar su caballo.

Steven se lo quedo mirando pensativo durante unos segundos.

—A Bradfield, a la residencia de Lord Bradford —dijo, por el contrario, poniendo en marcha su caballo, para encabezar la marcha.

—Sí, milord.

—Les veré en la casa de postas —les dijo acelerando su caballo a las afueras de la ciudad, poniéndolo al galope sin esperar respuesta.

Cuando había decidido ir a Bradfield en lugar de a casa, se preguntó, saliendo del camino para cabalgar campo a través y dejar salir sus demonios.

No tenía ni idea de lo que haría cuando llegaran ni que excusa usaría para justificar su visita.

Ni siquiera sabia si deseaba una explicación por parte de Maggie.

Pero lo que si sabía era que debía detener esa boda, porque Maggie solo podía ser su Marquesa.

Aunque su cerebro se negara a ello, todos los poros de su piel le suplicaban lo contrario.

Esperaba poner en orden sus sentimientos, pero sobre todo sus prioridades con esa mujer antes de llegar a la casa de su tío, y eso no sería tarea fácil.

Aflojo las riendas para dejar a su caballo en libertad, al igual que su mente para que vagara al compás del viento.

Capítulo 23

Maggie bajo a desayunar como cada mañana, lista para salir a cabalgar por los campos, ese día Justin no se uniría a ella, gracias a Dios, la presión que estaban ejerciendo los Condes de Somerset para que aceptara la boda entre ellos la estaba volviendo loca.

Ya no sabía como decirles que eso no iba a ocurrir, ni siquiera para acallar el escándalo, el cual solo a ella perjudicaría, pero nadie parecía escucharla y seguían con sus planes.

Sus tíos por ahora la apoyaban al no pronunciarse al respecto, pero cada día que pasaba se les veía más decididos a sumarse a los Somerset en sus pretensiones.

O al menos eso es lo que pensaba al ver su silencio, desde el día en que se lo contaron a Donna y acordaron esperar antes de tomar una resolución al respecto. Pero sus miradas le decían que ya habían decidido por ella cuál sería la mejor manera de solucionar todo ese lío.

Casarse con Lord Kent, como mandaban las normas de los más puritanos de sus pares.

—Oh, Maggie, iba a mandar a buscarte.

Maggie oyó la voz de su tío, interrumpiendo sus pensamientos, y se volvió hacia él.

—Buenos días.

—Buenos días —la saludo —acabo de recibir una nota del doctor Ulford, notificándome que llegara aquí mañana para el almuerzo —la informo —por fin podrás tener tu entrevista y aclarar todo esto.

—Gracias, tío. Tengo tantas ganas como tú de poder poner fin a esta situación.

—Me alegro, ahora si me disculpas volveré a mi estudio, aún tengo correspondencia por atender.

Y sin más se dio media vuelta y se perdió por el pasillo por el que había venido.

Maggie le vio marcharse antes de continuar su camino hacia el comedor.

Su tía aún no había bajado, pensó, al ver su silla vacía y su cubierto limpio sobre la mesa, la daría la noticia cuando volviera de su paseo.

Se sirvió del aparador antes de ocupar su lugar en la mesa y tomar un poco de café.

—Señorita, acaban de traer esto para usted —dijo su mayordomo tendiéndole una bandeja con la misiva.

—Gracias —dijo tomándola y rompiendo el sello para leerla.

“Te espero en el puente viejo, junto al molino. Tenemos que hablar.”

Era todo lo que decía, sin ningún tipo de firma o sello que identificara su procedencia.

Maggie frunció el ceño, desconcertada, bien podría ser de Justin, de quien, si no, pero tanto misterio no tenía sentido, además no la apetecía nada volver a discutir con él, sería mejor que no acudiera y tomara otro camino para su paseo, pensó, decidida a evitar el enfrentamiento.

Tomo de nuevo su taza de café y se sirvió otra, antes de abandonar el comedor e ir en busca de su caballo a los establos.

—Maldita sea —exclamo, espoleando su caballo hacia el puente viejo —, Justin, me las vas a pagar por estropearme la mañana.

Maggie vio al alazán pastando entre los árboles, nada más llegar, ese no era el caballo de Justin, pensó, ese caballo se parecía mucho al que había visto montar en la ciudad a Dorset, pensó, dando un respingo al reconocerlo, buscándolo con la mirada. Hasta que lo encontró en el centro del puente, inclinado sobre la barandilla, observando el agua del arroyo correr bajo su paso.

Aún no la había visto, pero no tardaría en hacerlo, pensó, llevando su caballo junto a un árbol cercano y desmontar.

Steven llevaba un buen rato observando el agua correr bajo sus pies, aún no sabía que hacía allí en realidad, ni que la diría cuando llegara, si es que se dignaba a acudir a su reclamo.

Ni siquiera podía estar seguro de que hubiera recibido su nota, pensó, desanimado, al ver pasar el tiempo sin que ella apareciera.

Lo que sí sabía es que tenía que tratar una vez más de que lo aceptara, antes de que todo estuviera perdido y se comprometiera con Lord Kent.

A pesar de todo y aun sabiendo que ella no compartía sus sentimientos, seguía queriendo que fuera su Marquesa y que estuviera a su lado el resto de su vida.

No entendía el por qué eso era tan importante para él, pero se resistía a perderla.

El sonido de una rama al romperse llamo su atención y levanto la vista hacia el sendero.

Allí estaba, grito su corazón acelerado, tan hermosa como siempre, caminando hacia él.

Puede que esta vez lo consiguiera, pensó, lleno de esperanza, yendo a su encuentro a la entrada del viejo puente.

—Señorita Spencer —la saludo con una ligera inclinación de cabeza.

—Lord Dorset —le correspondió —no esperaba verle por aquí.

—Supongo que pensasteis que era Lord Kent quien os había citado.

—La verdad es que sí.

—Pues siento desilusionaros, tendréis que conformaros conmigo.

Steven vio como se sonrojaba admitiendo tácitamente que ese había sido su pensamiento, apretó los puños con fuerza al sentir la ira que ello le provocaba.

Ella siempre prefería la compañía de Lord Kent antes que a él.

—Pero me alegro de que no seáis él —le confesó —en estos momentos no es una de mis personas favoritas.

Como esas simples palabras podían cambiar el estado de humor de un hombre, pensó, sintiendo aplacarse su ira, mientras en su pecho renacía la esperanza.

—Supongo que habéis oído los rumores.

—Así es —la confirmo —aunque no me dijisteis que dormisteis abrazados cuando me lo contasteis —la acuso, enfadado.

—Porque no es verdad, si es cierto que Justin extendió su brazo bajo mi cabeza, para que lo utilizara como almohada y estuviera más cómodo —le contesto —, pero no nos abrazamos.

—La gente siempre exagera los rumores.

—Y vos los creísteis, a pesar de lo que yo os había contado —le acuso.

Ahora fue el turno de Steven de sonrojarse al comprender su error, nunca debió pensar que le había mentado sin preguntarla primero, eso es algo que no volvería a suceder, se prometió a sí mismo, contento de haber venido y a aclarar el tema.

—¿Qué haces aquí?

Steven se aclaró la garganta reseca, había llegado el momento de la verdad y sentía un miedo atroz por su respuesta.

—Si para acallar el escándalo debes casarte con alguien, me gustaría que fuera conmigo, al fin y al cabo, con él no paso nada y yo tome lo que no me pertenecía.

—Y con nuestra boda se repararía mi reputación —le dijo con la voz cargada de ironía.

—Por supuesto, te protegería con mi apellido —la señalo como si fuera una niña a quien tenía que explicárselo todo, lleno de orgullo.

—No creó que sea tan sencillo —le dijo dudando de que fuera tan fácil como decía —al fin y al cabo, no fue contigo con quien me pillaron en flagrante delito.

Steven tuvo que darle la razón en eso, no sería fácil y las malas lenguas se burlarían de su matrimonio, sobre todo de él por tomar como esposa a una mujer mancillada por otro caballero, pero él sabía la verdad y no le importaba nada de eso.

—Ya lo solucionaremos —la aseguro dispuesto a todo por conseguirla —siempre podemos retirarnos al campo —la propuso esperanzado.

—No viviré mi vida como una proscrita ni permitiré que tú seas castigado por mis pecados.

—Maggie ...

—No y mil veces no.

Steven apretó los puños con impotencia, no se le ocurría nada más que pudiera hacer para convencerla.

—Solo sería durante algún tiempo, los rumores van y vienen, seguro que para la siguiente Temporada todo se habrá olvidado o alguien habrá protagonizado un escándalo más grande que les mantendrá ocupados —intento una vez más, no dándose por rendido.

—¿Y si no es así? —le pregunto con lágrimas en los ojos —no soportaría que tuvieras que renunciar a todo por mí, solo por este deseo tonto de convertirme en tu Marquesa, es de lo más estúpido que podrías hacer.

Steven, sintió como si el mundo cediera bajo sus pies, todo estaba perdido, para ella solo era un tonto con un estúpido anhelo que no comprendía.

—Entonces te casarás con Lord Kent —afirmo, categórico, sintiendo como su esperanza se rompía en mil pedazos con cada una de sus palabras.

—No, Justin, tan solo es un amigo con el que me llevo muy bien y con el cual comparto mi pasión por Egipto, pero nunca nos hemos visto como un hombre y una mujer, no hay nada de eso entre nosotros —le dijo tratando de explicarle cuál era su relación exacta con Justin—. Aquel día, del que todo el mundo habla, nos dimos cuenta de ello y decidimos que una boda entre nosotros no sería buena idea. Ambos deseamos sentir pasión y cariño por la persona con la que compartiremos el resto de nuestras vidas.

Se sinceró, Maggie, no sabiendo que más hacer para que la comprendiera, para que entendiera lo que ambos buscaban en sus matrimonios y que entre ellos no conseguirían.

Steven se la quedó mirando sin saber que decir ni como tomarse sus palabras.

—Entre nosotros hay pasión, el fuego del que hablan las novelas que consume a los amantes —continúo diciendo, Maggie al ver su silencio —y te aprecio profundamente, sintiendo un cariño muy grande hacia ti, pero eres demasiado estricto y autoritario, no confié en la libertad que me prometes dar, tratándome como una igual, ni que no intentes doblegarme para modelarme a tu antojo —le explico con los ojos anegados de lágrimas —no puedo entregarle mi futuro y mi vida a un hombre así, aunque lo desee.

Steven no dijo nada, ese había sido su plan desde el principio, tuvo que reconocer para sí mismo, aún lo era, cuando fuera su esposa las cosas cambiarían y trataría de llevarla por el camino que el consideraba correcto para una mujer de su alcurnia, imponiéndose como su amo y señor si era necesario.

Su primer instinto fue prometerla que eso no pasaría, pero guardo silencio, ni siquiera él sabía si sería capaz de cumplir su palabra.

Maldita sea, esa mujer, por qué tenía que haberse adueñado de su alma, si era tan distinta a lo que él deseaba de una Dama a la que convertiría en su esposa.

—Entonces que vas a hacer —la pregunto, en cambio, sintiendo la necesidad de conocer sus planes antes de retirarse de una vez y dejar de rogarle por su cariño.

—Lo que siempre he querido hacer y con lo que llevo muchos años soñando —le dijo perdida en su secreta fantasía—. Unirme a una expedición a Egipto, en un par de años habré ahorrado lo suficiente como para hacerlo y eso es algo a lo que no voy a renunciar por un marido.

—Entiendo —fue todo lo que pudo decir, aunque en realidad no lo entendía.

—Lo dudo, tú precisamente eres el típico caballero inglés que nunca permitiría hacer algo así a su esposa.

—La gente cambia y yo estoy dispuesto a cambiar, solo tienes que confiar en mí.

—Palabras, solo son palabras.

Ambos se miraron a los ojos sabiendo que todo estaba dicho entre ellos.

—Tengo que irme ya, he estado demasiado tiempo fuera —se excusó, por su precipitada partida.

—Adiós.

Steven se quedó allí plantado, viendo como se alejaba, tomaba su caballo y partía por donde había venido, hasta que la perdió de vista.

Era hora de que él también se marchara, lo había intentado.

Nunca olvidaría a aquella mujer, pero estaba claro que él no era el hombre que deseaba a su lado el resto de su vida, o sí, solo tenía que demostrárselo, pero no tenía ni idea de como hacerlo.

Rendirse y seguir con sus planes de regresar a casa era la mejor decisión que podía tomar en esos momentos.

Por qué narices sus ojos se abnegaban de lágrimas, cada vez que pensaba en él, había hecho lo correcto, Dorset no era el tipo de hombre que deseaba como marido, pero aun así sentía su pérdida con toda su alma y su corazón no dejaba de gritarla que no lo dejase ir.

Que lo necesitaba a su lado para sentirse completa y realizada como persona.

Que ese hombre era el dueño de su vida, aunque ella se negara a entregársela.

Que a su lado volvería a reír, a sentirse llena de ilusión al despertar cada mañana, porque le vería sonreír solo porque ella estaba a su lado.

Pero le había rechazado y no creía que nunca más volviera a intentar hacerla su esposa, ni ella lo aceptaría sin otra cosa más que su palabra de que la respetaría, no servía de nada engañarse a sí misma con que cambiaría su respuesta, cuando sabía a ciencia cierta que no lo haría.

Nunca le olvidaría ni le reclamaría el corazón que la había robado con cada uno de sus besos, con sus conversaciones, tan poco convencionales, con sus miradas y sus gestos, lo único que podía hacer era aprender a vivir con sus recuerdos, pero sin él.

Era hora de empezar a hacerlo, se dijo, decidida a conseguirlo.

Capítulo 24

Maggie decidió pasarse la mañana lo más distraída posible, mientras esperaba que llegara la hora del almuerzo, cuando supuestamente llegaría el doctor Ulford.

Así que se encerró en su estudio a practicar los jeroglíficos egipcios que acababa de aprender.

Poco a poco su conocimiento sobre su forma de escritura se ampliaba, muchas veces gracias a Justin, quien la facilitaba material, como revistas especializadas o nuevos libros que llegaban al mercado por exploradores que acababan de regresar de una expedición o grandes conocedores del tema.

Sin él nunca hubiera podido avanzar tanto en sus estudios, ya que el hecho de ser mujer la impedía llegar, sobre todo, a las publicaciones en las revistas y a sus grandes descubrimientos.

Llevaba años preparándose como escribana para poder unirse algún día a una de esas expediciones y poder ver por sí misma aquellos jeroglíficos allí donde los egipcios los dejaron.

Una discreta llamada a la puerta la saco de sus cavilaciones.

—Adelante.

—Señorita Spencer, el doctor Ulford ha llegado —la anuncio su mayordomo desde el umbral.

—Gracias, iré enseguida —consiguió decir con un nudo en el estómago.

Por fin, podría hablar con él y tener respuestas a las preguntas que la atormentaban.

Coloco el material con el que había estado trabajando y ordeno su escritorio, con manos temblorosas, antes de tomar una respiración profunda para calmarse e ir en su búsqueda.

Oyó voces en la salita de recepción y fue hacia allí instintivamente.

—Oh, querida, ya estás aquí —exclamo, Donna, al verla parada en el umbral —ven acércate a nosotras —la invito.

—Buenos días —saludo a su tío y al doctor Ulford, quienes se habían arrellanado frente a la chimenea, al pasar para reunirse con su tía y otra señora, a quien no conocía en la mesa, junto a la ventana.

—Ella es la señora Ulford —la presento, Donna, a su acompañante —quien acompaña a su marido con la esperanza de encontrar alguna propiedad por la zona donde retirarse a pasar el verano.

—Encantada —la saludo sentándose a su lado —. Los Somerset puede que tengan algo disponible —comento sirviéndose una taza de té —Justin me comento algo sobre la casa del

lago, donde vivía su antiguo administrador, creo recordar.

—Oh, eso es una buena noticia, escribiré enseguida a lady Somerset para preguntarla —se ofreció, Donna, saliendo de la habitación.

—Maggie, dado que parece que el almuerzo se va a retrasar, quizás el doctor Ulford pueda verte ahora —la propuso, Bradford.

—Por mí no hay inconveniente.

—Sí, por favor, cuanto antes mejor.

—Bien, han preparado la salita verde para tal fin.

—Sígame, doctor —le pidió, Maggie, una vez salieron de la sala.

—Relájese, señorita Spencer, seguro que no hay motivos para ponerse así —la aconsejó, entrando tras ella en la sala.

La verdad es que estaba un poco preocupado por la agitada respiración que había escuchado al ir tras ella por los silenciosos pasillos de la mansión.

—Lo intentaré.

—Bien, qué la parece si nos sentamos —la pregunto señalando el diván junto al fuego.

Maggie fue hacia allí y se sentó en el filo, tensa como una cuerda de violín.

—Usted dirá —la invitó a que hablara, sentándose frente a ella en un sillón.

—En realidad son dos cosas las que deseaba preguntándole y con la esperanza de que pueda usted aclarar, aunque solo sea un poco, esta situación —le dijo, estrujándose las manos sobre sus piernas.

—Haré lo que pueda —la prometió, cada vez más intrigado.

Maggie tomó una respiración profunda y comenzó a contarle lo que le había oído decir en su cuarto de Londres y más tarde repitió a su tío en la intimidad de su despacho y que tanto atormentaba a ambos desde entonces.

—A de saber que, unas semanas antes de que ocurriera, me entregue a un caballero, perdiendo mi inocencia —le aclaro muerta de vergüenza, sintió como se sonrojaba y agacho la cabeza incapaz de sostenerle la mirada.

Ulford oculto su sorpresa lo mejor que pudo, la verdad es que nunca se hubiera esperado algo así, de la simple y formal, señorita Spencer.

—La verdad es que eso no cambia mi diagnóstico —la dijo, con la voz más ronca de lo normal, sentía la garganta reseca, hubiese agradecido un poco de agua en esos momentos —al llegar ya habían limpiado, por lo que no pude ver lo que realmente expulso en un primer momento.

—¿Si lo hubiese visto, lo sabría?

—Sí, sin lugar a dudas —afirmo, categórico —, pero como no fue así, me temo que no podremos ni descartar una posible interrupción de embarazo ni afirmar que estuviera en cinta en ese momento.

—Ya veo —comento desilusionada.

—Lo que ocurrió siempre será una incógnita, me temo.

Maggie se quedó unos momentos en silencio, sopesando sus palabras, se sentía tan abatida que solo deseaba llorar hasta quedarse sin lágrimas, había depositado todas sus esperanzas en que el doctor Ulford tuviera la respuesta que necesitaba, estaba preparada para enfrentarse al sí, tanto como al no, pero no a vivir con esa incertidumbre el resto de sus días.

—Antes ha mencionado que eran dos preguntas las que deseaba hacerme —dijo al ver como se derrumbaba frente a él.

—¿Qué? —murmuro levantando la cabeza—. Ah, sí.

—Pues dígame —la invito al ver como caía en un nuevo silencio.

—La verdad es que no sé cómo preguntarle esto —se sinceró, sintiendo como se acaloraba.

Ulford espero pacientemente a que reuniera el valor que parecía necesitar.

—Verá, hace unos días, volví a tener un encuentro con este caballero, el cual se vio interrumpido por un dolor tan intenso que me partía en dos, justo en el momento ... —vacilo en cuál sería la palabra correcta para describirlo —bueno, usted ya me entiende —concluyo sin encontrarla, muerta de vergüenza.

—Creo que sí —dijo, removiéndose incómodo en el sillón.

Definitivamente, esa era una de las conversaciones más extrañas que había mantenido con una paciente en toda su carrera.

Las damas de la familia Bradford, siempre había pensado que era extremadamente curiosas y siempre le exigían que les explicara hasta el más mínimo detalle, cada vez que requerían sus servicios, y la señorita Spencer acababa de confirmárselo.

—Si hubiera habido una interrupción de embarazo eso sería totalmente normal, dado que su cuerpo tardaría al menos dos meses en recuperarse de algo así, como para que sus encuentros no fueran dolorosos, incluso provocaran un nuevo sangrado, si decidieran no interrumpirlos por el dolor —la explico lo mejor que pudo lo que ocurría en el cuerpo de una mujer tras perder a su hijo.

—Entonces, ya podemos decir que estaba en cinta —le pregunto esperanzada.

—Me temo que no —se disculpó, al ver como se apagaba de nuevo el brillo de sus ojos —ha tenido un sangrado muy fuerte, durante muchos días, demás de extremadamente doloroso —la recordó lo que había ocurrido, tan solo un par de semanas antes —por lo que es más que probable que su cuerpo rechace, digamos, una invasión masculina, durante un tiempo, provocándola dolor.

—Ahh —balbuceo, hundiéndose de nuevo en la miseria, estaba claro que no había forma de afirmar si estaba en cinta o no, por más que ella lo deseara.

Era hora de rendirse y seguir adelante con su vida y sus sueños, se dijo decidida a superarlo de una vez por todas.

—Yo la aconsejaría que dejara pasar al menos dos meses desde el sangrado antes de volver a intentarlo de nuevo.

—Gracias, seguiré su consejo, aunque no creo que vuelva a tener la oportunidad —le

confesó, recordando como Steven se había despedido para siempre de ella, tan solo el día anterior.

La llegada del mayordomo anunciando el almuerzo dio por terminada su entrevista.

Ambos se levantaron y lo siguieron al comedor, donde los demás les esperaban.

Maggie se encogió por dentro al ver que los Condes de Somerset y Justin se habían unido a ellos.

No estaba en condiciones de pasarse toda la comida, defendiendo su postura de no contraer tan ventajoso matrimonio, que la mantendría, bajo su apellido, a salvo del escándalo.

No es esos momentos, cuando lo único que quería era huir a sus aposentos y refugiarse en su soledad.

Tenía que pensar, en todo lo que le había dicho el doctor Ulford para poder seguir adelante y olvidar todo lo que había ocurrido, incluso de Steven y sus caricias.

Porque iba a conseguirlo y dentro de dos años se marcharía a Egipto, como se había prometido a sí misma.

Tomo una respiración profunda y se recompuso lo mejor que pudo, antes de ocupar su lugar en la mesa, junto a su tía Donna.

—¿Todo bien?

—No, pero no hay manera de saber la verdad —la susurro apenada.

—Entiendo —murmuró solo para ella.

Maggie se dio cuenta de que Justin, sentado frente a ella, había estado muy pendiente de la conversación, en todo momento, y la miraba exigiéndola una explicación que no estaba dispuesta a darle, bajo ningún concepto, por lo que decidió ignorarlo, tomando la cuchara y concentrándose en su sopa.

Aislándose así de las conversaciones que se mantenían a su alrededor entre el resto de los comensales de la mesa.

Maggie no tuvo ocasión de reunirse con sus tíos antes de retirarse a sus aposentos para pasar la noche, ya que habían pasado el resto del día fuera, acompañando al doctor Ulford y a su esposa, visitando varias propiedades en la zona. Tras lo cual decidieron cenar en la posada antes de regresar a la casa, donde su tío los había ofrecido alojamiento durante los próximos días.

Maggie cerro la puerta y se dejó caer apoyando la espalda sobre ella, estaba agotada de poner buena cara y dar la impresión de que todo estaba bien, cuando en realidad no era así.

Sacudió la cabeza y se internó en la habitación con la intención de prepararse para la noche, vio la tisana que alguien había dejado sobre la mesita de noche y se lo agradeció en silencio.

Esa noche necesitaba dormir y no pasársela dando vueltas en su mente a su entrevista con el doctor Ulford, ya tendría tiempo mañana o incluso el resto de su vida para hacerlo.

Aunque no quisiera hacerlo, aún le quedaba enfrentarse a sus tíos y comunicarles que había decidido hacer con su futuro.

No creía que esta vez la apoyaran y no intentaran convencerla de que casarse con Lord

Kent era la mejor solución, tal y como no dejaban de repetir los Condes de Somerset.

Que fue exactamente lo que sucedió a la mañana siguiente cuando al fin pudieron hablar en privado.

Ambos se habían unido a los Condes de Somerset en cuanto a su matrimonio, aunque acordaron darla unos días para que lo pensara, pero dejándola bien claro cuál esperaban que fuera su respuesta.

Capítulo 25

—Señorita Spencer, ha llegado una misiva para usted —anuncio su mayordomo entrando en su despacho, donde se había refugiado, lejos de todo.

—Gracias —dijo, tomándola de la bandeja que la tendía.

Espero a que saliera de nuevo y cerrara la puerta antes de romper el sello y abrirla.

“Reúnete conmigo mañana en el mismo sitio, te estaré esperando hasta la hora del almuerzo”.

Aunque no traía ningún distintivo que pudiera identificar su procedencia, esta vez sabía a ciencia cierta quién la enviaba.

Una sonrisa tonta asomo a sus labios por el placer que le provocaba su próximo encuentro.

Volvió a doblarla con cuidado y la guardo en el cajón central de su escritorio, junto a la otra, como si fuera su mayor tesoro.

Steven caminaba nervioso, de un lado a otro, a la entrada del viejo puente de piedra, no esperaba que nada cambiara entre ellos, ni siquiera sabía porque lo había hecho, su único deseo era verla sonreír de nuevo.

Desde su último encuentro en el jardín de los Trenton, la luz de su mirada se había apagado, tenía la sensación de que algo la carcomía por dentro.

Primero pensó, que estaba preocupada por su salud, tras lo ocurrido, que lo estaba y él también.

No poder hablar con el médico al día siguiente no supuso el alivio que ambos esperaban, pero parecía haberse conformado e incluso la oyó reír en alguna ocasión mientras ayudaba con los preparativos de la boda.

Después vinieron los rumores y aunque no estuvo a su lado cuando estallaron para poder ver su reacción, sí pudo constatar lo presionada que estaba por los Somerset a aceptar su casamiento con Lord Kent.

De momento, parecía que su familia la apoyaba, pero algo le decía que pronto dejarían de hacerlo.

Aun así, presentía que había algo más, algo que desconocía y le mantenía muy preocupado.

Solo esperaba que con su gesto las cosas cambiaran para ella.

Oyó los cascos de un caballo acercándose y se volvió hacia el sonido, para verla aparecer

entre los árboles, cabalgando hacia él como una reina, nacida para tener su trono sobre la montura.

La observo bajarse del caballo e ir hacia él.

Su caminar pesado y la cabeza baja, le dijeron que las cosas habían empeorado para ella en tan pocos días como habían estado separados.

Sintió un nudo en el estómago y tuvo que obligarse a permanecer en su lugar, cuando lo único que deseaba era ir a su encuentro y estrecharla entre sus brazos para confortarla.

—Buenos días, Steven, no esperaba volver a veros, creí que os marchabais a Dorset tras nuestro último encuentro —le confesó sin poder mirarle a los ojos.

Steven se tensó al oírla, muy pocas veces le había llamado por su nombre, aunque a él le encantaba oírsele decir.

Las cosas estaban peor de lo que pensaba.

—Buenos días —fue todo lo que pudo decir, lleno de impotencia.

Maggie levantó la mirada hacia él, sin saber que hacer o decir, verle la había sumido en una tristeza aún más profunda de la que ya la embargaba.

Sintió como las fuerzas la abandonaban, estaba cansada de luchar con los demonios que habitaban su mente, pero sobre todo de hacerlo sola.

—Puedes abrazarme, aunque solo sea un momento, por favor —le suplico con los ojos abnegados por las lágrimas.

Steven no necesito más, dio un paso hacia ella y la estrecho contra su pecho, sintió como sus lágrimas silenciosas le mojaban la camisa y la apretó aún más contra su cuerpo.

Su mente giraba llena de preguntas que necesitaban respuestas, su dolor se estaba clavando en su alma, pero por el momento solo podía esperar y estar allí para ella.

Que le hubiera pedido, a él, que la abrazara, ya era en sí un milagro, no podía estropearlo con cualquier estupidez que deseara.

—Ojalá fueras el hombre que dices ser —murmuro separándose de él y dando un paso atrás.

—Nunca lo sabrás, sino te arriesgas para comprobarlo —la replico, sintiendo como se enervaba por su falta de confianza.

Maggie se secó las lágrimas con el pañuelo que él la tendía en silencio, sabía que él tenía razón, pero no era tan valiente como para hacerlo.

Era mucho lo que estaba en juego.

—Supongo que los Somerset han conseguido doblegarte para que aceptes a Lord Kent y es eso lo que te apena —dijo cambiando de tema al ver su silencio.

—Aún no, pero no tardarán en conseguir lo que quieren —dijo, dándose cuenta por primera vez que tarde o temprano eso ocurriría.

—Eso quiere decir que he regresado a tiempo —comento rebuscando en el bolsillo interior de su chaqueta —espero que esto te ayude a tomar la mejor decisión o a escapar de un destino que no deseas —dijo, tendiéndole el sobre que había estado buscando.

Maggie lo tomo con las manos temblorosas, dando un paso atrás al ver su contenido, levanto la cabeza de los papeles que sujetaba para mirarle a los ojos pidiéndole una explicación, en silencio, era incapaz de articular palabra.

Esto sí que no se lo esperaba.

—Durham me hablo de esta expedición a la que está pensando unirse en el lugar de Lord Kent, patrocinada por un amigo común, el Duque de Weybridge —le explico —así que fui a verle y le pedí un puesto para ti como escribano.

Steven se la quedo mirando esperando su reacción, pero al ver que no se producía, continuó hablando.

—Partirán el lunes próximo, al amanecer, de los muelles de Londres y estarán fuera seis meses —la informo de los pormenores —tiempo más que suficiente para que todo se haya olvidado a tu regreso y puedas continuar con tu vida, sin verte obligada a casarte con Lord Kent, ni a nada que no desees hacer.

—¿Qué quieres a cambio? —le pregunto desconfiando de sus intenciones.

—Nada, es un regalo —la contestó, furioso —por una vez en tu vida podías intentar confiar en mí.

Maggie sintió que se sonrojaba ante su regaño y bajo la vista a los papeles que aún sostenía maravillada, era un pasaje a su nombre para Egipto con uno de los más famosos expertos de su tiempo, el profesor Callem, considerado una eminencia entre sus pares.

Todas sus excavaciones habían resultado un éxito, regresando a casa con verdaderos tesoros para sus patrocinadores y grandes estudios sobre la civilización del antiguo Egipto, pero no solo era eso, era un pasaje hacia su libertad y la posibilidad de hacer realidad su sueño.

Y Steven se lo había entregado sin pedir nada a cambio.

—No sé que decir, gracias, supongo —le dijo abrazando su tesoro junto a su pecho —espero que mi familia no ponga objeción a ello.

—Espero que no, la verdad es que no había pensado en eso —comento confuso al darse cuenta de su error al no haber previsto esa posibilidad.

Si se negaban a su partida se sentiría devastada y aún más apenada de lo que ya estaba.

Estúpido, idiota, se regañó en silencio, debería haber hablado antes con Lord Bradford, para no causarla un dolor innecesario, pero no lo había hecho y ahora sería el único responsable de su llanto por ver su sueño roto en mil pedazos.

Maldita sea, eso no era lo que buscaba, él solo quería devolverla las ganas de reír y la luz a esos maravillosos ojos que le cautivaban cuando lo miraban.

—Tienes cuatro días para convencerlos y prepararlo todo para el viaje —la recordó tratando de animarla.

—Tiempo más que suficiente —murmuro distraída —y para pensar si decido ir a pesar de su oposición.

—En ese caso, yo mismo os llevaré a Londres —se ofreció, retrasando su partida a casa una vez más por complacer a aquella mujer que no deseaba ser su esposa, se recordó, a sí mismo —partiremos el domingo después del almuerzo, si viajamos toda la noche llegaremos a los

muelles a tiempo.

—Gracias, pero no es necesario, siempre puedo tomar el coche de postas a la ciudad en la posada del pueblo.

—No, esa no es la manera apropiada de viajar de una Dama como vos —se opuso instintivamente a semejante barbaridad.

—No es tan malo —le replico a la defensiva —además no deseo retrasaros en vuestra partida.

—Por el amor de Dios, por una vez podríais ser capaz de aceptar los consejos de un hombre, sin pensar que os está imponiendo su voluntad y que solo desea lo mejor para vos —la regañó, furioso, cansado de sus réplicas hasta por el más mínimo comentario.

Era imposible poder vivir con una mujer así, pensó, siempre teniendo que tener cuidado con sus palabras para que no pudiera tergiversarlas.

Sería de lo más agotador y frustrante no poder ser uno mismo ni delante de su esposa en la intimidad de su hogar.

Por favor, no le desearía eso ni a su peor enemigo.

¡Que tortura!

—Mis disculpas, siento no ser una dócil dama en apuros, postrada a vuestros pies, esperando que la salvéis de cualquier desdicha y la guíeis con los ojos cerrados por los senderos de la vida —le replico furiosa.

—Si lo fuerais, no estaría tan desesperado por haceros mi esposa, ni estaría aquí tratando de complaceros, solo por ver de nuevo una de vuestras sonrisas —le confesó a su pesar, antes de que pudiera contenerse de nuevo.

Maggie dio un paso atrás ante su exabrupto, sorprendida, él todavía quería que fuera su Marquesa, se dijo asombrada por tal descubrimiento, aún la quería a su lado.

Sintió como su corazón se aceleraba y su respiración se agitaba al comprenderlo.

Steven no pudo evitarlo y se acercó a ella para besarla con toda la pasión que llevaba dentro, devorando su boca con un beso tan abrasador que los sorprendió a ambos por las necesidades que transmitía.

Maggie se obligó a dar un paso atrás y separarse de él, antes de que la pasión los consumiera, al recordar las palabras del doctor Ulford de que debían esperar un tiempo antes de poder disfrutar de nuevo del placer de estar juntos.

—Yo ... —le dijo dispuesta a contarle su entrevista con el médico —hay ...

—Me quedaré en Englefield hasta el domingo —la corto dolido por su desprecio —os esperaré en el patio de la posada después del almuerzo —la recordó —si no habéis aparecido para el anochecer, entenderé que no necesitáis mis servicios y me marcharé —la informo dando media vuelta, yendo hacia su caballo, dejándola allí plantada viendo como se alejaba, ya estaba harto de escucharla, fuera lo que fuera lo que quisiera contarle para justificar su rechazo, abandonando sus labios y saliendo de su abrazo.

Harto, estaba más que harto.

Maggie le vio partir confundida por su enfado, pero sin hacer nada para detenerle, se

quedó allí parada hasta que se perdió en el horizonte.

Era hora de regresar a casa, se dijo, obligándose a volver junto a su montura, tenía mucho en lo que pensar y aún más sobre lo que decidir.

Capítulo 26

Maggie regresó a la casa y fue directa a su estudio, donde se encerró hasta la cena.

Se sentó en un sillón frente a la chimenea apagada, perdida en sus pensamientos.

En algún momento alguien la trajo una bandeja con el almuerzo, pero ni siquiera se dio cuenta de ello.

Oyó las campanadas de algún reloj anunciando que se acercaba la hora de la cena, las cuales la sacaron de sus pensamientos, se incorporó perezosa y fue a su cuarto para prepararse.

—Así que estás decidida a no casarte con Justin, a pesar de ser la única manera de salir de este atolladero con la cabeza bien alta —la pregunto Bradford, una vez estuvieron instalados en la salita, para pasar el resto de la velada.

—Sí, tío.

—Ya sabes que nosotros solo queremos tu bienestar —la recordó, Donna —, pero tal y como están las cosas, yo te aconsejaría que te lo replantearas.

—No, tía, no cambiaré de idea —la respondió, manteniéndose firme en su decisión.

—Lord Kent es un buen hombre que podría hacerte feliz si se lo permitieras —insistió, Bradford, comenzando a perder la paciencia con la testaruda de su sobrina.

—Lo sé, tío, pero no lo amo.

—Tonterías, ninguna dama se casa enamora de su esposo —replico, Donna, enfadada — quizás un poco ilusionada, si tiene suerte, pero nunca enamorada.

Maggie guardó silencio ante sus palabras, ya sabía el tipo de matrimonio que se daba entre sus pares, un simple contrato de comercio, donde ambas familias unían su poder y fortuna, con el fin de beneficiarse con dicha unión.

Eso no era para ella.

Ella necesitaba algo más que un simple papel para entregarse a un hombre, el cual sería su amo el resto de su vida, pero se abstuvo de comentarles nada a sus tíos sobre eso, ellos nunca lo entenderían y les daría un arma con la que presionarla aún más de lo que ya estaban haciendo.

—Eres tan testaruda como tu madre —refunfuño, Bradford, enfadado —y estás demostrando tener tan poco cerebro como ella.

Un silencio incómodo cayó en la habitación tras sus palabras, solo roto por el chispear del fuego.

—En realidad, hay algo que quería decirte —murmuro, Maggie, sin mucha confianza — me han ofrecido un puesto de escribana en una expedición que sale para Egipto en cuatro días y

he decidido aceptarlo.

Bradford y Donna se volvieron hacia ella expectantes, exigiéndola que se explicara con la mirada.

Maggie tragó saliva para darse valor, la hubiera gustado que fuera un poco de brandy o cualquier otro licor, pero eso era lo único con lo que contaba.

Paseo la vista entre ambos y comenzó a contarles su entrevista con Dorset, de esa misma mañana, y como había conseguido que la admitieran.

Ambos permanecían muy atentos a cada una de sus palabras.

—Ese golfo malnacido debería haberte propuesto matrimonio en lugar de darte un billete para que te marches del país —estallo, Donna, llena de ira —él muy sin vergüenza, menudo caballero sin honor está hecho. Estoy tentada a ir yo misma a Dorset a decirle a la cara lo que pienso de sus libertinajes.

—Tía, por favor, él solo intenta ayudarme —le defendió al verla tan disgustada con su sobrino favorito.

—Eludiendo su responsabilidad tras meterse bajo tus faldas —contraataco, furiosa.

Maggie la miro sorprendida sin saber muy bien que decir.

—Hablo conmigo para solicitar su mano, aunque luego se retractó —dijo, Bradford, quien había permanecido en silencio, atento a la conversación entre las damas.

—Entonces, eso quiere decir que también lo has rechazado —la acuso, Donna, sin poder contenerse.

Maggie se sonrojó avergonzada, su tía había adivinado su historia con Dorset en tan solo unos minutos.

—De ser así, será mejor que tomes ese pasaje y te marches por un tiempo, eso calmará los ánimos y acallará los rumores —sentencio, Bradford, sopesándolo —ahora ve a tu habitación y descansa, mañana estarás muy ocupada, preparándolo todo para tan largo viaje —la ordeno sin llegar a mirarla.

—Bradford ... —protesto, Donna, escandalizada.

—Sí, tío —dijo poniéndose en pie —buenas noches —les deseo saliendo de la habitación rumbo a sus aposentos.

Capítulo 27

Maggie entró en el patio de la posada de Englefield poco antes del almuerzo, acompañada de sus tíos, los Condes de Somerset y Justin, quienes habían insistido en celebrar un almuerzo de despedida junto con Dorset.

El cual no tenía ni idea de lo que le esperaba.

Aunque todos habían prometido comportarse con educación y no presionar al Marqués en ningún sentido, Maggie no confiaba demasiado en que cumplieran con su palabra y no acabaran montando un escándalo haciendo que ambos se avergonzaran.

Sobretudo su tía Donna, quien seguía muy enfadada con su sobrino por la manera tan poco honrosa con la que se había comportado con ella al no hacerla su esposa a la mañana siguiente de yacer a su lado.

Gracias a Dios, que no conocía los detalles de como había ocurrido o su enfado, se convertiría en cólera y Dios sabe de que sería capaz de hacer.

Lady Somerset tampoco estaba contenta con su decisión de marcharse por lo que podía montar un buen alboroto en cualquier momento y más cuando supo que su propio hijo, quien había prometido quedarse en Inglaterra hasta encontrar esposa y proporcionar un heredero para el condado, había recuperado su puesto en la expedición y también se marchaba.

Algo que a Dorset no le iba a gustar nada de nada, pensó, Maggie, caminando hacia la puerta por donde este acababa de salir.

Secretamente y no tan secretamente, ya había proclamado a los cuatro vientos, su esperanza de que durante ese tiempo que estarían fuera, Justin fuera capaz de convencerla y regresaran a casa como marido y mujer.

Estaba dispuesta, incluso, a renunciar a la gran boda que siempre había querido para él, con tal de que Maggie le aceptara.

Por lo menos, Lady Somerset, desconocía cuál era su relación real con el Marqués y pensaba que solo la acompañaba a Londres por ser un miembro de la familia, que viajaba, casualmente, a la ciudad ese día.

Así que sus últimas horas en Inglaterra estarían envueltas en mentiras para salvaguardar las apariencias y no en un viaje tranquilo donde tendría la oportunidad de hablar con Steven, tal y como había pensado.

Su oportunidad de aclarar las cosas entre ellos, tras su última discusión, se había esfumado y eso la estaba consumiendo por dentro.

—Lord Dorset —le saluda con una ligera inclinación de cabeza al llegar frente a él —mis

disculpas, pero insistieron en acompañarme para despedirse.

—Aunque yo pretendo abusar de su amabilidad al acompañarles a Londres y viajar con ustedes —dijo, Lord Kent, uniéndose a ellos.

Dorset no pudo hacer otra cosa que cabecear su acuerdo, aunque ardía por dentro, esa era su última oportunidad de pasar un tiempo a solas con Maggie, disfrutando de su agradable compañía, y ese botarate acababa de fastidiárselo.

—No es una gran coincidencia que Justin haya recuperado su puesto en la expedición y vaya a viajar con ella a Egipto —anuncio, Lady Somerset, ilusionada —quién sabe que pasara entre ellos durante tantos meses que estarán fuera.

—Buf —bufo, Donna, adelantándose para que la besara en la mejilla como era su costumbre —querido.

Dorset se inclinó obediente, pero no llegó a rozar su mejilla.

—Voy a cortarte tus adoradas joyas en rodajas y hacerme un collar con ellas —le susurro al oído para que solo él lo oyera.

Dorset se incorporó sorprendido por la ira que había notado en su voz, seguro de que su tía era más que capaz de cumplir con su amenaza.

¿Qué demonios le había contado Maggie sobre ellos?, se preguntó, temeroso de que supiera de sus encuentros.

—Tranquilo, muchacho, solo está enfadada de que seas el motivo por el cual nuestra querida niña se aleje de nosotros —comento, Bradford, quedándose un paso atrás de los demás a su lado —te he traído esto —continuo tendiéndole un sobre con discreción —haz uso de ello antes de que embarque en ese maldito barco —le advirtió veladamente —solo tienes que obligarla a que te diga que piensa el médico, el resto es cosa tuya —murmuro, adelantándose y uniéndose a los demás que ya habían entrado a la posada.

Dorset se giró de espaldas a la puerta y abrió el sobre, antes de estallar en carcajadas al ver su contenido.

Ya tenía dos de esos y no creía que tuviera la oportunidad de usar ninguno de ellos, sacudió la cabeza, divertido por toda esa situación y decidió reunirse con los demás antes de que salieran a buscarle, arrastrándole dentro.

Maggie, suspiro aliviada cuando la puerta del carruaje se cerró tras ella y este se puso en marcha, por fin.

La verdad es que todos se habían comportado durante el almuerzo y salvo por alguna indirecta, en relación con su partida, a la cual nadie respondía, habían cumplido su palabra y tenía un buen recuerdo de despedida.

Si Justin hubiese decidido viajar por su cuenta en el último momento, todo hubiera salido perfecto, pensó, viéndole sentado junto a Steven en el asiento de enfrente.

Este iba a ser un viaje muy largo, lleno de tensión, hasta llegar a Londres, vaticino al verlos a los dos desafiantes, pero tratando de mantener la compostura.

—Creía que Lord Durham había ocupado vuestro puesto en la expedición, una vez renunciasteis —comentó, Dorset, rompiendo el tenso silencio.

—Y así es, ambos viajaremos como ayudantes del profesor Callem —le confirmo, Justin, sin apartar la mirada de Maggie, quien fingía estar muy interesada en el paisaje exterior, desde que habían salido de la posada, evitando mirarlos.

—Me alegra oír eso, Durham, parecía muy ilusionado con este viaje, la última vez que le vi —le confesó, Dorset.

—Tranquilo, no estoy ocupando el lugar de vuestro amigo.

—En todo caso el ocupaba el vuestro.

—Solo estoy aquí para cuidar de ella —le confesó, preocupado —, que una mujer sola y soltera vaya a aquel país, con unas costumbres tan distintas a las nuestras, no es buena idea. Y eso sin contar los peligros que el desierto esconde para todos nosotros.

—No me crees capaz de cuidarme por mí misma —se volvió hacia él enfadada.

—No, necesitas a un hombre que se responsabilice de ti y se comprometa a cuidarte —la explico, tratando de conservar la calma —las cosas en Egipto son muy distintas para las mujeres, quienes tan solo son concubinas con las que comercializar —quiso dejarla claro, aunque con ello solo consiguiera asustarla —. Una vez estemos allí lo comprenderás.

—Puede que eso sea así, pero eso no conseguiré que me convierta en tu esposa.

—Ni yo te tomaría, salvo en caso de extrema necesidad.

—Bien, entonces estamos de acuerdo, nada de matrimonio —sentencio, dando por zanjado el asunto.

—Estoy de acuerdo con eso, pero estarás bajo mi protección —la recordó malhumorado.

—Ja.

Dorset se había mantenido en silencio muy atento a la conversación que mantenían entre ellos, respiro aliviado al oírles llegar a aún acuerdo en cuanto a su posible matrimonio. Pero las palabras de Lord Kent, sobre como trataban allí a las mujeres y los posibles peligros a los que se enfrentaría, le habían preocupado aún más de lo que ya lo estaba.

Los próximos seis meses iban a ser un infierno.

—No, no digas nada —dijo Maggie, adivinando sus intenciones —necesito respirar aire fresco —anuncio, notando como el carruaje se detenía para su primer cambio de caballos.

Abrió la portezuela y salto al exterior, tomando el camino junto a la cerca, alejándose de ellos.

—Es mejor dejarla sola —le advirtió, Justin, tomándolo del brazo para detenerle al ver que salía tras ella —no se alejara demasiado, podemos vigilarla desde aquí.

Dorset se volvió hacia él, malhumorado, pero lo pensó mejor y fue hacia el cercado, era mejor así, pensó, tomando un cigarrillo de su pitillera.

Justin se unió a él sin apartar la vista de su amiga, preocupado.

Maggie regreso justo cuando acaban de enganchar los nuevos caballos y estaban listos para continuar viaje.

Justin la observo mientras se acoplaba en su asiento, frente al suyo, y supo, por instinto, que estaba preocupada por algo, se la veía tensa y agobiada. Como si ese viaje fuera una tortura

para ella, en lugar de brindarle la posibilidad de cumplir su sueño, por el que llevaba luchando desde que supo de la existencia de las pirámides y que los egipcios las construyeron.

Siempre había querido formar parte de ello, de los descubrimientos, descifrar sus jeroglíficos, pero no parecía feliz por haberlo conseguido.

Se preguntó que sería y por qué no le había confiado sus problemas, como tantas otras veces.

Hablar de ellos siempre la ayudaba a verlos con otra perspectiva.

Maggie había cambiado, ya no era la misma, pensó, mirándola ahí, sentada, parecía una niña perdida que no sabía en quién confiar o con quién hablar.

Sería mejor no presionarla por el momento, estaba seguro de que cuando estuviera lista, ella sola acudiría a él y se lo contaría, para que la aconsejara, se dijo a sí mismo.

Comenzando una conversación trivial sobre los últimos cotilleos que circulaban por Londres entre sus pares, que a ninguno de los tres le interesaba lo más mínimo, pero en la que todos participaron, manteniéndolos entretenidos las dos siguientes horas, hasta la próxima parada.

Dorset bajo del carruaje en cuanto se detuvieron, la noche hacía rato que había caído, por lo que, en esta ocasión, disfrutarían de una abundante cena antes de reanudar su viaje.

—He reservado un saloncito privado donde podremos descansar mientras cenamos —les informo caminando hacia la puerta donde ya les esperaba el posadero.

—¿Eso no nos retrasará? —quiso saber Maggie, contrariada al oírle.

—No creo, aunque nos detengamos por una hora a descansar, aún llegaríamos con más de dos horas antes de que el barco zarpe —la contesto, Justin, consultando su reloj, para confirmar sus cálculos.

—Relájate, lo tengo todo controlado —la aconsejo, Dorset, echándose a un lado para dejarla pasar.

—Estoy segura de eso —le contesto esbozando una tímida sonrisa solo para él.

Steven la miro desconcertado, quería verla de nuevo, pero no había nada que pudiera hacer con Lord Kent presente en todo momento junto a ellos, tomo una respiración profunda, resignado y entro tras ella.

Maggie fue la última en salir de la posada, ya que había ido al escusado tras la cena, quedándose totalmente sorprendida al ver a los Condes de Surrey charlando amigablemente con Steven y Justin junto a los carruajes.

Clara fue la primera en advertir su presencia y fue directa hacia ella.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —la pregunto extrañada —se suponía que debíais estar en un barco rumbo a Europa o al menos eso es lo que pensamos todos —la dijo refiriéndose a sus tíos.

—Nos encontramos a Durham en los muelles y nos comentó tus planes de unirme a ellos —la explico como habían llegado a saber de su partida —. Así que hemos retrasado nuestro viaje para despedirte y desearte suerte en esta nueva aventura que estás a punto de emprender.

—Para eso no era necesario venir hasta aquí en plena noche —dijo, Justin, no creyéndose

ni una palabra de lo que les había contado.

—Me apetecía ver a Maggie —le replicó, desafiante —tenemos muchas cosas de las que hablar —dijo, tomándola del brazo y caminando hacia su propio carruaje —nosotras viajaremos solas —anuncio, dejando a los tres caballeros que las acompañaban junto al carruaje de Dorset, sorprendidos.

—¿Qué está pasando? —la pregunto, Clara, una vez se pusieron en marcha —y date prisa, porque tan solo disponemos de dos horas hasta la próxima parada.

Maggie se la quedó mirando en silencio, sopesando que debía contarla y que no.

Antes de que se diera cuenta la estaba hablando de como conoció a Steven y todo lo que ocurrió después entre ellos.

Incluso de su desafortunado desliz con Justin en el parque, pero lo que más la alivio fue poder hablar sobre su entrevista con el doctor Ulford sin tener que ocultar nada.

Poder sincerarse con Clara, la estaba haciendo ver muchas cosas que hasta ahora era incapaz de atisbar y la estaba sentando verdaderamente bien para su alma.

No se había dado cuenta del daño que se estaba haciendo a sí misma, cargando con ese peso sobre sus hombros ella sola.

Clara se mantuvo observándola en silencio, sabía desde el primer momento que entre ella y Dorset había ocurrido algo, pero Maggie aún no estaba lista para contárselo, por lo que decidió esperar a que lo estuviera mientras permanecía atenta a cualquier acercamiento entre ellos, pero nunca hubiera imaginado algo así.

Ambos habían sido muy discretos, manteniendo sus encuentros lejos de los ojos de la sociedad, bravo por ellos, los felicito mentalmente por haberlo conseguido.

Nadie sospechaba nada de todo eso o si no ella lo sabría.

—Y tu intención es embarcarte en ese viaje y huir dejándolo todo atrás —la pregunto una vez hubo terminado —. No es propio de ti.

—No hay nada más que pueda hacer —se defendió de su acusación velada, llamándola cobarde.

—Por supuesto, que si —replicó enfadada por su actitud derrotista —enfrentarte a tus sentimientos hacia él y arriesgarte a ser feliz, en lugar de convertirte en una mujer triste y amargada, preguntándose el resto de su vida, como podría haber sido si hubiera tenido el valor de darle una oportunidad.

—No es tan simple, Dorset, es demasiado autoritario y retrógrado en cuanto a las mujeres.

—Por supuesto, que sí, su padre el Duque hizo un gran trabajo educándole de esa manera —tuvo que reconocer a regañadientes.

—Entonces, como me puedes pedir siquiera que lo reconsidere —la pregunto, confundida —tan poco te importa mi felicidad como para condenarme a una vida así, bajo su yugo, el resto de mi existencia.

—Por favor, es que no has aprendido nada de tu tiempo en Londres esta Temporada —la pregunto, alarmada, al darse cuenta de que ese era realmente el problema que la impedía confiar

en él.

—No sé a que te refieres —le confesó, totalmente perdida, de a donde quería llegar —por supuesto, que he aprendido muchas cosas, pero nada que pueda ayudarme con mi problema.

—El problema no es Dorset, sino tú.

Maggie abrió los ojos, sorprendida, al oírla.

—Es en ti en quien realmente no confías —la reprocho, convencida de ello —en tu capacidad de poder manejar su autoridad sobre tu persona.

Maggie no dijo nada y espero a que continuara.

—Pues déjame que te diga que eres más que capaz de construir un hogar feliz a su lado, para ambos.

—Pues no sé cómo.

—Fácil, solo tienes que ver lo que has conseguido hasta ahora —trato de explicárselo —le has puesto de rodillas, has conseguido que te proponga matrimonio y que continúe proponiéndotelo una y otra vez, tras tus múltiples rechazos, no dándose por vencido, sino que además te ha regalado tu sueño, la posibilidad de hacerlo realidad, a la vez que escapas de un futuro que no desees junto a Justin y sin pedirte nada a cambio, solo por el simple placer de ayudarte a salir del atolladero donde te has metido tu solita.

—Solo quiere casarse conmigo para salvar su honor por tomar mi inocencia —la replico enfadada al ver que no había comprendido nada de lo que la había contado.

—¿Qué honor? —la pregunto, comenzando a desesperarse ante su testarudez —. Aunque todo saliera a la luz, Steven, seguiría siendo el Marqués de Dorset y el heredero del Duque, nadie le daría la espalda, ni le repudiaría por sus actos, gracias a su título y su fortuna —la explico armándose de paciencia —. Tú y solo tú, saldrías perjudicada de todo esto, repudiada por haberle permitido que se metiera bajo tus faldas sin tener su anilla en tu dedo, mientras que él sería felicitado por aprovechar la oportunidad de conseguir otra conquista.

Maggie la miraba en silencio, totalmente escandalizada al oírla, pero sabiendo que eso sería exactamente lo que ocurriría si su relación con Steven salía a la luz.

—Maggie, Dorset está dispuesto a hacer lo que sea necesario para que seas feliz, solo tienes que darle la oportunidad de hacerlo —la dijo bajando el tono, ya más calmada —deberías pensar en ello y en como será tu vida cuando él ya no este a tu lado y tu corazón grite por haberlo dejado ir.

Maggie notó que el carruaje desaceleraba para entrar en la última casa de postas en la que pararían antes de llegar a la ciudad.

—Una cosa más que no has tenido en cuenta —dijo —en el supuesto de que todo saliera mal en vuestro matrimonio, tal y como tú temes, lo peor que podría pasar es que tuvierais que estar juntos hasta darle un heredero y el de repuesto, tras lo cual podríais hacer vidas separadas, él en Londres y tú en el campo, por ejemplo, como hacen casi todos los matrimonios que han sido concertados entre nuestros pares.

—Te dejaré sola para que pienses en todo lo que hemos hablado el resto del viaje —dijo, Clara incorporándose para salir del carruaje —, pero date prisa, el tiempo se acaba, en poco más de una hora llegaremos a los muelles y lo que hagas a partir de ahí, marcará tu vida para siempre

—concluyo, descendiendo y uniéndose a los caballeros que la esperaban.

Dorset miro el carruaje desconfiado, al ver que no descendía tras ella.

—Viajará sola el resto del camino —les anuncio —vosotros por contrapartida tendréis el placer de disfrutar de mi compañía el resto del viaje —les informo, yendo hacia la portezuela al ver que estaban a punto de partir.

Echo un vistazo por encima del hombro al otro carruaje, Maggie, tú puedes, solo tienes que reunir el coraje para hacerlo, todo saldrá bien, te lo prometo, pensó, mientras se acomodaba en su asiento.

Capítulo 28

Maggie sintió como volvían a ponerse en marcha y se recostó sobre su asiento.

Clara tenía razón, tenía mucho en lo que pensar y muy poco tiempo para hacerlo.

Tomar una decisión así no sería fácil, debía rebuscar en su interior y rememorar cada uno de los momentos que habían compartido juntos en el pasado, ese era un buen comienzo, pensó, cerrando los ojos, dejándose llevar por los recuerdos y lo que había sentido al vivirlos.

—Y Lord Kent es mejor hombre que yo para ser tu esposo —recordó que Dorset le había preguntado la última vez que se vieron y que ella no había contestado, sorprendida, sopesando sus palabras.

No podía negar lo que ya sabía, pensó, comparándolos.

Eran hombres muy distintos, con uno tendría una vida idílica sin sobresaltos, mientras que el otro la ofrecía todo lo contrario.

Con Steven, su vida estaría llena de risas y lágrimas, pero con una pasión que los desbordaba a ambos.

Cada día sería un desafío, una nueva aventura que superar, llenando su vida de sol, cada amanecer, les iluminaría con su luz, porque todo ello viviría en su mirada cada despertar al darla los buenos días.

Steven era a quien había elegido y hasta ahora ni ella misma lo sabía.

De repente sintió como el llanto la sacudía, había estado tan cerca de perderlo, incluso ahora puede que no la aceptara cuando le contara su secreto.

Había perdido su oportunidad de ser su Marquesa, por culpa de sus dudas y sus miedos.

Pero tenía que decírselo, él merecía saberlo, puede que cuando volviera, él la hubiera perdonado, aunque para entonces ya habría encontrado a otra a quien convertir en su esposa.

Clara tenía razón, estaba siendo una cobarde, ocultándose detrás de su autoritario carácter, por miedo a entregarle su amor y que él lo pisoteara delante de sus narices, aprovechándose de ello para hacerla su esclava.

Pero si no se arriesgaba a que él la respetara, qué la quedaría.

Nada, absolutamente nada.

Se incorporó dando un respingo en el asiento, quedándose completamente recta en el borde.

Arriesgarse poniendo su futuro en sus manos y el resto de su existencia, era la única manera de saberlo, solo esperaba que no hubiera tomado la decisión demasiado tarde y aún

tuviera la oportunidad de averiguarlo, pensó, rezando una plegaria en silencio.

Una vez que había tomado la decisión de intentarlo, consiguió relajarse, por primera vez desde hacía mucho tiempo, probablemente desde que le había conocido aquella noche tan lejana en su mente, en esa posada y se entregó a él.

Por fin, sabía lo que debía hacer al respecto.

Noto que el carruaje comenzaba a bajar de velocidad, sintiendo como sus nervios se tensaban cada vez más en su estómago, según se acercaban a los muelles.

Tomo una respiración profunda antes de incorporarse y descender por la portezuela que uno de los lacayos, sujetaba para ella.

Dorset fue el primero en bajar y fue directo hacia el de Surrey, donde viajaba Maggie, ya habían llegado a su destino y su vida entera se decidiría en los próximos minutos.

Él había esperado que pudieran hablar durante la noche, pero no habían tenido ni un solo momento de intimidad para hacerlo, con todos esos entrometidos, que eso eran exactamente lo que eran, a su alrededor.

El tiempo se había acabado, en tan solo un suspiro, sin que hubieran podido aclarar tantas cosas entre ellos, tantos malentendidos, tantos sentimientos, que ya no sabía donde ocultarlos.

Pero no se rendiría, aún no, hasta que ese maldito barco no zarpara con ella dentro, mientras él la despedía desde el muelle.

Hasta entonces aún había esperanza para ellos.

Capítulo 29

Maggie le vio caminar decidido hacia ella y fue directa a su encuentro, que Dios la ayudara, rogó en silencio, al acercarse.

—Tenemos que hablar —dijo, parándose frente a ella.

—Ven conmigo a Egipto —le pidió, antes de que pudiera arrepentirse de ello —sé mi compañero en esta gran aventura que es mi sueño.

Hablaron ambos a la vez, para después quedarse en silencio, mirándose el uno al otro.

—Solo siendo tu esposo —la respondió muy serio —no podría hacerlo de otra manera, aunque quisiese, te quiero Maggie Spencer y deseo estar a tu lado el resto de mi vida.

Maggie le miro con los ojos muy abiertos, sorprendida por su declaración, pero con un brillo especial en la mirada.

La quería, había dicho que la quería, a ella, que la necesitaba en su vida, una sonrisa de pura felicidad asomo tímidamente a sus labios, antes de volver a ponerse seria.

—De acuerdo, me casaré contigo, pero tendremos que esperar a llegar a Egipto, ahora no hay tiempo para buscar un párroco y que nos case antes de que embarquemos.

—No, subiremos a ese barco como marido y mujer —la contradijo decidido —yo me encargaré de eso.

—Pero, cómo ... —protesto, viendo como su sueño se le escurría entre los dedos, sintió como la tomaba del brazo, arrastrándola, a lo que parecía ser una taberna cercana —no hay tiempo —protesto de nuevo, reacia a dejarlo escapar.

No estaba preparada para elegir entre unirse a la expedición del profesor Callem y él, no se había preparado para esa posibilidad, solo había supuesto que habría dos opciones o él la acompañaría o la dejaría ir, pero tenía que tomar de nuevo una decisión, qué era más importante para ella.

Su corazón no lo dudo ni un momento, él. Si tenía que renunciar a embarcar por estar a su lado, lo haría.

En realidad, nunca tuvo que tomar una decisión, siempre había sido él y solo él, ya era hora de admitir que le amaba y que él era su mayor sueño, hecho realidad, esa era la aventura en la que se embarcaría esa noche y sería para toda la vida.

Sonrió satisfecha al llegar a esa conclusión, las dudas habían desaparecido completamente de su mente, amaba a ese hombre, eso era lo único que de verdad importaba.

—Aún faltan un par de horas para que el barco zarpe, lo que nos da tiempo más que

suficiente para officiar la ceremonia antes de partir —la aseguro.

—Eso sería si encontrásemos un párroco en los próximos minutos —se quejó, dudando seriamente de que no se hubiera vuelto loco de repente —y no creo que haya muchos por aquí, cuando ni siquiera ha amanecido —dijo, mirando a su alrededor, donde no se veía ni el más pequeño atisbo de algo parecido a una iglesia.

Toda la calle estaba plagada de tabernas, más o menos escandalosas, seguro que algunas de ellas, si no todas, ofrecían también compañía a los marineros, por lo que serían burdeles, pensó, convencida de ello.

Ninguna de esas casas eran lo suficientemente decentes para albergar un párroco que pudiera casarles.

Puede que hubiera alguno entre sus clientes, pero este no estaba allí para ejercer su profesión, ni predicar las enseñanzas del Señor, sino para satisfacer sus más bajos instintos.

No deseaba que la casará uno de esos párrocos a quien le hubiesen interrumpido sus placeres, pensó, abrió la boca dispuesta a decírselo a Steven, pero no tuvo oportunidad.

—Deberíais uniros a nosotros si deseáis ser testigos de nuestra boda —les invito Dorset, levantando la voz, a sus compañeros de viaje que aún permanecían junto al carruaje, observándolos curiosos.

Tras lo cual abrió la puerta de la taberna y se echó aún lado para dejarla entrar.

La volvió a tomar del brazo y la guio, entre las mesas, a donde Durham los esperaba con paciencia.

—¿Habéis tenido buen viaje? —pregunto al ver a tanta gente, supuestamente él solo esperaba a Dorset y a la señorita Spencer.

—De lo más placentero —contesto, Surrey, con ironía.

—Oh, por supuesto, que sí —le corrigió, Clara —y de lo más necesario —le recordó.

—Yo tomaré una cerveza antes de partir —dijo, Justin, tomando una silla cercana y sentándose a la mesa.

—Un par de jarras de cerveza y algunos vasos —le pidió, Durham al tabernero, que se había acercado al verles llegar.

—Enseguida.

—Que los suban a mis aposentos, por favor.

—Por supuesto —respondió, antes de alejarse hacia la barra, a preparar el pedido.

—Tienes todo lo que te he pedido —le pregunto, Dorset, aun de pie, sujetando el brazo de Maggie, temiendo que se escapara en el último momento.

—Todo listo y preparado.

—Bien, pues cuanto antes se haga mejor.

—Te veo con mucha prisa, ¿no vas a tomarte ni una cerveza primero?

—Brindaremos más tarde.

—Está bien, pues vamos —dijo poniéndose de pie, yendo hacia las escaleras para subir al

piso superior —¿no querrás hacerlo aquí? —le pregunto al ver que no le seguía, mirando a su alrededor, señalándole donde se encontraban y la clientela que les acompañaba.

—No es el mejor lugar —reconoció a regañá dientes, yendo tras él.

—¿A dónde se supone que vamos ahora? —pregunto, Clara, extrañada.

—Ni idea, pero será mejor que vayamos tras ellos, si no quieres perderte la ceremonia —dijo, Justin, poniéndose en pie de nuevo.

La verdad es que se alegraba por su amiga, ellos nunca hubieran tenido un buen matrimonio entre ellos, basándose solo en la amistad y la pasión por Egipto que compartían.

Ambos buscaban algo más en la persona que fuera a ser su compañera, el resto de su vida, que una simple camarería.

Clara y Surrey se apresuraron para alcanzarlos, ya se tomarían esas cervezas más tarde.

Durham los guio al segundo piso, hacia sus aposentos.

Había alquilado una habitación con una pequeña salita privada, para la ocasión.

Se acercó a la puerta y la abrió para dejarlos entrar, estarían un poco apretados, pero serviría, pensó, una vez todos entraron en su interior.

—Buenas noches, padre Murray —saludo, Dorset, a la única persona que ocupaba la habitación, hasta su llegada.

—Buenas noches, milord, espero que la dama esté lista para la ceremonia —comento, poniéndose en pie —o todo esto habrá sido un despropósito.

—Sí, padre, lo está —le aseguro, Steven —cuando usted guste puede officiar la ceremonia.

—Pues cuanto antes mejor, no vaya a ser que se arrepienta —dijo, inclinándose sobre la mesa —las mujeres son unos seres de lo más volubles —comento abriendo la biblia por el pasaje que había seleccionado.

Maggie sintió la mirada airada que Clara le dirigía al oírle hablar así y abrió la boca dispuesta a ser ella quien le dijera lo que pensaba de su desafortunado comentario, pero no tuvo ocasión.

—Estamos aquí reunidos.

Le oyó decir dando así por comenzada la ceremonia, por lo que tuvo que apretar los puños, con fuerza, en sus costados para refrenar su ira.

Steven, se giró hacia ella, al sentirla tan tensa a su lado, de repente, ¿qué narices la pasaba ahora?, se preguntó, preocupado y furioso a la vez.

El padre Murray había hecho bien en comenzar cuanto antes, si hubiera esperado puede que Maggie hubiera encontrado un nuevo problema para oponerse a ese matrimonio.

—Si alguien conoce algún impedimento, que hable ahora o calle para siempre —dijo, Murray, pausando unos segundos antes de continuar.

—No podemos casarnos —susurro, Maggie, recuperando la voz —así no.

—No tenemos tiempo para la gran boda que te mereces —dijo, Dorset, volviéndose hacia ella, armándose de paciencia —esto es lo mejor que puedo ofrecerte dadas las circunstancias.

—Y es perfecto —le aseguro, Maggie, retorciéndose las manos, nerviosa —, pero hay algo que debes saber y puede que después cambies de opinión y ya no desees casarte conmigo.

—Eso no va a suceder, créeme.

—No sabes lo que voy a decir —chillo histérica —y tienes que saberlo —dijo bajando un poco la voz.

—Está bien, te escucho —dijo, resignado, cruzando los brazos bajo el pecho —acabemos con esto de una vez.

Maggie observó como la miraba, armado de paciencia para soportar otro de sus arrebatos, parecían decir sus ojos medio velados, pero aun así dispuesto a escucharla, en lugar de imponer su autoridad y exigir que siguieran con la ceremonia.

Su corazón se saltó un latido al comprender que no era tan malo como pensaba y que, por ella, estaba dispuesto a hacer el esfuerzo de ser más tolerante, una gran sonrisa adorno sus labios, serían felices juntos, muy felices y antes de que pudiera detenerse se abalanzó sobre él, adueñándose de sus labios en un tórrido beso, donde le decía sin palabras todo lo que sentía.

—Por el amor de Dios, eso viene después —objeto Surrey al verlos.

El beso acabó tan rápido como comenzó, dejando a Steven tan sorprendido que no pudo corresponderle como se merecía.

Maggie sintió como se acaloraba tras las palabras de Surrey, pero sonrió feliz por última vez, antes de ponerse seria de nuevo.

—Recuerdas lo que ocurrió tras nuestro último encuentro y mi intención de consultarlo con el médico —le pregunto sonrojándose por la vergüenza de tener que tratar ese tema delante de todos —pues lo hice.

—Me alegro, pero no tienes porque contármelo ahora, precisamente —señalo, mirando a su alrededor, haciéndola ver que no estaban solos —más tarde, cuando estemos solos en nuestro camarote, sería un buen momento —la propuso, dudando seriamente de que fuera a aceptar su oferta de dejarlo estar.

—No, tienes que saberlo ahora.

—Seguro que no es tan importante.

—Sí, que lo es, puede que después ya no desees convertirme en tu esposa —le dijo con los ojos abnegados de lágrimas, al darse cuenta de que podía perderlo todo de nuevo —tienes que saberlo antes de, “si quiero”.

—Está bien, cálmate —la pidió al ver lo nerviosa que se había puesto —eso no ocurrirá, pero adelante te escucho.

—El doctor Ulford siempre tuvo una teoría de lo que había ocurrido en realidad, esa mañana, si se hubieran dado otras circunstancias personales en la paciente, pero que nunca se podrán confirmar, porque todo ya había sido limpiado cuando llego a mis habitaciones —comenzó, Maggie, a contarle hecha un manojo de nervios.

Tomo una respiración profunda, tratando de calmarse y continuo contándole su entrevista con el médico.

Capítulo 30

Toda la sala se mantuvo en silencio pendiente de sus palabras.

Dorset tuvo que echar mano de toda la autodisciplina que su padre le enseñó, para mantenerse en pie frente a ella, sin dejar ver la devastación que sentía al oírla.

Su semilla podía haber germinado en su vientre y él no lo sabía, pensó, a punto de enloquecer, su hijo ahora estaba muerto, grito en el interior de su mente. Y él no había podido hacer nada para impedirlo, ni siquiera había estado al lado de su madre para consolarla, pensó, obligándose a respirar de nuevo y prestar atención a lo que Maggie decía.

—Aunque no se puede saber la verdad de lo ocurrido y ante la gravedad de mi enfermedad, el doctor Ulford, me dijo que era normal lo que nos pasó y que podría volver a ocurrir si no guardaba, al menos dos meses de reposo, antes de retomar nuestras actividades en ese sentido —concluyo, Maggie, muerta de vergüenza, pero aliviada por habérselo contado.

Ahora todo dependía de él, pensó, observándole, detenidamente, esperando su reacción.

—Dios mío —exclamo, Clara, horrorizada —con todo lo que has pasado y yo no estaba ahí para ayudarte —se lamentó cruzando la sala y dándole un enorme abrazo de oso —lo siento, lo siento —repetía, junto a su oído, abandonada a las lágrimas.

Juntas lloraron en silencio por lo que nunca sabrían si había ocurrido, cargar con esa duda era más pesado que afrontar el hecho de haber perdido a un hijo, sintió Maggie con el alma desgarrada.

Poco a poco las lágrimas cesaron y se separaron.

—Si, Dorset te abandona por algo así, es que no era el adecuado para ti —la aseguro, Clara, tomándola por los hombros, obligándola a mirarla a la cara —aún faltan semanas para que se cumpla el plazo, pero la espera habrá merecido la pena, créeme, y sería muy bajo y ruin por su parte culparte por tener que esperar.

—Cada vez tienes mejor concepto de mí, primita —estalló, Steven, recuperando el habla.

—No deberíamos intervenir —dijo, Surrey, adelantándose, para tomar a su esposa del brazo —esto es un asunto que solo atañe a Dorset y a la señorita Spencer.

—Pero ...

—Nada de peros, querida —la ordeno con paciencia —al menos dales la oportunidad de hacerlo —trato de nuevo al ver que tenía intención de protestar de nuevo.

—Por favor, padre, continúe con la ceremonia —le pidió, Dorset, muy serio, recuperando la compostura.

—Pero ... —dijo, Maggie, sorprendida de que no tuviera nada que decir.

—No, ya he escuchado lo que tenías que decir, si no hay nada más que desees contarme, prosigamos.

Maggie se lo quedo mirando en silencio, pero su máscara, aristocrática, tras la que se ocultaba sus sentimientos, la impedía llegar hasta él.

—Padre, por favor, continúe —le pidió, dándose por vencida, volviéndose hacia él.

Este los miro a ambos y continuo con la ceremonia, la cual transcurrió sin ningún otro contratiempo.

Durham regreso a la sala tras despedir al padre Murray y pagarle sus honorarios, tenía la intención de pedir un buen vino para celebrarlo, pero nadie parecía estar de humor para ello, pensó, al verles a todos sentados en silencio de los más serios y pensativos.

—Nunca sabremos si mi hijo arraigo en tu vientre y nunca dejaremos de preguntárnoslo —dijo, Dorset, más para sí mismo que para la audiencia que lo observaba —no será fácil, pero debemos dejarlo atrás y continuar con nuestras vidas.

—Estás sugiriendo que lo olvidemos —le pregunto enfadada por su actitud.

—Eso tampoco es factible, pero lo que no tiene sentido es que pasemos el resto de nuestras vidas, amargados, lamentándonos por algo que ni siquiera sabemos si ha sucedido en realidad.

—En eso tienes razón —les aseguro, Justin, convencido —tenéis que mirar hacia delante y dejar el pasado atrás.

—Pues ya me dirás como —le pidió, Maggie, desesperada por hacerlo.

—Si lo supiera no dudaría en decírtelo.

—Nadie sabe como, supongo que el paso del tiempo os lo dirá —comento, Durham, aún desconcertado.

—Estáis haciendo una montaña de un grano de arena —les aseguro, Surrey, asombrado por tanto alboroto por nada.

—No le escuchéis —le contradijo, Clara, enfadada —pase lo que pase estaremos a vuestro lado y de una forma u otra conseguiremos superarlo.

—¿Qué quieres decir? —la pregunto alarmado por su tono decidido.

—Que nos vamos a Egipto —anuncio sin ni siquiera mirarlo —así que muévete, necesitamos dos pasajes y el barco está a punto de zarpar.

Surrey abrió los ojos como platos al oírla, pero no dijo nada y se puso de pie dispuesto a seguir sus indicaciones, Durham fue con él.

—Pero qué pasa con Venecia —pregunto, Maggie, recuperándose de la sorpresa.

—Seguirá ahí cuando regresemos —la aseguro despreocupada.

—Entonces todo decidido —afirmo, Justin, incorporándose —vayamos abajo a tomar esas cervezas antes de embarcar —dijo, tomándola del brazo, arrastrándola con él fuera de la habitación.

Maggie y Steven les vieron partir en silencio, en tan solo unos segundos los habían

dejado solos.

—Lo siento, siento que tuvieras que enterarte así, pero tenía que decírtelo —se disculpó, por su manera de abordar el tema.

—Pensabas decírmelo antes de partir a Egipto o era un secreto que nunca me ibas a contar —la pregunto, dudando de que nunca lo hubiera hecho de no ser por la boda.

—Durante el viaje, tenías derecho a saberlo, aunque destrozara tu vida al hacerlo, te lo juró —le aseguro.

—No es para tanto, Surrey, tiene razón, le estamos dando demasiada importancia.

—Entonces no te importa haber perdido a tu hijo.

—Yo no he dicho eso.

—Pues lo parece —le acuso, enfadada.

Steven se pasó las manos por la cabeza, desesperado por hacerla entender lo que sentía y cuál era su punto de vista al respecto.

—Por supuesto que estoy dolido, pero no tiene sentido amargarse la vida, por ello —se defendió —estoy más preocupado por ti y por como te lo has tomado —se sinceró con ella.

—Estoy bien, ya lo he aceptado, no fue fácil, pero lo he conseguido —le aseguro, acercándose a él y tomando sus manos entre las suyas —estoy preocupada por ti, no quiero que pases por lo que yo he pasado y no sé que hacer para ayudarte.

Steven, tomo una larga respiración al comprender que todo su malestar era por él, esa mujer nunca dejaba de sorprenderle, pensó, mirándola a los ojos con ternura.

—Lo único que necesito es que estés a mi lado, te amo —le confesó, diciéndola por primera vez todo lo que su corazón sentía por ella.

—Y aquí estoy, junto a ti, el resto de mi vida —le prometió —te quiero.

Steven tiro de ella contra su pecho y se adueñó de su boca, en un beso apasionado, que los llevo a la locura, pero que ninguno de los dos deseaba romper.

—Van a ser unas semanas muy largas —dijo, Maggie, apartándose con cuidado.

—No tanto, hay muchas otras cosas que podemos hacer mientras esperamos.

Steven estallo en una carcajada al verla abrir los ojos como platos, sorprendidos, y a la vez horrorizada.

Iba a ser una travesía de lo más interesante, instruyendo a su reciente estrenada esposa en todas las formas de obtener placer que aún no conocía.

Y divertido para ambos, pensó.

—Estaremos bien —la aseguro enigmático.

—Te quiero —le dijo, besándole de nuevo con todo el amor que albergaba en su corazón, orgullosa de sentirlo y poderse confesar al fin —y confió plenamente en ti.

—Te amo, mi querida esposa.

FIN

Biografía:

Autora internacional de la saga “El Descaro de las Damas” la cual la llevo al éxito, manteniéndola en los primeros puestos de venta de su género.

Nacida en 1969, soñadora, romántica empedernida y amante de su familia, vive junto a su marido y sus dos hijas en una zona rural, rodeada de bellos paisajes, un pueblecito medieval cargado de historia que la sirven de inspiración.

Amante de los relatos ocultos en la historia y de las leyendas urbanas, que se transmiten de generación en generación, comenzando a coleccionarlas durante su adolescencia.